

VIDA, VIRTUDES

Y MARAVILLAS DEL

B. JUAN GRANDE

DENOMINADO PECADOR,

DEL ORDEN DE S. JUAN DE DIOS,

POR

EL ILMO. SR. D. GERÓNIMO MASCAREÑAS,

Obispo de Segovia.

TERCERA EDICIÓN

ILUSTRADA CON UN PRÓLOGO, NOTAS Y UN APÉNDICE

POR

D. MIGUEL MUÑOZ Y ESPINOSA,

Presbítero.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

JEREZ

Imprenta de *El Guadalete*, á cargo de D. Tomás Bueno,
calle Compás número 2

1885

ANT
XIX
1295/21

VIDA, VIRTUDES Y MARAVILLAS
DEL
B. JUAN GRANDE, DENOMINADO PECADOR



1652. Lopez. Apian. Virey

Vatta. pno. Roma 1653.

B. GIOVANNI GRANDE IL PECADOR

Religioso Professo

dell'Ordine di S. Giovanni di Dio.

VIDA, VIRTUDES

Y MARAVILLAS DEL

B. JUAN GRANDE

DENOMINADO PECADOR,

DEL ORDEN DE S. JUAN DE DIOS,

POR

EL ILMO. SR. D. GERÓNIMO MASCAREÑAS,

Obispo de Segovia.



TERCERA EDICIÓN

ILUSTRADA CON UN PRÓLOGO, NOTAS Y UN APÉNDICE

POR

D. MIGUEL MUÑOZ Y ESPINOSA,

Presbítero.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

JEREZ

Imprenta de *El Guadalete*, á cargo de D. Tomás Bueno,
calle Compás número 2

1885



NEW YORK

1880

THE JOURNAL OF THE

ROYAL CANADIAN MOUNTED POLICE

Vol. 1, No. 1, January 1880

Published by the Department of the Interior

at the Government Printing Office, Ottawa

Price, 25 Cents

Subscription Price, \$1.00 per Annum

Single Copies, 5 Cents

Advertisements, 10 Cents per Line

Entered as Second-Class Matter, January 1, 1880

Postpaid

Accepted for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917

Authorizes sale at wholesale and retail

Postmaster: Send address changes to the Editor

Editor: The Editor, The Journal of the R.C.M.P.

Published by the Department of the Interior

at the Government Printing Office, Ottawa

Price, 25 Cents

Subscription Price, \$1.00 per Annum

Single Copies, 5 Cents

Advertisements, 10 Cents per Line

Entered as Second-Class Matter, January 1, 1880

Postpaid

PRÓLOGO DE ESTA EDICIÓN.

En pleno siglo diez y nueve, en la época llamada del positivismo y la indiferencia, presentar de nuevo al público un libro por lo viejo ya desechado y relegado al olvido, y que según algunos nada puede contribuir al *perfeccionamiento* á que se dice estar llamada la sociedad, ni á ese *progreso indefinido* de que diariamente oímos hablar, descabellado pensamiento y trabajo inútil, parecerá á más de un sabio, según el mundo, de éstos que desentendiéndose de aquel sublime *sine me nihil potestis facere* (sin mí nada podéis hacer) del Evāgelio, se creen suficientes con sus especiosas teorías, para hacer feliz al mundo todo, sin necesidad de alzar la vista para nada á la región de lo sobrenatural. Locura juzgarán, dar á la prensa, las acciones de un hombre *sui generis*, que apartándose de las trilladas sendas por donde casi en su totalidad corren los mortales, escogió un modo de vida que el mundo no comprende, y que por una de esas *anomalías* que tampoco se puede explicar, dejó tras de sí un nombre ilustre, que ha pasado á

la posteridad en medio de bendiciones, alcanzando sin desearlo, lo que tantos, ávidos de gloria, no han podido conseguir, después de grandes afanes y trabajos indecibles.

Un *fraile*; hé aquí nuestro héroe; no fué ni más ni menos el bendito Juan Pecador, y por lo mismo sentimos especial satisfacción, en publicar en un tiempo en que tan vilipendiados y escarnecidos son los institutos religiosos, sus egregias y preclaras virtudes. La atenta consideración de ellas, puede aprovechar á los buenos, robusteciéndolos en el bien y alentándolos en el camino de la vida cristiana; y también á los que por avenirse mejor con las tinieblas que con la luz, tengan la desgracia de no verlo, alumbrándolos con los vivos destellos que despide este astro luminoso que con tantos otros como Pedro de Alcántara, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola y Venerable Avila, resplandeció en el cielo de la Iglesia española en el siglo XVI, siglo de oro de nuestra patria, en su religión, en sus letras y en su grandeza política.

Abriendo las páginas de la historia, vemos que la gloria de muchos hombres que el mundo califica de inmortales, está basada sobre hechos á todas luces más ó menos dignos de vituperio: ¡cuántos y cuántos de ellos, dejaron señalado su tránsito por la tierra, con un rastro de lágrimas y de sangre!

Diferente es la gloria de nuestro Beato; ni aun la menor mancha menoscaba la hermosura de esta preciosa flor, que nacida bajo el cielo de la bella Andalucía, ostentó sus gracias y derramó sus gratos perfumes, á impulsos del calor vivificante del amor á su Dios y á sus hermanos. Ni la soberbia ni la vanidad, fueron el móvil de sus acciones; por

eso el Señor las bendijo, prosperando sus obras como las del varón bienaventurado, que nunca corrió por el camino de los pecadores. Su paso por esta vida, fué una continuada serie de beneficios; pasó por la tierra haciendo bien á imitación del divino Maestro. Él fué consuelo del triste, amparo del enfermo, sostén de la viuda, padre del huérfano, y como el alma de cuantas obras caritativas se promovieron en Jerez y quizás en su comarca, en el último tercio del siglo en que floreciera. Sabiendo, según San Pedro Crisólogo, que el Erario de Cristo está en las manos de los pobres, haciéndose indigente por socorrerlos, en ellas colocó grandes riquezas, adquiriendo así tesoros imperecederos, en aquella eterna patria, donde hasta un vaso de agua suministrado en la tierra en nombre de Dios, tiene una recompensa magnífica. No vivió ni un instante para sí; todos los de su preciosa existencia, fueron para sus hermanos los desvalidos. En una sola palabra puede compendiarse toda su vida; esta palabra es *amor*. Nuestro Señor Jesucristo, conociendo perfectamente los misterios del corazón del hombre, habló poco para salvar á la humanidad, pero sufrió y amó muchísimo por ella; así nuestro Beato se sacrificó por sus hermanos, sirviéndole de norma las palabras del divino Evangelista su protector: *No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad.*

Aprendan leyendo las sencillas páginas de esta *Vida*, á enjugar el llanto del que gime, cuantos no saben ejercer la beneficencia, sino á trueque de diversiones y pasatiempos mundanos. Aprendan cuantos exaltando la humana *fraternidad*, dicen de ella lo que no practican. Aprendan en ella también, los que sustituyendo la palabra *filantropía*, hueca

y sin sentido, á la voz preciosa *caridad cristiana*, como la moneda falsa suele sustituir muchas veces á la buena y de ley, socorren al necesitado sin tener presente, que más allá hay otra vida, donde espera al que hizo misericordia en la tierra un eterno galardón.

Los heroicos sacrificios del Beato Juan, que debieran estar grabados en nuestros corazones con caracteres indelebles, y perpetuados por el buril y el pincel, principalmente en esta ciudad, son casi desconocidos. A fin de sacarlos de la oscuridad y el olvido en que se encuentran, ve de nuevo la luz pública su *Vida* escrita en el siglo XVII.

Al hacer nueva edición, nos proponemos refrescar la dulce y venerable memoria, no sólo de un héroe del cristianismo, sino también de una gloria patria. Honor de Jerez de la Frontera es el Beato Juan Grande: cierto es que nació en Carmona, ilustre por ser su cuna, pero Jerez fué su patria adoptiva. Por ella abandonó su pueblo y el hogar de sus mayores, adopción tanto más honrosa, cuanto que no fué por propia voluntad ni por humana conveniencia, sino por mandato expreso del cielo. En Jerez extendió las alas de su caridad, y en Jerez nació para aquella única y verdadera patria, objeto constante de todas sus aspiraciones. Belén fué testigo del nacimiento de Cristo, y no obstante, Capharnaum es llamada por los Evangelistas *su ciudad*. En la primera nació; pero la segunda fué principalmente el teatro de sus virtudes y el campo de sus maravillas, exclamando al objeto San Agustín: *¿Quis dubitet Capharnaum fuisse Civitatem Domini, quam non nascendo, sed miráculis illustrando suam fecerit?* ¿Quién duda que Capharnaum fuese la ciudad del Señor, á la cual hizo suya, no naciendo,

sino ilustrándola con sus milagros? Con razón los hijos de Jerez de la Frontera, pueden apellidarle *honor de su pueblo*, como en otro tiempo el sumo sacerdote de los hebreos á la santa y valerosa viuda de Betulia, aclamándole también *Padre de la patria*, y protector en el cielo de esta ciudad, que fué en la tierra el lugar de sus delicias.



BREVE NOTICIA

DEL AUTOR Y DE LAS ANTERIORES EDICIONES.

El Ilmo. Sr. D. Gerónimo Mascareñas, fué natural de Lisboa é hijo del ilustre Jorge de Mascareñas, marqués de Montalván. Se distinguió entre los colegiales de San Pedro de Coimbra y fué notable orador sagrado. Cuando Portugal se separó de la corona de Castilla en el reinado de Felipe IV, Mascareñas y su familia por permanecer fieles á el monarca castellano, se pasaron secretamente á Madrid, siendo D. Gerónimo muy bien recibido del rey, que le dió la Cruz de Calatrava y le hizo otras mercedes. Fué limosnero mayor de Palacio, y con amplios poderes reales, estuvo en Alemania en asuntos de la corona. Siendo consejero de Estado y Obispo de Leyria, fué nombrado por Clemente IX, Obispo de Segovia, en cuya Silla permaneció hasta su fallecimiento. En medio de las ocupaciones de los graves y diversos cargos que ejerciera, escribió varias obras que le dieron fama de escritor, entre ellas á ruegos del Rdo. P. Fr. Fernando Estrella, General del Orden de San Juan de Dios en la Congregación de España, la presente *Vida* del Beato Juan Pecador, que dedicó á su hermano D. Pedro de Mascareñas, marqués de Montalvan y conde

de Castel-Novo. Con la aprobación del abogado de los Reales Consejos, D. Melchor de Cabrera, y las licencias del Ordinario y del Consejo, fué publicada en Madrid por Pedro Díaz de la Carrera en 1665. Fr. Juan Santos, en su *Chronologia-Hospitalaria*, publicada en 1716, transcribe esta *Vida*, diciendo antes de ella:

«La vida, milagros y maravillas de este Bienaventurado Siervo de Dios, fué assumpto á una de las grandes plumas de España, y que con el acierto que en obras mayores ha conseguido felizmente, consiguió también el de escribirla, el Ilmo. D. Gerónimo Mascareñas, Obispo de Segovia» etc.; concluyendo así después de copiarla: «cuya obra ha corrido con tanta estimación que se tiene á milagro hallar un libro de los muchos que se imprimieron.»

En 1763, se hizo también en Madrid la segunda edición en la oficina de Miguel Escribano, por la Comunidad de San Juan de Dios de Jerez, siendo Prior Fr. Bartolomé de San Agustín Ortega, quien la dedicó á D. Juan de Menchaca y Sáez. A esta edición se añadieron escritas en estilo pedantesco y amanerado, una llamada *Disertación-Panegírico-Historial*, sobre las diligencias hechas hasta entonces para la beatificación del Siervo de Dios; y una *Loa* en prosa y verso en honor del mismo, su autor Fr. Miguel de San Bernardo y Bravo, siendo contadísimos los ejemplares que de esta edición se encuentran.



PRÓLOGO DEL AUTOR.

La santidad verdadera, es dote vinculado á la Iglesia Católica, donde en todos los siglos han florecido y florecen varones de excelentes virtudes y santidad rara. En este último siglo, en que ha padecido tan lamentables pérdidas por las heregías modernas, la Divina Providencia ha dado al mundo varones de no inferior santidad á la de los más esclarecidos héroes de las primeras edades de la Iglesia. Entre ellos Fray Juan Pecador, religioso de la Orden y hospitalidad de San Juan de Dios, con sus virtudes y vida maravillosa, ha sido prueba evidente de que en la Iglesia Romana se conserva la primitiva y verdadera religión, derivada de Cristo nuestro bien, y de los Apóstoles, Pontífices y Prelados sucesores suyos; pues vida y acciones tan santas, exceden á la posibilidad de la flaqueza humana, no ayudada de la Divina Gracia.

Justo es, pues, que entre los varones insignes, que con su predicación y letras honraron los reinos de España, nos acordemos también de los que sin estudio de filósofos, alcanzaron la ciencia de los Santos. Ciencia de salud enseñó el Maestro de la vida y esta es la que los Santos aprendieron. Reconozco que este siervo de Dios fué de los es-

cogidos, para que en sus virtudes se recompensen en parte los vicios de estos tiempos, y que se ha valido del más culpado instrumento para publicarlas. Pero para dar á conocer á sus siervos, tiene su profunda sabiduría innumerables medios, y uno de ellos es el de las plumas, aunque esté tan vario, que si es servido alguna vez de que escriban las vidas de los santos, otros santos no se dedignan de que también las refieran los que no lo son.

En la que ahora publico de este gran siervo de Dios, puede tener alguna disculpa la confianza de haber tomado la pluma para referir sus virtudes, porque fué este asunto más de mi cortesía que de mi elección. Divertido me hallaba en otros más dilatados empleos de la Historia, cuando me ví obligado á hacer esta breve pausa (mudando, no la ocupación, sino la materia) de la sagrada religión de la hospitalidad de San Juan de Dios; en cuyo nombre, el Reverendísimo Padre Fray Fernando de la Estrella, dignísimo General suyo en los reinos de España, y de las Indias, me encargó la sirviese con este pequeño trabajo, poniéndome quería dar principio en Roma á la pretensión de su beatificación, y presentar á nuestro Santísimo Padre Alejandro VII, juntamente con las informaciones que á este fin se hicieron, (por mandato y comisión del Ordinario de la Santa Iglesia de Sevilla) un resumen sacado de ellas, de su ejemplar Vida y heroicas virtudes.

Tan ciega quise fuese mi obediencia en este mandato, como reconozco lo fué la elección. Pero si antes de ella hubiera reconocido los autos de aquellas informaciones, es sin duda se trocara la obediencia en pretensión, porque de ellos parece que la Divina Providencia (que no falta en la honra de sus Santos) me tenía reservado ó elegido para dar ejecución á esta obra, continuando el crédito de las suyas, en la elección de débiles instrumentos, para ejecutarlas con mayor lustre, y para que en todo parezcan suyas, referiré lo que consta de los autos.

El Doctor Juan Rendón, sacerdote de aprobada virtud y ciencia, confesor del siervo de Dios Fray Juan Pecador algún tiempo, juzgando no convenía quedasen en olvido las cosas maravillosas que le sucedían, y los favores admirables que continuamente recibía del cielo, que como á su Padre espiritual le comunicaba siempre, le mandó fuese escribiendo lo que le sucedía. Pero el siervo de Dios le pidió con suma humildad no le obligase á hacer una cosa, que no parecía bien si se supiese. Instóle el Doctor Rendón una y otra vez, en que lo ejecutase, y halló siempre resistencia en su profunda humildad y rara mortificación, hasta que por último le dijo: *Mire, hermano Juan, que se lo mando en obediencia;* y el siervo de Dios le respondió: *Pues V. md. me lo manda en esa forma, yo lo haré.* Despidióse con esto de su confesor y se recogió al Hospital, harto afligido con el precepto y poniéndose aquella noche en su ordinaria oración, perseveró en ella largo tiempo, gastado en repetidas instancias con nuestro Señor, para que le declarase, si lo que su confesor le mandaba con tan riguroso precepto, podría convenir en algo á su santo servicio. Estando en esta petición, que con sumo fervor y grandes ansias repetía, sintió una mano, que sin verla, le tapaba la boca y una voz que le dijo: *Juan, no lo hagas que otro ha de escribir tu Vida.* Contó el día siguiente á su confesor lo referido, resignándose todavía en su voluntad, para que le encaminase. Quedó admirado, cuanto era justo, y le respondió: *Pues Dios no quiere y lo ha de escribir otro, no lo escriba, Hermano Juan Pecador.*

A tener yo antecedente noticia de este suceso, es sin duda que pretendiera el empleo de escribir esta vida; pero él se vino á mis manos sin tenerla ni persona alguna de las que intervinieron en encargármela; y acaso, mucho después de empezada la obra, encontré el suceso referido en las informaciones que se me entregaron. Puedo, según esto, juzgar, (rindiendo católicamente con toda resignación la

flaqueza de los discursos humanos, á los altísimos fines de los juicios divinos) que la Providencia de Dios me reservaba, para publicar las virtudes de este bendito siervo suyo; y que aunque todo está presente en la mente divina lo estaría yo entonces para este efecto con alguna particularidad. Esta consideración me alentó de manera, que sin alzar la mano del trabajo, le puse fin en breves días, no sin grande mortificación en considerar, que pudo ser mucho mayor este volumen, y más las noticias de las virtudes del siervo de Dios, si no hubiesen precedido causas, que sin duda ocultaron muchas, que no pudieron vencer mis diligencias.

Una de las principales, fué lo mucho que se tardó en hacer sus informaciones para la beatificación que ahora se pretende; porque habiendo pasado el siervo de Dios de esta á mejor vida, en el año de 1600, ellas se empezaron en el de 1629 y se acabaron en el de 1630, y en espacio de treinta años, ya se ve las muchas personas que faltarian en Jerez y en las otras partes en que se hicieron, (ó por ausencia ó por muerte), que pudieran hacer larga relación de lo mucho que vieron, oyeron y experimentaron de sus virtudes, y si estas diligencias se hubieran hecho en los años más próximos á su muerte, es sin duda serían más y las más particulares las noticias, que las con que hoy nos hallamos.

Sea la segunda causa de esta falta, la breve muerte del Doctor Juan Rendón, su confesor, seguida poco tiempo después de la del siervo de Dios. Dicen algunos testigos de las informaciones, que este sacerdote tenía un libro de cuartilla, de más de dos dedos de alto, en que había escrito cosas notables de la vida de este venerable Varón, y que prometía escribirla, y que habiendo muerto muy en breve, jamás se pudo hallar este libro entre los suyos y solamente se halló un cuaderno de hoja entero, que tendría ocho pliegos, en que estaban escritas cosas notables del siervo de Dios, el cual quedó en poder del Doctor Aparicio

Rendón, sobrino suyo, Racionero de la Santa Iglesia de Cádiz, y también, aunque hice algunas diligencias por haberle, no me fué posible descubrirle. Bien creo con todo, que muchas de las noticias que estaban en aquel libro y cuaderno, habrán venido á luz por los dichos de los testigos y estarán en las informaciones; mas no será todo, y allí estarían con diferente claridad, como escritas por quien las tenía, tan distintas del interior del siervo de Dios.

Pero la principal causa (que será el remate de este discurso) de lo mucho que se nos ocultó de esta vida, fué el particularísimo cuidado, que el venerable Fray Juan Pecedor tuvo de encubrir sus virtudes á los ojos de los hombres, y de guardar su secreto para sí, el cual fué en tanto grado, que si el mismo Dios no sacara á luz algunas de las mercedes que le hacía, no fueran sabidas, y en gran parte quedara ignorada la hermosura interior de su alma. No fué su espíritu de los comunes, ni su humildad de las ordinarias. Sabía bien, que tanto más segura está la santidad, cuanto menos entendida de los otros; y que siendo la perfección tesoro escondido, el que en su camino le lleva descubierto, sin duda quiere ser despojado, y que para guardarle del robo de la propia vanidad, que es el ladrón más pernicioso, no ha de saber la mano izquierda, lo que hace la derecha. Tan delicada y frágil es la vasija en que se trae el precioso licor de las virtudes, que de una mano á otra corre tan conocido riesgo.

Cuanto hay que referir de sus obras, es un rastro que descubrió la diligencia, buscando algo de lo mucho que su profunda humildad encubría. Las medras de su espíritu, sola su profunda meditación las conocía, y su afabilidad, mansedumbre y llaneza, desvelaban de tan alta perfección á los que no velaban por ellas. Pero como era fuerza que se viese su resplandor y tocase con sus manos su grandeza, sin que las pudiese disimular ni encubrir, y tal vez hubiese de contar algo que tocase en ello, para que se las ayuda-

sen á agradecer, y servir á Nuestro Señor, pareciéndole que siempre eran sus alabanzas cortas y menguadas, era tan sin atribuirse nada, que sólo miraba como suyo el desagradecimiento de esas mismas mercedes. Sabía bien, que el que se pone á contar sus merecimientos y servicios que á Dios hace, no le cuenta otra cosa, que los dones y beneficios que ha recibido de su mano. Esa es su bondad infinita, que esos dones sean nuevos merecimientos nuestros; y cuando paga nuestros servicios, es galardonando sus propias mercedes.

No se podía disimular con todo el fuego, algunos rayos descubrió su luz, centellas hubo que manifestaron su grande claridad, y por el hilo de lo poco que se dijere, se podrá sacar el ovillo de lo mucho que hay que decir. Quiere Dios que así queden encubiertas, para que la fe de los que las imitan tenga mayor premio, y para que los Tesoros de la Iglesia no se derramen del todo á los pies de los que los huellan con el menosprecio; y últimamente, para que en el día postrero, en que tiene Dios determinado juzgar al mundo; como saldrán á la plaza infinitas maldades, que nunca se descubrieron, así también se manifiesten innumerables virtudes ignoradas, que con su resplandor y claridad, luzcan más que aquel día tan claro y tan alegre para los buenos.



VIDA, VIRTUDES Y MARAVILLAS
DEL
BEATO JUAN GRANDE
DENOMINADO PECADOR:

CAPÍTULO PRIMERO.

PATRIA, PADRES Y NACIMIENTO DEL SIERVO DE DIOS JUAN PECADOR.—
SU INCLINACIÓN Á LA VIRTUD DESDE LOS PRIMEROS AÑOS.

El venerable siervo de Dios, Fray Juan Pecador, fué natural de la ciudad de Carmona, del Arzobispado de Sevilla, hijo legítimo de Cristóbal Grande y de Isabel Romana, personas de honesta y limpia calidad, cristianos y temerosos de Dios. Nació en Sábado 6 de Marzo del año de 1546, (1) y fué bautizado en Domingo 14 del mismo mes y

(1) Aun existe la casa donde vió la luz por vez primera el bendito siervo de Dios. No obstante las alteraciones que ha sufrido desde entonces (338 años), puede señalarse en un ángulo del pequeño jardín de ella, el lugar en que se juzga estuvo el establo donde nació. Está situada en la calle del Caño, collación de San Pedro, estando marcada antiguamente con el número 275, y al presente con el 11. En 1882, pertenecía á D.^a María del Rosario Ayllón y Fajardo. En 1.^o de Agosto de 1883, perdiendo la calle su antigua denominación, tomó el nombre del *Beato Juan*.

año (1). Gobernaba la Universal Iglesia Paulo III. Reinaba en Castilla Carlos V, y era Arzobispo de Sevilla D. Fray García de Loaysa, Cardenal de Santa Sabina, de la Orden de Santo Domingo.

Decía su madre, que el día de su nacimiento estuvo con grande necesidad de algunas cosas que le faltaban y se las proveyó el Señor milagrosamente. También afirmaba, que le duraron tres días los dolores del parto, y que no pudiendo parir salió con ellos del aposento en que estaba y se fué á la caballeriza, y entrando por ella, vió un gran resplandor y con la turbación y el susto, parió en el suelo al siervo de Dios.

Referíase comúnmente en su patria, que el día que le llevaron á bautizar á la parroquia, que era la de San Pedro, la comadre que le llevaba en brazos, se halló impensadamente en el hospital de San Pedro, sito en la misma parroquia (2), y, ó fuese yerro, ó equivocación de la tierra, ó dirección del cielo, no carece de misterio que la primera jornada de su vida se encaminase á un hospital: pronóstico sin duda de que había de ser tan padre de los pobres, como lo fué después en Jerez de la Frontera, empleando toda

(1) En el libro 2.º de bautismos al folio 75, se encuentra su partida que dice así:—«En Domingo catorce días del mes de Marzo, año de mil y quinientos y cuarenta y seis, baptizé yo Andrés Muñoz, clérigo, Cura de esta Iglesia, á Juan, hijo de Cristóbal Grande y de Isabel la Romana, vecinos de Carmona, su legítima mujer; fueron sus padrinos Francisco Montoya y Bartolomé Pelón y Juan de Herrera y Pedro Miguel de Fuentes, vecinos de Carmona.—Andrés Muñoz de Algeciras.» Se conserva en la misma iglesia la antigua pila bautismal en que fué regenerado nuestro Beato, no sólo como una venerable reliquia, sino también como una joya artística de valor inapreciable según los inteligentes. Es de barro vidriado, de color verde por la parte exterior, y está adornada con bellos relieves de pámpanos y racimos. Los naturales de Carmona, la llaman comúnmente *el mortero*.

(2) Este hospital, que es el antiguo de la Misericordia, fundado por la duquesa de Arcos, D.^a Beatriz Pacheco, aun existe contiguo á la iglesia de San Pedro.

su vida en servirlos en el hospital que en aquella ciudad fundó.

Estando su madre preñada de este hijo, ayunaba tres días en la semana, Miércoles, Viernes y Sábado, sin que en ellos sintiese más pesadumbre que en los otros. Después de haber nacido, los tres días que la madre ayunaba, también lo hacía el niño, no tomando el pecho en ellos más que una vez al medio día. Empezó á ser penitente en tan tierna edad, para venirlo á ser en la mayor tan insigne como lo fué, y en pronóstico de los grandes ayunos y abstinencias que observó en todo el discurso de su vida.

Desde la niñez se vieron los tesoros de la gracia de Dios con que de antemano adornó su alma, que aunque cada edad lleva su fruto, y los niños comúnmente entienden y hablan en cosas de niños; pero este niño, en quien la gracia de Dios produjo frutos más tempranos que en otros, hacía obras de consumado varón; y en el tiempo que asomaba al mundo, cuando aun no le conocía, se ejercitaba en cosas en que los hombres hechos se ocupan en edad que llegan á despedirse de él. Desde luego se tuvieron de él grandes esperanzas, porque aun en el rostro traía escrita tal hermosura, que prometía cosas divinas.

Criaron sus padres al niño con la enseñanza cristiana que profesaban, y siempre se queda el vaso de barro con el olor que recibió cuando nuevo. Vasos de barro dice el Apóstol que somos (1); y según la enseñanza de los primeros años, suele ser el resabio de los postreros. Creció, y con él la inocencia, teniendo siempre inclinación á las cosas de virtud. De tierna edad le enviaron á la escuela á la iglesia de San Pedro, su parroquia, donde fué doctrinado de un santo sacerdote, Sacristán Mayor de ella. Ayudaba á Misa á los que en ella celebraban; y se hizo tan amable

(1) *Habemus autem thesaurum istum in vasis fictilibus.* II Ad Corinth., cap. IV, v. 7.

de todos, que el Beneficiado de aquella iglesia determinaba por el tiempo adelante ordenarle con una capellanía. Sobre la tarde se quedaba solo en ella, y encendía las velas á una imagen de Nuestra Señora: por esta causa le castigó el Sacristán algunas veces, y el niño le dijo: *Señor, mire que aunque arden las velas delante de Nuestra Señora, no se gasta cera alguna.* Con este cuidado lo examinaron el Mayordomo y el Sacristán, y hallaron ser verdadera la disculpa del niño (1).

Muchas veces le encontraron descalzo y disciplinándose en el camino de algunas ermitas (2), y por falta de disciplinas, no pocas se azotaba con un manojo de llaves, y se hería de manera que, por no curarse y descubrirse, se le hacían grandes llagas. Descubríase mucho la mano del Supremo Artífice, que le labraba para sí, en que sobrepujaba la virtud en él á los años con tanto extremo, que muy de antemano tenía puestos sus pensamientos en el cielo, tratando y conversando con Dios, echando los primeros fundamentos ó cimientos de la mortificación, con que había de llegar después á la alteza y cumbre de tan rara y extraordinaria perfección. Los que miraban con atención sus acciones, prudentemente creían que tales rayos eran víspera de una grande luz, y que tan hondos fundamentos prometían un crecido edificio de santidad.

(1) Créese que esta imagen es la de Ntra. Sra. de la Antigua, que se venera en altar propio en la iglesia de San Pedro, al lado izquierdo del mayor.

(2) Estas ermitas eran las de Ntra. Sra. del Real, la de Santa Lucía, la parroquia rural de San Mateo y el monasterio de San Gerónimo, no muy distantes de Carmona.

CAPÍTULO II.

CRECE EL SIERVO DE DIOS, COMO EN EDAD EN HEROICAS VIRTUDES
TAMBIÉN.—EMPLEOS ESPIRITUALES DE SU NIÑEZ.—MEMORIAS ÚLTIMAS
DE SUS DICHOSOS PADRES.

Cuanto más iba creciendo en la edad, tanto con mayor conocimiento se ejercitaba en obras de virtud y amor de Dios. Frecuentaba las iglesias y oía con atención los sermones, procurando componer sus costumbres conforme á la doctrina que de ellos sacaba. Huía con cuidado de ruines compañías, procurando siempre las mejores para que lo fuese su vida. Parece que había oído á David, cuando con espíritu del cielo dijo: «Con el santo, serás santo; y con el varón inocente, tendrás inocencia: con el escogido, serás de su número; y con el perverso, quedarás pervertido.» (1)

Como tenía corazón puro, y ánimo sincero y limpio, buscó unos regalados amores con la Madre de toda limpieza y puridad, y fué devotísimo sobre todo encarecimiento de la Virgen Purísima Nuestra Señora. Saludábala con extraña dulzura y regalo en la devoción del Santo Rosario, que con atención meditaba, pidiendo siempre á la piadosísima Virgen le alcanzase de su Hijo precioso limpieza de corazón para servirle. Con el favor de esta Señora

(1) Cum sancto sanctus eris, et cum viro innocente innocens eris, et cum electo electus eris, et cum perverso perverteris. Ps. XVII, vs. 26 y 27.

alcanzó grandes victorias de sí mismo, y gloriosos trofeos de los vicios y del demonio. A ella acudía después en sus trabajos, y en todas las ocasiones le ayudó la Serenísima Reina. Ni hubiera él llegado á grado tan supremo de virtud, si no fuera gran devoto de esta Señora, porque el serlo de veras, es caminar á la santidad por el atajo.

Entre sus devociones, era particular la que tenía al Santísimo Sacramento del Altar. Ponderaba en su divina presencia este beneficio: daba gracias á Dios, y tenía vivos deseos de servirle. Procuraba que todos asistiesen delante de aquel Soberano Señor, con el cuidado y pureza que pudiesen, á imitación de los Santos Angeles, que tienen este descansado y santo ejercicio.

En esta maravillosa lección, sacaba muchas de virtud el cuidadoso mozo para su aprovechamiento. Aquí aumentaba el cuidado de traer su conciencia siempre limpia, despertaba amor, crecía el agradecimiento, y deseaba dar la vida por un Dios tan bueno, que se le había dado en aquel soberano Sacramento. De allí sacaba grandísimo amor á la castidad, que cuidadosamente guardó, no solamente por obra y pensamiento, sino con tan grande cuidado en sus palabras, que ninguna se le oyó en ofensa de su gran limpieza. Consideraba el sufrimiento y paciencia en que tenía puesto á Dios, su grande amor para con los hombres, estando sujeto á que pecadores indignos le recibiesen en sus asquerosos cuerpos y almas; y deseaba sufrir muchas injurias con paciencia, por imitar en algo la de Dios.

Era particularmente devoto de la gloriosa Virgen Santa Inés, á quien llamaba madre; y con la misma ternura lo era del grande Apóstol y Evangelista San Juan, y creo le movió á esta devoción, que fué siempre tan amado de la Virgen, y haberle dejado Cristo Señor Nuestro por Hijo, guarda y consuelo de su Santísima Madre.

Confesaba y comulgaba todos los Domingos y fiestas, y hacíale provecho la Divina Comida del Altar, porque de-

más de ser cual es, la recibía con buena disposición, y el pan de los ángeles confortaba el corazón de aquel mozo y le aumentaba tanto en la virtud, que ya era en ella fuerte gigante, poderoso por Dios para rendir cualesquiera monstruos infernales.

Como persona á quien Dios había destinado para el servicio de los pobres, siendo aún de tierna edad, se ocupaba en ir á los hospitales y servir á los enfermos. Ayunaba por dar de comer á los hambrientos. Afligíase por dar descanso á los afligidos y descuidábase de su regalo, por regalar á los pequeñitos de Cristo; y lo que más es, que con todo esto se tenía por siervo inútil y de ningún provecho en el servicio de Dios; aunque en este conocimiento de su pobreza, grangeaba la verdadera abundancia.

Ganó su caridad tanta opinión en esto, que los enfermos más afligidos le deseaban en particular, esperando de su caritativo cuidado, regalada cura en sus dolencias. Parece que sabía haber dicho el Redentor en su Evangelio, que recibía en propia persona las obras de misericordia, que por su amor se hiciesen con sus siervos. Hacía él cuenta, que el enfermo á quien iba á servir, era aquel Soberano Señor, que siendo la misma salud, tomó en sí todas nuestras enfermedades, y con un ánimo lleno de agradecimiento reverencial, se ejercitaba sirviéndole.

Su padre Cristóbal Grande murió primero que la madre, aunque no me consta el año fijo de su muerte. Ella casó segunda vez con un Fulano de Fontanilla, y porque no nos estorben las noticias que de ella quedaron, concluiré de una vez con ella. Aunque virtuosa, era algo aficionada á las joyas y galas, y parece que usaba de estas vanidades con alguna demasía; aun después en tiempo que su hijo tenía ya edad y entendimiento para advertirla que debía mudar de traje, al instante le mudó y vistió un hábito de gerga, á la manera que le traía su hijo después de su conversión.

Llevóla por el tiempo adelante á la ciudad de Jerez, adonde hacía su residencia, y en su compañía al segundo marido. Este se quejaba cariñosamente de que todo el año se le iba á su mujer en rezar y andar de iglesia en iglesia; de sus muchos ayunos y penitencias, y de su humilde traje. También parece que sobrevivió al segundo marido, porque murió santamente en el hospital de Jerez (1), sirviendo á las enfermas con grande opinión de su vida; y después de muerta se afirmaba que su rostro resplandeció como el sol, y que no se quemó cera alguna de la que se puso en su entierro, porque habiéndose pesado después, la hallaron sin disminución.

(1) El hospital á que el autor se refiere, ciertamente que no es el del Beato Juan, en el cual no se curaban mujeres; creemos que aquel en que acabó sus días asistiendo á las pobres enfermas la piadosa Isabel, fué el llamado de la Sangre de Cristo y Madre de Dios, fundado en el siglo XV por el caritativo maestro carpintero Nuño García, en la collación de Santiago. En la reducción de hospitales, éste no se agregó á el del Beato Juan, subsistiendo hasta nuestro siglo. Hoy es Asilo de mendicidad bajo la advocación de San José, dirigido por las Hijas de la Caridad.



CAPÍTULO III.

EJERCE EL TRATO DE LENCERÍA EN SEVILLA Y EN CARMONA.—DETERMINASE EN DEJARLE POR SERVIR Á DIOS, Y AYÚDALE EN TAL PROPÓSITO LA VIRGEN SANTÍSIMA.

Llegó Juan Grande á la edad de quince años, en el de 1561, y sus padres (ó la madre con el segundo marido) le llevaron á la ciudad de Sevilla. Allí le pusieron con un mercader de lencería en Calde-Escobas (1), para que le enseñase el trato y conocimiento de los géneros. Asistió en este ejercicio cerca de cuatro años, dando grandes muestras de virtud, de modestia y de verdad.

El mercader se le aficionó de tal manera, viéndole tan virtuoso, que cuando los padres, al cabo de este tiempo quisieron llevarle á Carmona, su patria, (pareciéndoles que estaba ya idóneo para ejercer por su persona aquel trato) no se le quería entregar. Pedíales con grandes veras no le quitasen tal joya de su casa; y decíales, que por su gran virtud, le favorecía Dios en todas sus cosas. Mas amándolo le sus padres como á hijo tan virtuoso (siendo preciso obedecerles) le llevaron á su patria.

Era el siervo de Dios de edad de veinte años cuando volvió á ella, el de 1566. Diéronle luego caudal para el

(1) Esta calle conocida hoy por la de Mercaderes, está situada, por lo menos gran parte de ella, en la collación del Salvador.

mismo trato de lencería y ejercitóle algún tiempo con grande compostura y modestia, porque todas sus obras y palabras iban dirigidas al servicio de Dios y bien del prójimo.

Mas como el Señor le iba disponiendo para mejores empleos de su santo servicio, le tocó con iluminación de su alma, dándole á entender, que le había criado para más santas ocupaciones. En sus Apóstoles comenzó el Redentor del mundo á mostrar estilo suave, dejándoles el oficio y mudándoles la materia, porque á los pescadores de peces hizo pescadores de hombres (1), y en los sucesores de los Apóstoles le ha continuado, llamando á mercaderes del trato de cosas corporales á la mercadería espiritual, donde se compra sin venderse la mercadería, que se da de gracia.

Con esto le entró tal displicencia de aquel oficio, que cada día se mortificaba más en ejercerlo. Siempre estaba rogando á nuestro Señor le encaminase y le enseñase en qué quería más que le sirviese. Habiendo ido, entre otras veces, una á hacer empleo para su tienda, compró algunas mercaderías, en cuya venta tuvo pérdida considerable; y por no faltar á la verdad, que tanto profesaba, dijo á un criado suyo que se llamaba Alvaro López: *Veis, hermano, como digo yo bien, que no quiero trato ni mercadería, en que para salir de ella, es necesario decir mentiras y vender uno por otro.* Con esto se resolvió en decir á sus padres, que no se conformaba en proseguir un trato, en que era fuerza mentir para tener medras, y así se determinó en dejarle.

Entretanto vivía con mucha modestia, virtud y castidad. Era devotísimo del Santísimo Sacramento. Desahacíase en amor divino, cuando consideraba que el mismo Señor, que crió el Cielo y la Tierra por amor de los hombres, se dejó oculto debajo de las especies sacramentales, para consuelo, vida y mantenimiento suyo. Por esto, lo más del tiempo

(1) Faciam vos fieri piscatores hominum. Marc. c. I, v. II.

que duraba su oración, le gastaba en la presencia de este Divino Sacramento, por asistir más cerca de él. Que aquella certeza de estar allí Cristo Señor nuestro, le ayudaba mucho á recogerse y componer su interior y á considerar mejor con la vecindad de este Soberano Misterio.

Continuaba todos los días el rosario de Nuestra Señora, con la ternura y regalo que suele la Virgen Santísima alcanzar de su Hijo, para los que siguen su devoción. Regalábase con la consideración de aquellos Misterios que despiertan en los corazones atentos, todos cuantos afectos buenos puede tener una alma cristiana. Suplicábala por medio de esta devoción, fuese su intercesora con su precioso Hijo, para que le declarase su voluntad y le encaminase al estado en que más podía servirle. A sus queridos santos Santa Inés y San Juan Evangelista, suplicaba lo mismo. No se fatigaba el virtuoso mozo esperando milagros ni sentía de sí tan altamente, que entendiéndose había de tener revelaciones para disponer de su persona; mas pedía conocimiento de lo más acertado y gracia para ponerlo en ejecución.

Vivía en estos deseos de mudar de estado, y de emplearse todo en el servicio de nuestro Señor. Trataba cada vez con mayor afecto, de suplicar á su Divina Majestad, le enseñase un camino seguro para salvarse. En esta petición perseveraba todas las noches, y algunas de ellas, queriendo irse á dormir, le despertaban y no sabía quién. A esto sobrevenían santísimas inspiraciones, que le hacían entender, que aquellos llamamientos eran de Dios, y suplicaba á su Madre Santísima, se sirviese de ganarle conocimiento de lo que más pudiese hacer en su servicio. Conocía la flaqueza de sus fuerzas, no solamente en el obrar, sino aun en saber conocer lo que sería obra más accepta á sus ojos virginales.

Una noche tuvo iluminación en su alma, y estando casi durmiendo, le pareció que veía á la Virgen Señora nues-

tra, y que mostrándole un hábito de sayal, le decía: *Juan, vístete esta ropa, con que servirás á mi Hijo y me agradarás á mí.* Despertó el siervo de Dios, y con el alborozo de esta merced, quedó con tal fervor de devoción en su espíritu y tan consolado, que echó de ver era visión del Cielo y el fin para que le habían llamado, y despertando otras muchas veces, estando solo en su aposento, quedando con grande conocimiento de Dios y aborrecimiento de este siglo y de sí propio.



CAPÍTULO IV.

DEJA EL TRATO, CASA Y PATRIA, Y PASA Á MARCHENA.—VISTE UN HÁBITO DE GERGA, CON ASISTENCIA DE LA REINA DEL CIELO.—SUS EJERCICIOS SANTOS EN AQUELLA CIUDAD.

Crecía en el alma del siervo de Dios el fervor y deseo de servirle en la vocación á que era llamado. Pero el demonio reconociendo cuán contrario suyo había de ser y cuántas almas por su medio se le habían de quitar, procuraba afligirle con varias imaginaciones, para hacerle argumento de mudanza con las sugestiones que suele, que como común enemigo, tiene bien remiradas y estudiadas. Persuadía le por muchos modos, que no llevase su propósito adelante, representándole inconvenientes, riesgos y daños de mofas é irrisiones si mudase de traje y vistiese aquel sayal que se le había mostrado. Acordábale la buena posada y mesa segura de su casa. Decía le, que no es el hombre señor de su vida, ni puede ponerse á morir en un evidente peligro de la salud. Acogíase á la oración el sabio combatido, y en la oración devota hallaba su consuelo.

La Madre de Dios y Señora nuestra, le confortaba también en la representación de todas estas dificultades; y como se hallaba prevenido de Dios y determinado en buscarle tan de veras, no fueron bastantes á engendrar en su corazón algún temor, ó cobardía. No dudó, por tanto, de romper con todo esto, como rompió con mucha brevedad, pare-

ciéndole, que lo que mejor le estaba, era dejando las borrascas del mar alterado de este mundo, tomar el puerto seguro de la virtud, donde estaría libre de los bullicios y tráfigos del siglo.

Siendo, pues, de veinte y dos años de edad, en el de 1568, se determinó con gran constancia en dejar el trato. Ejecutólo luego, y para mudar de vida y de traje, mudó también de lugar y se fué á la villa de Marchena. Allí comprando un hábito de gerga, se entró á hora de Ave Marías en la ermita de Santa Olalla, que ahora es convento de la Orden de San Francisco, extramuros de aquella villa (1).

Pero como el que se llega á Dios, luego es combatido de su enemigo, fué notable la guerra que el demonio en esta ocasión puso á nuestro nuevo soldado. Representóle en un instante la aspereza rigurosa de toda la vida; el gusto con que otros la pasaban en el siglo; las comodidades que había perdido; el despojo de la hacienda, con que había cortado de un golpe, padres, amigos, riquezas y deleites. Pudo esta astuta representación hacer que tomara bríos la carne, y retirándose la luz del Cielo, dar lugar á la batalla y ocasión á la victoria.

Grande fué, sin duda, la lucha que hubo entre el amor de Dios, que le incitaba á vestir aquel hábito, y el demonio que se lo contradecía con muchos géneros de tentaciones. Mas venciendo el fervor del espíritu en su alma, se arrojó en el suelo, y con grandes ternuras, quitándose sus vestidos, decía: *A fuera vergüenza, á fuera, que todo se ha de despreciar por agradar y servir á Dios*. Experimentó entonces, que la misma Señora que antes le había mandado vistiese el hábito de gerga, le asistió presente en aquella ocasión y se le ayudó á vestir, diciéndole: *Juan, no*

(1) Esta ermita y convento, existen en ruinas como á media legua de Marchena.

temas, que mi Hijo y yo estamos aquí y no te faltaremos en tus tribulaciones y trabajos; y otras muchas cosas, que vió cumplidas en el discurso de su vida.

Desde entonces, por humildad, tomó el nombre de Juan Pecador, llamándose hasta allí Juan Grande; y se descalzó de pies y piernas; ni usó más de sombrero, y en este traje perseveró toda su vida. Bien tenía ropas que vestirse si quisiera; pero había tiempo que estudiaba más en vestir al hombre interior que al exterior, y sabía bien, que suele quedar el espíritu desnudo, cuanto más se procura que quede el cuerpo vestido. El regalo de sus padres, le tenía hecho el cuerpo á vestiduras que le abrigaban; pero la penitencia cristiana le había enseñado con silicios á no extrañar el grosero y basto sayal.

Quedó consolado en tal manera con aquella visión, y con el nuevo traje, que este consuelo le duró toda la vida, y volviendo los ojos al cielo, pedía á Dios le perdonase su ingratitud y el no saber darle gracias por las mercedes recibidas; y que pues toda la costa pone su Majestad cuando trata con los hombres, le hiciese merced de darle su divino espíritu, para proseguir lo comenzado.

Estuvo algunos días en Marchena, donde vivía con tanta aspereza y rigor, que muchos le persuadieron á que no se tratase tan mal. Tenía por estilo irse hacia aquel campo donde tomó el hábito, y pedía á Dios le encaminase y declarase, qué era lo en que más su Majestad se servía de agradarle y servirle. En una de estas jornadas vió estar en el camino un hombre y una mujer gravísimamente enfermos y pobres. Inclínóle el Señor á que se llegase á ellos. Trájoslos como pudo á la ciudad y allí los hizo curar, y pidió limosna para su sustento y cura, y de otros pobres; y estando un día en oración, el Señor le agradeció la asistencia de aquellos enfermos, y echaba de ver en las medras de su alma, cómo le pagaba aquel pequeño servicio.

En esta consideración empezó en la nueva vida nuevas

penitencias. Teníase por el mayor de los pecadores, y lamentaba grandemente sus culpas. Trataba con grande rigor su cuerpo y siempre procuraba mejorar la vida. Comenzó luego á dar muestras de la eficacia de su oración, y no dejando los efectos activos de su alma, sino trocando los objetos en todo lo riguroso, en todo lo arduo, en todo lo penoso para la carne, procuró pasar adelante para hacerse más agradable al Señor y servir con el mismo conato á la justicia, que había, según su parecer, servido al mundo. No permitía rato ocioso á su cuerpo, porque no entorpeciese á la alma. Hizo contrato con él de compañía, prometiéndole bienes eternos, porque le dejase privar de los temporales, y quitábale, mal de su grado, lo presente con esperanzas de mayores logros.

La mayor guerra que tuvo, fué la memoria de las comodidades que dejaba; y su mayor diligencia, era vencer esta memoria con la de sus pecados; persuadiéndose á que fué tiranía violenta la posesión de ellas que tuvo, y que no las merecía, sino tormentos perpetuos del infierno, por haber con sus culpas ofendido al Señor del Cielo. Aun el abatimiento en que se hallaba, tenía por muy colmada honra, regalo y descanso, según iba creciendo cada día la humildad que Dios le daba.

Procuró por todas las vías y modos posibles, mortificar, no solamente los deseos y malas inclinaciones de la carne, maltratando su cuerpo con ayunos, disciplinas y ásperas penitencias, hasta hacerle obedecer al espíritu, sino también los mismos sentidos; porque como ya comenzase á conocer en su alma los bienes del cielo y á gozar de la suavidad y deleites de lo alto, temiendo que los sentidos exteriores embarazasen el interior, dábales tan corta licencia, que apenas les permitía ejecutar sus oficios.

Cuando se vió vestido con aquellas armas, comenzó á sentir nuevos bríos para rendir vicios y entronizar virtudes. Estudiaba en recogerse con Cristo y oírle las admirables

lecciones, que de la Cátedra de la Cruz le enseñaba. Inflamábase en el amor de su Redentor y olvidábasele todo lo que no era Dios. Acordábasele todo género de penitencias y ejercicios virtuosos, conforme á su vocación. Esmerábase en la limpieza de corazón, y con sus santas prevenciones y grandísimo recato (que siempre es necesario), fué Dios servido que guardase toda su vida el tesoro preciosísimo de virginidad, que como se guarda en vasos de barro, es menester particularísimo cuidado en evitar todas las ocasiones que al enemigo pueden dar entrada, porque pretenden dejar al alma sin esta riqueza.



CAPÍTULO V.

MUDA SU ASISTENCIA Á JEREZ DE LA FRONTERA, POR INSPIRACIÓN DIVINA.—SIRVE Á LOS POBRES DE LA CÁRCEL POR CONSEJO DE SU CONFESOR.—LO MUCHO QUE SE EMPLEÓ Y PADECIÓ EN ESTE CARITATIVO EJERCICIO.

Proseguía nuestro nuevo penitente en sus fervorosos empleos, é instaba continuamente á Nuestro Señor en sus oraciones, le encaminase adonde más pudiese servirle. Inclinábase su deseo á irse á una cueva ó soledad. Determinaba huir el cuerpo al mundo y sus ocasiones y vivir una vida solitaria, donde desterrado del regalo y frecuencia de las ciudades, acabase de entender que toda esta vida es desierto, y donde pusiese del todo su amor y consideración en la patria, olvidando las halagüeñas ocasiones del mundo, de quien la vida del desierto nos aparta.

Mas parecióle que le hablaba el Señor dentro en su alma, y le decía: *Juan, no te he criado yo sino para remedio de los pobres.* No está la misericordia de Dios limitada para un estado ni para otro; porque aunque hay unos más perfectos, en cualquiera responde á quien le llama; ó por mejor decir, acude con grandes favores á quien responde á su llamamiento. Aunque la vida del desierto es loable, algunas veces (dijo San Pablo) el ángel de tinieblas suele traer apa-

riencias de ángel de luz (1), y por esto es menester advertencia grande, mayormente cuando se ofrecen á la consideración de un hombre cosas peregrinas, como es la vida solitaria en el yermo.

Refería el siervo de Dios, que estando en su tierra en una holgura en el campo con algunos parientes, había oído una voz, que le dijo: *Juan, vete á Jerez, que allí has de servir al Señor, porque no eres criado para aquí*; y que de esta voz resultó la resolución de salir de su patria. Estando después una noche en Marchena en oración, continuando en suplicar á Nuestro Señor le encaminase adonde más le podía servir, le pareció andaba un camino, en que Dios le había puesto; y cuando amaneció, se halló inopinadamente en el término de Jerez de la Frontera, y á vista de la ciudad. Encaminóse luego á ella, reconociendo que aquella era la voluntad del Señor. Entró con grande consuelo de su alma, y este le duró por todo el tiempo de su vida; y si tal vez iba á algunos negocios fuera de Jerez, decía, que se hallaba desconsolado mientras no volvía á la ciudad.

Luego que entró en ella, se encaminó al Convénio de San Francisco (2), donde se confesó y comulgó con mucha devoción; que quien conoce bien el examen riguroso de los ojos de Dios, no se cansa de dar un lavatorio y otro á su conciencia. Comparó Isaías nuestras buenas obras á lienzo muy manchados (3), que es menester que con legía de lágrimas fervorosas lllore su imperfección el varón perfecto, pasando por la ceniza de su conocimiento, lo que en

(1) Ipse enim satanas transfiguratur se in angelum lucis. II Ad Cor., c. XI, v. 14.

(2) Toda su vida profesó mucha devoción á este convento de Menores Observantes. Más adelante se leerán los extraordinarios favores que Dios le hiciera en esta iglesia, y el gran concepto que de su santidad tenían formado los Padres Franciscanos. Él nunca olvidó que su misión de caridad empezó en Jerez, bajo la dirección de un religioso Menor.

(3) Quari pannus menstruata universa justitia nostra. Is. c. LXIV, v. 6.

el de Dios quiere que parezca blanco y bien colado. Dió cuenta al confesor de su vida y comunicó su propósito y pensamiento. Él le dió por consejo, que pues Nuestro Señor le había inspirado que le sirviese en sus pobres, lo podría hacer en los presos de la cárcel, que padecían grandes necesidades, por no tener quien les buscasse limosnas.

Obedeció sin dilación al confesor, y poniendo por obra su consejo, se fué á la cárcel (1). Su primer ejercicio, después de consolar á aquellos pobres, fué pedir limosna por el lugar para sustentarlos y sustentarse. No fué pequeña obra esta para un hombre hecho á gastar y mandar; pues quiso sujetarse al riesgo de la humanidad de muchos, y poner en condición de la falta de misericordia su ordinario sustento. A tanto llega una determinación firme de dejarlo todo por Cristo, conociendo lo que se debe al que siendo rico (como dice San Pablo), se hizo pobre por nosotros (2); y siendo la misma hartura, tuvo hambre y sed por remediar al hombre.

Asistía el siervo de Dios al socorro y consuelo de los pobres con tan gran cuidado, que por orden de la justicia se le dió aposento dentro en la cárcel. Repartía sus limosnas con intensa caridad entre los presos necesitados; y entendiendo ser esta la voluntad del Señor, se empleó mucho en este ejercicio, sin faltar á la oración que tenía tan continua, que muchas veces le sucedía hincarse de rodillas á prima noche y amanecer sin haberse levantado de la oración.

(1) Esta se hallaba en la calle llamada de la Cárcel vieja, hoy de Limones, esquina á la de la Princesa ó Bajada de la Cárcel. La casa que con puerta hacia esta última calle, está señalada con el número 14, ocupa el lugar donde estuvo la antigua Cárcel, donde tanto ejercitó, casi niño todavía, su caridad y paciencia el Beato Juan Pecedor.

(2) *Seitis enim gratiam Domini nostri Jesuchristi, quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis.* II Ad Corinth., cap. VIII, v. 9.

Procuraba que todos hiciesen limosnas á sus pobres. Amábalos por Dios entrañablemente, y no se cansaba de sufrirlos y oír sus menguas y necesidades, ni se ahogaba con las dificultades de su remedio, y para conseguirle ejecutaba cuantos medios podía y sabía. Consolábalos y socorríalos; que quien tiene afición á Dios, no puede negarla á los pobres. Servíales con humildad y dábales de comer con amor. No parecía sino que veía en cada uno de ellos á Cristo Señor Nuestro; y cuando no tenía con qué acudirles, significábales con benignas palabras su imposibilidad y ofrecíales (lo que es de más valor) sus oraciones y santos consejos, animándoles y enseñándoles á conformarse en los trabajos con la divina voluntad.

Sufría con gran paciencia las injurias y agravios que los presos le decían y hacían; y estas llegaban á tanto, que hasta las cosas más asquerosas vertían sobre su bienhechor. Encerrábase dentro del conocimiento propio, con que le parecía muy poco lo que padecía, respecto del castigo que sus culpas provocaban. Grandes golpes recibió su corazón, ocasionados del natural sentimiento, con que cada cual extraña las injurias, y más de los obligados, que deben respetar á quien ofenden. Consideraba entonces el aprovechado mozo, cuán falsos y mentirosos son los amores de las criaturas, y cuán fiel es el amor de Dios. De ver la paciencia con que su siervo sufría las injurias y baldones, quedaban ellos mismos admirados y confusos, y muchas personas edificadas de considerar su grande tolerancia.



CAPÍTULO VI.

APARÉCESELE CRISTO LLAGADO Y MÁNDALE QUE SIRVA Á LOS POBRES ENFERMOS.—EJECÚTALO EN EL HOSPITAL DE LOS REMEDIOS.—ANÍMALE EL SEÑOR EN LAS PERSECUCIONES QUE EN ÉL TUVO.

Sirvió á los pobres de la cárcel el siervo de Dios Juan Pecador por tiempo de tres años, hasta el de 1571, que fué el veinte y cinco de su edad; pero estando una noche en oración, pidiendo á Dios el bien espiritual y temporal de aquellos pobres presos, y para sí paciencia para sufrir tantas injurias, se le apareció Cristo Señor Nuestro, tan llagado y enfermo, que con su vista quedó el siervo de Dios sumamente afligido y lastimado. Díjole el Señor: *Juan, cura á mis pobres enfermos y yo sanaré en ellos* (1).

A esta visión correspondieron los excesivos rigores contra su cuerpo, porque aquella imagen de Cristo llagado se le imprimió en el alma, no como en cera, sino como en pedernal; y asida de todas sus potencias, no las dejaba sosegar en su transformación. Luego propuso ir á servir á los pobres enfermos, y lo puso por obra en el hospital de los Remedios, que está cerca de la plaza del Arenal de la misma ciudad de Jerez. Allí estuvo mucho tiempo buscándolo.

(1) Hemos visto en el capítulo anterior, que por su gran caridad con los encarcelados, se le dió habitación en la misma cárcel, por lo que juzgamos fundadamente, que allí tuvo lugar la extraordinaria visión que aquí se nos refiere.

les limosnas y acudiendo á los enfermos con gran cuidado y diligencia (1). Asistíales á todas horas como siervo humilde, con la puntualidad en los remedios, con la dulzura y apacibilidad en el trato, y con el alivio y consuelo que habían menester en sus aflicciones. Procurábase la salud para el cuerpo y para el alma, que con la enfermedad suele perfeccionarse la virtud.

No le faltaron tampoco en este ejercicio grandes persecuciones del común enemigo, reconociendo sus grandes medras, y de los que gozaban de su santo ejemplo. Perseguíale con grandes tentaciones de algunos, á quien tomaba

(1) Antes de pasar adelante creemos indispensable esclarecer este período algo oscuro de la vida del Beato Juan. Según el autor, la venida del siervo de Dios á Jerez, fué en 1568, no empezando á curar pobres enfermos hasta 1571, fechas que mal pueden compaginarse con las de documentos fidedignos que se guardan en el archivo municipal de esta ciudad. Deseábamos examinar los expedientes de beatificación, juzgando que resolverían esta abierta contradicción de fechas; mas creemos que no dan sobre el particular ninguna luz, pues el Rmo. P. Er. Juan M.^a Alfieri, actual dignísimo General del Orden Hospitalario, en su hermosa *Vita del B. Giovanni Grande detto il Pecador*, publicada en Roma en 1853, y que fué escrita en vista de los citados expedientes, incurre en la misma equivocación que el Ilmo. Mascareñas.

De los predichos documentos del archivo de Jerez, hemos sacado que la venida del Beato Juan, fué en 1563 ó 64, siendo aún bastante joven (17 ó 18 años). Sin dejar el cuidado de los pobres encarcelados, ya en 1566 se había establecido en el hospital de los Remedios, y en prueba de esto copiamos la siguiente petición que presentó á la ciudad el 10 de Mayo de dicho año; dice así:—«M. I. Sres.—Juan Pecador digo: que yo sirvo á V. S. en el reparo de los pobres de la Cárcel i en los pobres de los hospitales que se recojan en la convalecencia de sus enfermedades en Ntra. Sra. de los Remedios, donde les tengo puestas ciertas camas, i por quel lugar es mui estrecho i no hai aposento donde los pobres sean servidos en sus enfermedades, pido i suplico á V. S. me haga la merced de un corralete junto al muro para meterlo en la dicha casa, para el servicio é aposento de pobres, de que Ntro. Señor será mui servido i ió recibiré merced, é para ello etc.—Juan Pecador.» El hospital de los Remedios, se hallaba junto á la capilla del mismo título. Desde el hospital hasta la cercana puerta del Algarve, corría una estrecha callejuela entre las casas y el muro de la ciudad, que era el *corralete* que el Beato Juan solicitaba. No obstante la oposición de Beatriz de Morales, que decía tener derecho á ella, le fué concedida, aunque el proyecto del Beato no tuvo efecto por ocurrir su salida de aquel hospital. Cuando la reducción, éste se agregó al del Beato Juan, continuando la iglesia abierta al culto hasta 1868.

por instrumentos para atribularle. Pocos días antes que entrase en Jerez, habían hecho justicia de un ermitaño, y en su cara le decían muchos, que otro tanto habían de hacer con él. Llamábase aquél Juan de Dios, y había tomado por oficio pedir limosna para los pobres. Hacíales muchas la ciudad, en memoria de San Juan de Dios, portugués insigne, fundador de la religión de la hospitalidad. Después de haber juntado considerable dinero, se huyó de aquella ciudad; y pareciendo á sus vecinos pesada la burla, le hicieron buscar, fué traído, y hecho examen de sus culpas, ahorcado (1). En esta ocasión fué la entrada de Juan Pecador en Jerez, y comenzó á pedir limosnas para los pobres de la cárcel; pero como le veían tan mozo, y de tan buen arte, le decían pararía en lo que el otro.

Pasó por esta causa muchas injurias, y sentíase sumamente atribulado. Tentaciones tenía de dejar el hábito y el ejercicio; pero luego se animaba, por entender servía á Nuestro Señor con él. Hallábase un día grandemente afligido con tentaciones del común adversario, y habiendo hecho algunos ejercicios rigurosos de penitencia, (pues en aquella noche se había azotado diez veces) estando en profunda oración, acompañado de copiosísimos raudales de

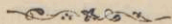
(1) Este mal ermitaño, era un insigne embaucador, de quien aun se conserva en Jerez la triste memoria. Hacía pocos años que había trocado esta vida por otra más feliz, el bendito padre de los pobres San Juan de Dios, y su venerable nombre era repetido por todos en medio de bendiciones. El dicho ermitaño, llamado Juan Parada, tomando el sobrenombre del santo fundador de la hospitalidad, se dedicó á pedir limosnas para socorro de los necesitados, según él decía, recibiendo de los vecinos grandes cantidades. Abusando de la credulidad de los sencillos, obraba algunos que parecían prodigios, los cuales considerados por el vulgo como milagros, le adquirieron gran veneración y autoridad en el pueblo. Conseguido su objeto, que no era otro que reunir una gruesa suma, desapareció, confirmándose así las sospechas que sobre él habían concebido muchas personas sensatas, y no pareciendo bien que impunemente fuese burlado todo un pueblo, fué buscado con diligencia, y hallado prontamente, confesó su crimen siendo ahorcado en el Arenal. Aun es conocida por Cueva del Padre Parada, una de la cercana sierra de San Cristóbal, donde se retiraba de noche.

lágrimas, le vino un ímpetu de unión de Dios con su alma; y entre las mercedes que en él recibió, entendió que le hablaban y le decían altísimas cosas, casi todas imperceptibles á su discurso. Entre otras percibió estas palabras: *Juan, no te atribules con tentaciones y murmuraciones de las gentes. Considera lo que yo hice por tí, y hallarás, que no es mucho que un amigo padezca mucho por otro amigo á quien tanto debe. Está cierto que yo te amo y no hagas caso de lo demás.* Con esto quedó su alma tan consolada, y él tan persuadido á padecer más por su Maestro Cristo, que con haber padecido mucho, le parecía poco lo que había padecido y hecho, según la obligación que tenía y el grande conocimiento que le quedó, de que la Divina Majestad le amaba.

Estando un día en oración con grandes amores de Dios, y tan grandes júbilos, que no cabían en su alma, se llegaron algunos hombres á él, y le dijeron pesadísimas injurias: (de borracho y de endemoniado le trataban). De esto pasaron á las puñadas, golpes y bofetadas. Pero aunque él lo sentía todo, era tan grande el amor de Dios, y la unión que con él tenía en su alma, que tuviera por más fácil (aunque le hicieran pedazos) sufrirlo, que apartarse un punto de lo que tan de balde le daban á gozar.

Viendo el demonio que los combates de los extraños no hacían mella en esta constante roca, sembró discordias entre el siervo de Dios y los mayordomos y administradores de aquel hospital. Pareciéndoles á éstos, que el bendito varón les obligaba á hacer mayores gastos en la curación de los pobres enfermos, de los que ellos querían, le despidieron diciéndole, que no les estaba bien tener quien los gobernase. Hallóse con esto el siervo de Dios en grande desconsuelo, y en la ciudad hubo no pequeño escándalo, porque predicando entonces cierto religioso que tuvo noticia que le despedían del hospital, y conociendo su gran virtud y el provecho que hacía, dijo en el púlpito: Que cómo

era posible se consintiese una sinrazón tan grande, del agravio que se hacía á los pobres en quitarles persona de tan fervorosa caridad, como lo era el hermano Juan Pecador, y que tanto provecho les hacía con su asistencia y con el ejemplo de vida á toda la ciudad; que aunque él quisiera, no le habían de dejar salir del hospital. Al fin salió del de los Remedios despedido, después de haber servido en él dos años, en el de mil quinientos y sesenta y tres, y á los veinte de su edad.



CAPÍTULO VII.

FUNDA EL SIERVO DE DIOS NUEVO HOSPITAL, Y ADELÁNTALE CON LAS LIMOSNAS QUE ADQUIRÍA.—SU GRAN CARIDAD CON LOS POBRES Y ENFERMOS.—PROVIDENCIA CON QUE DIOS LES ASISTÍA.

Dió esto motivo á dos caballeros, Agustín de Villavicencio, Veinticuatro de Jerez, y Juan Núñez de la Cerda, hermanos mayores de la hermandad de San Juan Laterán, personas de grande virtud y ejemplo (con celo del servicio de Dios y de su república), de ofrecerle sitio y su asistencia y favor, para edificar un hospital cerca de aquella iglesia. Aceptó el siervo de Dios el ofrecimiento, y cumplieron ellos la promesa dando el sitio, y aplicándose á la fábrica las limosnas que adquiría Juan Pecador. Hízose esta fundación á los veinte y ocho años de su edad, el de 1574. Desde entonces se llamó esta casa el Hospital de Juan Pecador. Cerca de la misma iglesia estaba fundado otro, que se intitulaba de los Viandantes, que se agregó después á éste cuando los demás, y por esta razón reciben hoy á los caminantes en el Hospital de Fray Juan Pecador (1).

(1) Después de su salida de los Remedios, no teniendo donde satisfacer su ardiente caridad, *con ánimo de Príncipe y confianza de Santo*, como dice un cronista del Orden de San Juan de Dios, determinó levantar un nuevo hospital, y con este designio presentó á la ciudad en 17 de Abril de 1567, la siguiente petición:—«M. I. Sres.—Juan Pecador, beso las manos de V. SS. i digo: que ió quiero ir á Roma para pedir á Su Santidad, indulgencias i jubi-

Pusiéronse á los principios en él algunas camas para los pobres enfermos, que luego acudieron á él, y empezó el siervo de Dios á servirlos y curarlos con tanta diligencia y caridad, que desde luego fué ganando la voluntad del pueblo, para que le acudiese con largas limosnas, con que

leos para un hospital que intento hacer para recibir y curar pobres, porque en el lugar donde al presente está, tengo mucha estrechura. Suplico á V. S. dos cosas: una, que me señalen ó den sitio donde ió pueda edificar mediante la aiuda de N. S. la dicha casa i hospital, i me parece que será conveniente lugar, el llano questá al Muro quebrado, i otra; que V. S. en su nombre mande ordenar una petición para Su Santidad i den poder para que allá se puedan pedir las dhas indulgencias i jubileos, i en ello se hará servicio á N. S. i ió recibiré merced y los pobres caridad.—Juan Pecador.»—Al día siguiente la ciudad nombró diputados que eligiesen el sitio, y señalaron como más apropósito que el llano junto al muro quebrado, que es el sitio ocupado hoy por las bodegas de los Sres. González Byass, la ermita del Humilladero (iglesia de las Angustias), dándosele una aranzada de tierra junto á la ermita. El 28 del mismo mes, se dió el poder para la petición de indulgencias y se le concedió el sitio mencionado, empezando la obra del nuevo hospital. En la concesión se leen algunas frases que copiamos por ser laudatorias del B. Juan, y nos demuestran cómo se había captado los afectos de los jerezanos; son estas:—«Juan Pecador, que así se dice é nombra, *con buen intento y celo de cristiano*, ha introducido una demanda de limosnas por esta ciudad para pobres, así para curar convalecientes, como para proveerlos de mantenimientos é vestidos, é otras obras buenas que hace con las limosnas que recoge, y por su *buen espíritu é sencillez*, se convocan *muchas personas* á le dar limosnas é procurar que su buen intento vaya adelante, etc.»—Los trabajos comenzados en el Humilladero, fueron interrumpidos á mediados de Junio del mismo año, pues en aquellos días recibió el Beato una orden del Corregidor, prohibiéndole continuar la obra, por no haber aprobado el Consejo la concesión de la ciudad. Entonces los cofrades de San Juan de Letrán, le ofrecieron su hospital que se titulaba de San Sebastián, del cual tomó desde luego la dirección. Con el tiempo, por ser pequeño el edificio y encontrarse ruinoso trató de reedificarlo y aumentarlo, lo que efectuaba en 1572, pues así se deduce de una petición que dirigió á la ciudad en 16 de Junio de dicho año; dice así:—«M. I. Sres.: Juan Pecador, beso las manos de V. S. S. i digo: que demás de la ordinaria hospitalidad i limosna que mediante la gracia de N. S. hago en el hospital de San Sebastián, viendo el poco recurso i remedio que los enfermos de enfermedades incurables tienen á causa de no los querer recibir en ningún hospital ni casa desta ciudad, i por este respeto se mueren por esas calles i muladares sin beneficio ninguno, así corporal como espiritual, pues mueren todos los más sin recibir los Santos Sacramentos de la Iglesia, ques cosa de gran compasión i lástima, i por esto movido

sustentaba gran multitud de pobres, y esta crecía cada día. Hizo este oficio mucho tiempo solo (porque no tenía compañeros) con grande alegría y paciencia, y jamás le vieron cansado, ni desabrido; antes siempre con una alegría celestial, como persona que tan de veras se empleaba en servir y agradar á Jesucristo nuestro Redentor.

En la curación de los enfermos se ejercitaba con tan fervorosa caridad que á todas horas les asistía y proveía de lo necesario, pasando muchas veces las noches en vigilia, para consuelo de los necesitados. Exhortábalos á la caridad y amor del Señor, y á que hiciesen confesiones generales de sus culpas, como muchos hicieron, tomando á su cargo cumplir las penitencias y satisfacer por ellas, con que les hacía no menos caridad y fruto en la curación de las almas, que en la de los cuerpos. Para esto buscaba los enfermos en las partes donde tenía noticia estaban y necesitaban de remedio, no contentándose con los que iban á su Hospital, que eran muchos (1).

No había en él otras rentas más que las limosnas que el siervo de Dios buscaba por la ciudad, diciendo á voces: *Hermanos, haced bien para vosotros mismos*, que era su modo ordinario de pedir. Pero con estas solas palabras, con el buen olor de su ejemplo y la experiencia de lo bien que las empleaba, eran tantas las que adquiría, que des-

de piedad, con el favor de Dios N. S. tengo comenzada una enfermería en el Campo Santo de San Juan de Letrán desta ciudad, para recoger i alimentar los dhos incurables, ques obra que demás de ser tan meritoria, redunda en autoridad desta M. I. ciudad. Pido i suplico á V. S. me hagan tanta merced i caridad de socorrer á una tan santa i cristiana obra como esta dha, para lo cual el M. I. estado de V. S. imploro.—Juan Pecador.»

(1) Testimonio nos dan de esta tierna solicitud para con todos los pobres enfermos, las palabras finales de un memorial que dirigió á la ciudad por Enero de 1574; son estas:—«Otroí, pido i suplico á V. S. mande diputados caballeros de su Cabildo, para que requieran i manden requerir las calles, portales i mesones donde estuvieren los dichos pobres, i los manden repartir por los dichos hospitales, i en ello hará V. S. servicio á N. S.»

pués de haber sustentado y regalado á sus pobres enfermos, tenía cuidado de socorrer á muchas personas vergonzantes necesitadas, á quien repartía con liberal mano de lo que juntaba de limosnas. Decía, que allí era muy acepta á Nuestro Señor, porque se les quitaba la ocasión de que desdijesen de quién eran, y diesen en ofensas suyas, que era lo que el siervo de Dios sentía mucho.

Afligido grandemente una noche de no tener al otro día con que socorrer á sus pobres, y estando en fervorosa oración pidiendo su remedio, oyó una voz que le dijo: *Juan, no te desconsueles, que los pobres no están á tu cargo, sino al mío: ámate, que no te faltará.* Vió cumplida la promesa en amaneciendo, porque un caballero del lugar, que se llamaba Juan de Villavicencio, le fué á visitar y le dió buena cantidad de trigo y de aceite, y botica para los pobres, y le prometió dar por algunos años suficiente trigo para sustento de su hospital. De estos casos veremos muchos en el discurso de su vida, y de la que hizo en su empleo de servir á los pobres, se dirá no poco en los capítulos de la caridad con los prójimos.



CAPÍTULO VIII.

RECIBE NUEVOS COMPAÑEROS PARA SU MINISTERIO.—DA LA OBEDIENCIA
CON ELLOS Á LA CONGREGACIÓN DE SAN JUAN DE DIOS EN GRANADA.
—AUMÉNTASE SU EJERCICIO EN LA ASISTENCIA DE LOS ENFERMOS.

Con la fama de virtud y santidad del siervo de Dios, se le juntaron algunos compañeros, á los cuales dió su hábito y enseñó santas costumbres. Entre ellos se cuentan tres varones de singular mortificación y penitencia, y de mucha devoción y trato con Dios.

Los más de los testigos examinados en la información de sus virtudes, nombran por el primero al hermano Fernando Indigno, que murió en la misma ciudad de Jerez, con opinión de santo, y está enterrado en el mismo hospital, en cuyo gobierno sucedió al hermano Juan Pecador por su muerte, ejerciéndole con mucho fervor y grande ejemplo. Pero tengo noticia que no fué de los compañeros que recibió, sino hijo en el mismo Instituto de Pedro Pecador, fundador de la Casa de Sevilla, y lo fué Fray Fernando Indigno del hospital de la Vera-Cruz de los Arcos de la Frontera. Comunicábase mucho con el siervo de Dios Juan Pecador, y de ordinario de una casa á otra se visitaban, y esto quizás daría ocasión á que algunos pensasen había sido su discípulo (1).

(1) De este dignísimo sucesor del B. Juan, no sabemos el lugar ni la

Otro compañero recibió, á quien llamaron Fray Juan Pecador el Chico, y era su sobrino. Fué varón de mucha virtud y penitencia. Murió en la misma ciudad y está enterrado en el mismo Hospital (1).

Fué también de los compañeros que recibió el siervo de Dios, aunque no de los primeros, uno que se llamó Fray Pedro Egypciaco, natural de Vejer, obispado de Cádiz,

fecha de su nacimiento; sólo nos consta que en el desierto de Ronda, convertido por Fr. Pedro Pecador y por sus discípulos en morada de ángeles, recibió de manos de tan esclarecido varón el hábito de la Hospitalidad. Sus hermanos le pusieron el sobrenombre de *Indigno*, porque al preguntarle cómo se llamaba, siempre respondía: «Fernando, indigno siervo de mi Señor Jesucristo.» No fundó el hospital de Arcos, como dice Mascareñas; su fundador fué el citado Fr. Pedro Pecador, quien conociendo la gran virtud y experiencia del V. Indigno, le nombró Hermano mayor de su comunidad en el desierto de Ronda. El cronista Fr. Juan Santos escribe de él: «tenía amistad y conversación muy ordinaria, con aquel varón grande (que la ciudad de Xerez celebra, y toda la Andalucía tiene por Santo) Fr. Juan Pecador, y como su conversación era del cielo, vivían como dos ángeles en la tierra.» Esto bástenos para calcular la gran virtud del V. Indigno. A la muerte del B. Juan, fué elegido por los hermanos Superior del hospital de Jerez, y con tal acierto, que queriendo apoderarse el Vicario de la ciudad de su administración, conociendo las singulares prendas del siervo de Dios, abandonó su pretensión no del todo injusta. No sólo en Arcos, donde moraba de ordinario, sino en Jerez, donde murió, y pueblos comarcanos, era tenido en gran veneración, pues todos veían en él un vivo traslado del Beato Juan. Poco le sobrevivió, pues falleció pocos meses después en el mismo año de 1600. Fué sepultado en el muro de la iglesia antigua del hospital, y en el mismo lugar se colocaron sus restos en la construida en el pasado siglo, hasta que en 1841 fueron trasladados á la de San Dionisio y depositados en la pared de la sacristía, junto á la puerta que conduce al presbiterio. Sobre su sepultura se lee: «Aquí yacen los huesos del Ven. Siervo de Dios, Frai Fernando Indigno, Prelado por muerte del V. Padre Frai Juan Pecador, Fundador del Hospital de San Juan de Dios de esta ciudad, de cuya Iglesia fueron trasladados á ésta y colocados en este sitio el 18 de Enero de 1841.» Allí se colocó también un antiguo retrato suyo que se conservaba en el hospital. Visitando esta ciudad en 1866 Fr. Juan M.^a Alfieri, General de San Juan de Dios, abrió esta sepultura en 17 de Octubre, y extrajo tres vértebras que llevó á Roma, de lo cual dejó testimonio autorizado en el archivo parroquial de San Dionisio.

(1) De este sobrino del Beato, no existe memoria alguna en Jerez, ni tampoco de su sepultura.

varón de grande virtud y ejemplo. Los otros Hermanos contradijeron que se le diese el hábito, pareciéndoles que era algo basto, y el siervo de Dios les dijo: *Hermanos, he de recibirle, y ellos no saben lo que ha de ser este siervo de Dios*. Quedó con esto recibido, y se le dió el hábito, en que ellos consintieron con grande humildad. Fué después á Roma y en 7 de Abril del año de 1608, alcanzó Bula de Paulo V de confirmación de su Congregación; y vuelto á España, fué electo en primero Ministro General de ella en Madrid á los 20 de Octubre de 1608. Allí se hicieron las nuevas Constituciones de la Orden, y volviendo á Roma con ellas, fué de nuevo confirmada esta Religión en 7 de Julio del año de 1611, con aprobación de las Constituciones. Vuelto á España, en el Capítulo General, que se celebró en Madrid en 2 de Noviembre del año de 1614, fué electo segunda vez en General de la Orden; y últimamente el mismo Pontífice Paulo V por su *motu proprio*, eximió á esta Religión de la jurisdicción de los Ordinarios, su fecha en 16 de Marzo de 1619. Asistió este varón de Dios muchos años, hasta su muerte, en la Corte, con grande estimación de su rey D. Felipe III y de la Serenísima reina D.^a Margarita, del príncipe, infantes y grandes de la Corte, que todos le estimaban por su virtud. Murió en Madrid, con opinión de santo, en 13 de Octubre de 1630, siendo de edad de sesenta y dos años; y á su muerte y entierro asistió toda la Corte, llevando reliquias de su hábito como de cuerpo santo (1).

(3) Admirable es bajo todos conceptos la vida de este gran siervo de Dios. De tres años, pasó á vivir en Jerez con sus padres, admirando todos desde su primera edad su inclinación á la virtud. No obstante la oposición de los Hermanos, le dió el hábito el B. Juan, conociendo con superior luz su virtud acrisolada y el gran lustre que había de dar á la Orden. Profesó el día de la Asunción de 1588 á los 19 de su edad, tomando el sobrenombre de Egipciaco, por su gran devoción á la santa penitente María Egipciaca. Fué muy amante de sus enfermos, á los cuales muchas veces curaba de un modo prodigioso, untándolos con el aceite de la lámpara del Santísimo Sa-

Estos y otros fueron verdaderos discípulos de tal Padre, como el venerable Juan Pecador. Estas las primicias, que se ofrecieron á Dios de aquellas gloriosas plantas, que puso en aquel hospital su siervo. Eran hombres ejemplares, abstinentes y devotos, observantes en su profesión, y tales, como para conservarla convenían. De cada uno de ellos se pudiera hacer buena parte de historia, si fuera justo que en esta pudiera yo usurpar lo que puede hacer cumplidamente aquella religión sagrada (1).

cramento. Tuvo trato muy familiar con el Angel de su guarda, pudiendo en esto compararse á la insigne fundadora de las oblatas de Roma Sta. Francisca. Por obediencia pasó á Granada, desde donde á ruegos de D. Francisco de Texada, Oidor de aquella Real Chancillería, fué á la Corte, siendo allí por sus grandes virtudes muy amado de los Reyes. Para tratar de la separación de la Congregación hospitalaria de España, de la de Italia, hizo varios viajes á Roma, siendo siempre muy bien recibido por el Papa, de quien alcanzó cuanto deseaba. Fué el primer General de la Congregación española, mereciendo ser reelegido. En 20 de Agosto de 1611, recibió la altísima honra de renovar su profesión en manos del Pontífice Paulo V. Profetizó el nacimiento de Felipe IV y el del célebre Cardenal Mendoza, á sus padres los duques del Infantado. Viéndose próximo á la muerte, quiso retirarse á Jerez, para morir en su querida patria adoptiva, y descansar junto á los restos de su amado P. Juan Pecador; mas vencido de los ruegos de los reyes y de todo el pueblo de Madrid, permaneció en la Corte hasta su fallecimiento. Fué sepultado en el hospital del Amor de Dios, y en 1693 se le labró un suntuoso sepulcro en el presbiterio de su iglesia, guardando correspondencia con el del V. P. Antón Martín. Entre otras muestras de aprecio que recibió de los Reyes, fué una la imagen de Nuestra Señora de la Salud, que se veneraba en la iglesia de San Juan de Dios de esta ciudad, y está al presente en el coro bajo de la Merced. Al pie del nicho donde se halla, léese lo siguiente: «Nuestra Sra. de la Salud, dádiva de la reina doña Margarita de Austria, al siervo de Dios el Rvmo. Fr. Pedro Egipcíaco, General, hijo de este Santo Convento, que le envió de la Corte de Valladolid, año de 1608.» En la segunda parte de la *Crónica Hospitalaria* del P. Santos, puede verse muy por extenso la admirable *Vida* de este dignísimo y aventajado discípulo del B. Juan.

(1) Tenemos noticias de algunos de estos discípulos suyos. En primer lugar mencionaremos al Ven. Fr. Alonso Izquierdo, nombrado por el Beato Juan, Hermano mayor del hospital de Sanlúcar de Barrameda. Fué muy amado de los vecinos de aquella ciudad, especialmente de los duques de Medina Sidonia. Falleció lleno de méritos en 1618 á los 72 de su edad.

Con los primeros compañeros que recibió, (conociendo ser la vida religiosa más estable y segura) el año de 1579, á los treinta y tres de su edad, se fué á Granada y se agregó á la Congregación de la hospitalidad de San Juan de Dios, que la buena memoria de Pío V había aprobado el año de 1562 y concedido grandes privilegios y gracias, con la forma de hábito que hoy traen sus hijos, cuyos estatutos después han aprobado los Sumos Pontífices, que hasta hoy sucedieron, constituyéndola en el alto grado que hoy vemos: favores bien merecidos de la gran caridad con que se emplean los religiosos de esta familia en la cura de los enfermos, no sólo en la Europa, sino también en toda la América y parte del Asia, asistiendo en los ejércitos y armadas de este imperio, con los riesgos notorios de salud y vidas.

Dieron, pues, el siervo de Dios Juan Pecador y sus compañeros, la obediencia al Prior del hospital de Granada, profesando debajo de la regla de San Agustín y tomando la misma forma de hábito, que Su Santidad había concedido á esta Congregación (1). No por verse el siervo de Dios acompañado de hermanos que le ayudaban, aflojó en su instituto, antes con mayor fervor de caridad asistía á la cura y sustento de sus enfermos, como aquel que conocía, que ya le tocaba de obligación el servirlos.

Las horas que le sobraban de este ministerio las gasta-

Fr. Francisco Blanco, natural de Sevilla, fué hombre de extraordinaria oración y muy amado de nuestro Beato por su tierna índole y suave natural. Era gran escultor, y habiéndole llevado la obediencia á Granada, fabricó allí un magnífico misterio del Nacimiento de Cristo, admiración de aquella ciudad. Con la muerte del justo, pasó á mejor vida en 1613, de 70 años. Mencionaremos también á Fr. Alonso Durán, Hermano mayor del hospital de Villamartín, á Fr. Juan de Castro, y á Fr. Alonso de la Concepción, más tarde Provincial de Andalucía.

(1) No nos consta ciertamente, mas creemos que hicieron su profesión en maños del Ven. Fr. Rodrigo de Sigüenza, que por aquellos años era Prior de Granada.

ba en la oración, asistía á ella con tanto fervor de espíritu, que ordinariamente andaba arrobado; y era tanta la suavidad y regalos que el Señor le comunicaba, que muchos días y noches le sucedía estar sin sentido. Para encender este fuego, recogía en su memoria los beneficios recibidos de Dios; y hallándose obligado á darle gracias, conocía la ingratitud de su vida, y procuraba con afectos amorosos descontar descuidos pasados. No tenía tiempo particular para esto, porque desde que mudó de vida no trató en otra cosa. Muchas ocupaciones tuvo corporales, y entre todas prevalecía siempre la del espíritu; que aunque suele pedir recogimiento y descuido de cosas exteriores, tenía en él la larga costumbre grangeado, lo que en otras causa este recogimiento.



CAPÍTULO IX.

LLÁMALE EL ARZOBISPO DE SEVILLA Y OBLÍGALE Á ACEPTAR LA REDUCCIÓN DE LOS HOSPITALES DE JEREZ AL SUYO.—FAVORES QUE RECIBIÓ DEL CIELO EN ESTA JORNADA.

Por los años de 1592, á los cuarenta y seis de la edad del siervo de Dios, estando un día en oración con el fervor que acostumbraba, tuvo una revelación del Cielo, y oyó una voz que le dijo: *Juan, un viaje has de hacer, en que merezcas mucho, ármate de paciencia.* Dentro de pocos días sucedió, que el Cardenal D. Rodrigo de Castro, Arzobispo de Sevilla, teniendo noticia de lo mal que eran servidos los hospitales de Jerez de la Frontera, tomó resolución de reducirlos al de Fray Juan Pecador, para que de todos tuviese la superintendencia, como persona de quien tenía particular satisfacción, por su vida y santas costumbres, y como quien le había comunicado muchas veces.

Envió, para concluir este negocio, á llamar al siervo de Dios, y conoció él luego, que este era el viaje para que el Señor le había prevenido. Fué temeroso de las quejas que por esta causa habían de tener de él los Patronos de los hospitales que se habían de reducir, pareciéndoles que sería diligencia suya.

Llegó á la ciudad de Sevilla, obedeciendo á su Prelado que le llamaba; y aunque muchos caballeros y devotos que en ella tenía le vieron, y le rogaron fuese á comer á su

casa, no lo aceptó, porque había de comulgar aquel día, y en los que recibía la Sagrada Comuni6n, no acostumbraba á comer, si no era muy tarde.

Pasó hasta las cuatro, después de medio día, en oraci6n, dando gracias á Nuestro Señor y encomendándole aquel negocio para que le llamaba el Arzobispo; y sintiéndose sumamente debilitado, se salió al campo. Continuaba su paseo en profunda contemplaci6n de las cosas celestiales, y vió junto al camino un pastel que parecía estaba caliente y acabado de hacer; y mirando á todas partes, por ver si estaba allí persona cuyo fuese, no vió alguna. Entendió con esto que era socorro del cielo, bien necesario en aquella ocasi6n para su necesidad, y empezó á comerle, dando muchas gracias á Nuestro Señor de haber remediado su hambre.

Estando comiendo, apareció junto á él un mancebo de agradable aspecto. Preguntóle el siervo de Dios si quería ser su compañoero en aquel regalo, ó si acaso era suyo. Y respondi6le: *Juan, para tí es: come, que aquí te traigo agua si quieres beber.* En el discurso de la comida y después de ella, trataron los dos de muchas cosas de Dios, y decía Fray Juan Pecador, que siempre que se acordaba de ellas se le llenaba el alma de gozo. Después de larga plática se fué el mancebo, y desapareció sin verle el siervo de Dios, que contaba algunas cosas de las que le había dicho á hombres doctos y espirituales, dejándolos confusos; y solía decir, que si Dios le llevase en tiempo que pudiese referir las cosas de esta conversaci6n, las había de decir, por ser de grande espíritu y provecho para las almas. Esto contó varias veces, exhortando á sus compañoeros á que le sirviesen, fiándose en su divina providencia, que nunca falta, y claramente se conoció aquí que este socorro fué más por favor divino, que por diligencia humana.

Habiendo visitado luego al Arzobispo, y entendido su designio, lo resistió con grandes veras. Representóle con

mucha humildad su insuficiencia, y los grandes y muchos émulos que por esta causa había de tener, y encuentros que se le habían de ofrecer en la ejecución de su mandato. Pidió tiempo para deliberar en esta materia y aconsejarse con personas doctas y devotas, como lo hizo; y aunque todos le persuadieron obedeciese, su humildad le provocaba á que se excusase. Mas el Arzobispo, viendo su resistencia, le obligó á que aceptase la comisión, asegurándole de parte de Dios los socorros para perfeccionar aquella obra, y de la suya el favor y asistencia. Con esto, obligado y compelido de su Prelado, no tuvo resistencia en aceptar una ocupación tan grande, porque era mayor su obediencia. Solamente reparaba en ser indigno de la honra que se le hacía, porque los buenos, cualquiera cosa honrosa, juzgan les viene muy ancha, según el parecer de su humildad; y cualquiera cosa penosa, muy corta, según las buenas ganas de su obediencia. Aceptó, pues, la comisión, y volvió á Jerez á la solicitud y cumplimiento de lo que el Arzobispo le había ordenado, en cuya ejecución halló iguales y mayores dificultades que las que se le habían representado antes (1).

(1) A petición de Felipe II, había dado el Papa San Pío V dos Breves, en 6 de Diciembre de 1566 y 8 de Abril del año siguiente, ordenando la reducción de muchos hospitales, en los cuales, por ser pobres de rentas ó por estar mal administrados, no se ejercía la beneficencia según la mente de sus fundadores. En virtud de nuevo Breve de Sixto V, encargó el rey al Cardenal Arzobispo de Sevilla, que efectuase en Jerez esta reducción, y el Prelado, conocedor de las singulares prendas del B. Juan, quiso que los hospitales que habían de reducirse, lo fuesen al suyo, mejor dispuesto que todos los otros, y donde hallaban mejor despacho cuantos necesitaban los auxilios de la caridad. Por última orden del rey de 24 de Octubre de 1592, se hizo la reducción en 11 de Febrero del año siguiente. Los hospitales reducidos fueron: los de San Bartolomé y de Santa Catalina, que estaban en el Arroyo; el de Ntra. Sra. del Pilar, situado donde está la iglesia de San Agustín; el mencionado de los Remedios; el de San José, calle de Francos; el de la Natividad, plazuela de San Juan; el de San Pedro González Telmo, calle de Francos; el de San Blas, collación de San Mateo; el antiguo de la Misericordia, detrás de San Dionisio; y el de San Sebastián, que hacía más de veinte años que dirigía el Beato.

CAPÍTULO X.

PADECE GRANDES PERSECUCIONES Y TRABAJOS EN LA REDUCCIÓN DE
LOS HOSPITALES DE JEREZ.—ALÍENTALE Y CONSUELÉLE DIOS ENTRE
TANTOS DESCONSUELOS.

Todos los trabajos y disgustos que sobrevinieron al siervo de Dios por esta unión de los hospitales de Jerez al suyo, se los previno la Divina Majestad, juntamente con el consuelo para sufrirlos. Estaba una vez en oración en grandes amores y coloquios con Dios, y entre ellos le mostró el Señor dentro en su alma lo mucho que había hecho por él. Dióle gracias su bendito siervo, diciendo: *Yo quisiera, Señor, hacer algo en agradecimiento de lo mucho que Vos habéis hecho por mí;* y fuéle respondido en su alma, que procurase que la obra que había comenzado de servir á los pobres fuese adelante; y se le representaron muchos trabajos y persecuciones que había de padecer porque se acabase. Mostróse temeroso Fray Juan Pecador, y el Señor le mostró á él, con particular amor, los muchos y grandes trabajos con que le redimió, y le dijo: *Mira, Juan, si Yo hice tanto por tí, ¿qué mucho es que tú hagas esto por mí?*

Menos es, que animado con estos favores, obedeciese ciegamente á la voluntad de Dios en su Prelado, despre-

ciando todas las persecuciones y trabajos que esperaba. Luego que en Jerez se supo del despacho, fué grandemente sentido de muchos: de unos, porque perdían jurisdicción; y de otros, porque les faltaba el interés. Vino á grangear por esta causa muchos enemigos, que empezaron á desacreditarle. Notábanle de ambicioso, de hipócrita y de embustero; y decían que traía engañado el pueblo con muestras de santidad.

Llegó la persecución á ser tan pública, que los muchachos le daban vaya por las calles: llamábanle unos, Juan picarón; otros, Juan pescador; y otros, Juan abarcador. Llevábalo el siervo de Dios con tanta paciencia, que no sólo no respondía palabra alguna á tan pesados oprobios, pero ordinariamente llevaba en las mangas con que convidar á los muchachos que más mofaban de él. Sus compañeros, y los más que eran testigos de las injurias que se le hacían, se admiraban de ver que no respondiese una tan sola palabra.

Pero en la celda á sus solas dió á Nuestro Señor una noche tiernas quejas, de lo que tan injustamente padecía, y el Señor le respondió: *No temas, Juan, que yo volveré por tí.* La experiencia después fué prueba de esta verdad. No era falta en el siervo de Dios sentir los agravios, ni lastimarse de algunas palabras pesadas que le decían, porque el Señor no quiere á sus siervos insensibles como piedras, sino fuertes y sufridos como hombres santos. Huélgase de que conozcan por afrenta la afrenta, por agravio el agravio, y la injuria por injuria; pero quiere que pueda más con nosotros su ley que nuestra deshonra, con que dejamos la venganza á su mano, y la tomamos nosotros por el sufrimiento.

Por el mes de Agosto envió á pedir limosna de trigo para el Hospital al Hermano Fray Pedro Egipcíaco. Llegó á una era de cierto caballero que estaba disgustado por la causa referida, y pidiendo limosna, empezó el caballero

á alborotarse, y á dar voces diciendo: *¿Qué me quiere este Juan Pecador, que hasta en mi era pretende perseguirme? Debe de ser algún diablo este hombre.* Al Hermano que pedía la limosna dijo, que se fuese con los demonios, que no quería dársela. Y volviéndose el hermano, quedó diciendo mal de Fray Juan Pecador á otro caballero de Sanlúcar, que estaba con él. Fray Pedro Egipciano vuelto á casa y queriendo dar cuenta al siervo de Dios de lo que le había sucedido con aquel caballero, él le atajó diciendo que ya lo sabía, y que le pesaba, porque dentro de tres días había de dar cuenta á Dios, y sucedió de la misma manera.

Un vecino del hospital, sentido de que el siervo de Dios mandase levantar una tapia de él, (no pensando disgustar á nadie) se dió por tan ofendido, que entró en él, diciendo á grandes voces: *¿Qué es de este Juan Pecador? Este diablo sin razón. Tómenle los diablos, y tome la hacienda, y váyase á Carmona con el diablo y con ella.* Estaba el siervo de Dios enfermo, y el Vicario de la ciudad Agustín Conde con él; pero no habló palabra, aunque sintió bien que el vecino estaba escandalizado, el cual amaneció al otro día con una recia calentura. Súpolo el siervo de Dios, y fué luego á visitarle con el Hermano Fray Pedro por compañero. Llegado á su casa, le consoló y dijo: *Quiere, señor, que le digamos una Letanía y una Salve á Nuestra Señora de las Angustias* (1) *y verá cómo luego se halla bue-*

(1) Por el historiador de esta ciudad, el canónigo Mesa Ginete, sabemos que esta imagen de Ntra. Sra. de las Angustias, á quien tanta devoción profesaba el B. Juan y todo el vecindario, era la que por muchos años se había venerado en el hospital de la Misericordia y que fué trasladada al de la Candelaria ó del Hermano Juan Pecador en 1594, de donde en años posteriores volvió al antiguo edificio de la Misericordia, ya convertido en convento de Religiosas Concepcionistas. Al trasladarse á Villamartín esta comunidad en 1879, llevó consigo esta imagen, á la que siempre ha profesado la más viva devoción, perdiéndola Jerez no sabemos si para siempre, después de haberla venerado quizás desde el siglo XIV. En el convento de Concepcionistas de

no, que así la dijimos por la señora doña Leonor de Mesa y la Virgen le alcanzó salud? No quiero haga por mí ninguna rogativa (dijo el enfermo), *que hartas hace mi mujer.* Continuó en sus instancias, pero siendo por varias veces desechado, se levantó y se fué, y en el camino dijo á su compañero: Hermano Pedro, mucho me pesa de ver tan malo á nuestro vecino, porque es cierto que mañana estará en el otro mundo. Así sucedió, y juzgaban los Hermanos que el Señor tomaba á su cuenta vengar los agravios que se hacían á su bendito siervo.

Consolábase Dios en todas sus aflicciones y trabajos; y estando en particular un día harto atribulado y afligido, sobre las persecuciones que padecía por la reducción de los hospitales, se acordaba de las promesas que el Señor le había hecho de defenderlo y fiaba de su misericordia que no le faltaría con su patrocinio. Eran muchos sus contrarios y los mayores amigos y más obligados lo eran más, y llegaron algunos á dar dineros á otros, para que le persiguiesen, maltratasen y dijesen mal de él. Y lo más de que le calumniaban era de codicioso. Acudía Dios por él y manifestaba, que toda su codicia era en orden á acudir á los pobres, á los huérfanos y á las viudas necesitadas. Estando, pues, grandemente afligido, porque unos amigos suyos, á quien había hecho particular bien con sus oraciones, y con sus favores vuelto por ellos en sus trabajos, y á quien no tenía más que dar, que poner por ellos la vida, eran los que más le perseguían y maltrataban, se quejó de ellos amorosamente en la oración á Dios y le preguntaba, que cómo permitía fuese tan desconsolado y perseguido de sus propios amigos. Pero respondióle el Señor dentro de su al-

la citada villa se ha formado una cofradía para darle culto y la saca por Semana Santa en procesión de penitencia. La imagen parece muy antigua y es de aspecto muy venerable, cautivando el corazón de quien la contempla con ojos devotos.

ma: *Hijo mío Juan, á mí me pusieron en la Cruz mis propios amigos, y á quien yo vine á redimir con mi propia sangre; y así no es mucho que tú sufras por mí las persecuciones de tus amigos.* Díjole otras cosas de grande consuelo, con que quedó tan confortado, que padeciera mucho más por los amores de un tan buen Dios.



CAPÍTULO XI.

VIRTUDES QUE ADORNARON AL SIERVO DE DIOS HEROICAMENTE.—SU
ENCENDIDA FE EN LOS MISTERIOS DIVINOS, Y EN PARTICULAR EN EL
DE DIOS SACRAMENTADO.

Hasta aquí he discurrido en las acciones principales de la vida del siervo de Dios, que llegaron á mi noticia. Ahora escribiré con más particularidad de las heroicas virtudes con que floreció en aquel hospital hasta su muerte.

Es la fe el fundamento de todo nuestro bien. Infúndela Dios en las almas, y sin ella es imposible agradarle, por ser el primer paso para la vida eterna. Resplandeció en esta virtud el siervo de Dios en heroico grado, creyendo con gran firmeza lo que la Sagrada Escritura y la Iglesia Romana enseñan. Amaba tanto esta virtud, que se negaba á todo aquello que podía desviarle de su seguro camino, haciendo fineza del creer sin ver y cerrando los ojos á todo lo demás; porque esta virtud es crédito de lo que no vemos y sustancia de lo que esperamos, puerta de la salvación y fundamento de la santidad. Los efectos de que reinaba en su alma esta soberana virtud, eran que visitaba las iglesias con grande devoción. Sentía con extremo, que en los lugares sagrados no se estuviese con la decencia debida, ó que se faltase en algo á las santas ceremonias. Frecuentaba con fervor los Sacramentos, traía continua presencia de Dios, como después con más particularidad se dirá.

Fué devotísimo del Sacrosanto Misterio de la Beatísima Trinidad, y hablaba de él con tanta alteza y devoción, que causaba admiración y reverencia á quien le oía, y derramaba una nueva luz para entenderle. Las palabras, que su mucha fe, ayudada de la asistencia de Dios, hallaba para declararlo eran tales, que ilustraban los entendimientos oscuros y afervorizaba las voluntades tibias en el amor del soberano Sér trino y uno. Dijo una vez el siervo de Dios: *Miren, cuando veo andar los predicadores en los púlpitos en las fiestas de la Santísima Trinidad, y del Espíritu Santo, buscando de puerta en puerta qué decir, sin acabar de declararse, me da gran lástima. Y si Dios diera licencia á Juan el pobrecillo, para que hablase en esto, quizá que con más breves razones se declararía más.*

Comunicáronle en materias de espíritu, varones gravísimos de su tiempo; y cuanto más doctos y más eminentes, tanto más penetraban su caudad, y lo mucho que atesoraba Dios en él. El Dr. Cristóbal Martínez y el Dr. Rendón, Canónigos de la Colegial de Jerez, decían, que tenía dón de ciencia infusa; y que en muchas ocasiones y en casos arduos y dificultosos, y en puntos delicados de la teología, le pedían su parecer y le consultaban; y que les daba tan agudas y levantadas respuestas, que ellos con haber estudiado mucho y ser predicadores, las ignoraban; y consultándolas con hombres doctísimos, se admiraban y lo tenían por cosa sobrenatural. Cuando Dios enseña, no se gradúan los hombres por cursos, sino por suficiencia. Solos tres días estuvo San Pablo arrebatado hasta el tercer Cielo y aprovechó tanto, que bajó graduado de Doctor de las gentes, y lleno de misterios tan encumbrados, que no se podían tratar con los hombres.

El misterio en que más se ejercita la virtud de la fe, es el Soberano Sacramento del Altar: aquella suma de las maravillas de Cristo, suavísima memoria de su muerte, prenda cierta de la Bienaventuranza, que por excelencia se ha

alzado con el nombre de Misterio de la Fe. Tenía particular fe y devoción con el misterio de Dios Sacramentado y pasaba muchos días delante del Santísimo Sacramento del Altar largas horas, arrobándose de ordinario en su contemplación. Procuraba que todo lo que servía al culto de este divinísimo Sacramento, estuviese á punto, con limpieza y curiosidad, para que los hombres remedasen en algo el cuidado de los ángeles en administrar y servir á tan misericordioso Señor, que quiere vivir entre hombres, para llevarlos á todos á la vida de los ángeles.

No se contentaba con recogerse en la celda, cuando tenía tiempo y comodidad para asistir delante de Dios Sacramentado. Allá le llevaba su amor, adonde estaba su corazón. Arrodillábase delante de aquel Divino Señor, ante quien descontaba con lágrimas el descuido con que, á su parecer, le servía. Hacíale nueva oferta de las ocupaciones del día, pidiéndole perdón de las faltas. Conocía que debía mucho amor á Dios, y suplicábale que se le diese.

Los días de aquella festividad y su octava, acompañaba sus procesiones y asistía á los Divinos Oficios con tanta devoción y espíritu, que edificaba á todos los circunstantes. Continuamente en las Parroquias y Monasterios de Jerez, y especialmente en el de San Francisco, asistía á las Horas y Oficios Divinos, hincado de rodillas delante del Santísimo Sacramento con tanta devoción, que atraía á sí á toda la gente que se hallaba en la Iglesia por la mucha devoción con que oraba. Confesaba y recibía á este Señor Sacramentado muchas veces, así en días de fiesta como en otras Rogativas y días de entre semana. En toda la octava de la santa festividad del Corpus, casi no salía de la Iglesia, y lo más del tiempo estaba de rodillas delante del Divinísimo Sacramento.

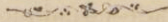
Recibió por la devoción de este Misterio particulares favores del cielo. Estaba en oración una noche, que era víspera de San Agustín, en grandes coloquios con Dios, y

por hallarse enfermo, mostraba suma pena de no poder ir á la iglesia en festividad tan grande á confesarse y á recibir á Nuestro Señor. Estando en esta aflicción, se le apareció el Santo Patriarca, y le comulgó con una forma, dándole después una suave bebida en vaso, que le pareció de oro, con que quedó grandemente consolado; y viniendo á visitarle su confesor por la mañana, le dió cuenta del favor que había recibido del cielo.

Otro día de San Agustín fué al convento del mismo santo, y se confesó con un religioso amigo suyo, que había de decir Misa para comulgarle; mas como tardaba en confesar á otras personas, se puso Fray Juan Pecador en oración; y arrobado en ella, vió que bajaba el glorioso Padre San Agustín, y sacando una forma del Sagrario, le comulgó con ella, y le dió en vaso de oro una bebida preciosísima, con que quedó arrobado hasta la tarde. El religioso que le había de comulgar, hallándole después, le dijo: *¿Dónde estuvo, hermano Juan, que más de una hora estuve esperando con la Misa para comulgarle?* El siervo de Dios le respondió: *No importa, padre, por mí, que ya yo había comulgado.* Tan fuera de sí quedó con este favor, que no acertaba á decirlo cuando lo contaba á sus hermanos (1). Antonia de San Francisco (que lo depone en su declaración) se halló con otras beatas en la iglesia de San Agustín aquel día, y refiere que sucedió treinta y dos años antes; y deponiendo en 1630, parece que sucedió el caso en 1598, poco más ó menos. Dice que vieron que estuvo el siervo de Dios casi todo el día en oración, porque se quedó ella y su madre y otras todo el día en la iglesia, y él les refirió el milagro, para animarlas á la devoción del

(1) Junto al antiguo camino del Puerto de Santa María, no lejos de Jerez, estaba el primitivo convento de agustinos, bajo la advocación de Nuestra Señora de Guía, donde tuvo lugar esta aparición maravillosa. Aun es nombrada Casa de Guía, la de labranza que existe sobre el solar de aquel antiguo convento.

Santísimo Sacramento, porque era familiar amigo y devoto de su Madre, y que ella hacía lavar en su casa la ropa de los pobres del hospital. Dijo también el siervo de Dios, estando hablando con unas señoras en materias espirituales: *Miren, hermanas, yo soy demasiado importuno con Nuestro Señor, y hasta que me concede lo que pido, no me levanto de la oración. Así me sucedió el día pasado de San Agustín, que pidiendo me diese la Canongía para el Doctor Rendón, mi confesor, le estuve importunando, hasta que se me apareció San Agustín y me dijo: Juan, ya te ha concedido el Señor lo que pides, consuélate, y bajó á la custodia, y me comulgó, y dentro de tres días dieron la Canongía al Doctor Rendón.*



CAPÍTULO XII.

RESPLANDECE EL SIERVO DE DIOS EN LA VIRTUD DE LA ESPERANZA.—
SUS DESEOS DE LA VIDA ETERNA.— SUS CONTINUAS PLÁTICAS DE LA
GLORIA Y GOZO DE LOS BIENAVENTURADOS.

La virtud de la esperanza, en que resplandeció maravillosamente el siervo de Dios, era muy hija de su grande fe, y del mucho conocimiento que tuvo de Dios, que por eso dijo David: Esperen en tí, Señor, los que conocen tu nombre: de donde se le siguieron las grandes misericordias que usó con él su Divina Majestad, porque están rodeados y cercados de ellas los que esperan en él. Su mayor consuelo era tratar ó que le tratasen de la bienaventuranza y gloria de los santos. Traía particular ansia de ver á su Señor y amado, no pudiéndose valer con la vida, que tanto bien le estorbaba; y muriendo de pena, porque no moría. El Señor, que miraba sus fatigas, porque no muriese á manos de ellas, le entretenía con sus divinos favores. Los gozos que resultaban de ellos, excedían á cuantos puede ofrecer el mundo con todas sus honras, pasatiempos y placeres; y no quisiera trocar un instante breve de estos gustos, por largos años de felicidad humana.

De ordinario quedaba arrobado y como fuera de sí en las conversaciones y pláticas de la Gloria, considerando la que gozan los bienaventurados en la Patria Celestial. Todos se holgaban mucho de conversar con él en estas materias,

por el consuelo que su espíritu recibía. Su lenguaje en ella era heroico y superior á todo entendimiento; y las palabras dulces con que la trataba, más parecían reveladas que aprendidas. Siempre gustaba de hablar con gente santa y espiritual y con religiosos de ejemplar virtud.

Una señora de Jerez, que se llamaba D.^a Ana Adorno, por habérsele muerto algunos hijos de garrotillo, se fué con su casa al campo á una hacienda suya. De allí fueron un día á la huerta de Baltasar de Morales, que es cerca de Badalejo, con otras señoras. Envió á llamar al siervo de Dios y al padre Figueroa, varón también de mucho espíritu y virtud, religioso de la orden de los Mínimos. No pudo dejar de obedecer, por ser aquella señora gran devota suya y bienhechora de su hospital. Salieron entrambos, y caminaron hablando siempre de Dios, porque como estaba sano el corazón, el ordinario pulso de la lengua, era un maravilloso concierto de continuas alabanzas suyas, en consonancia del buen temple del alma. No necesitaba el espíritu de estos dos fervorosos varones de arrimos de criaturas, para venir en conocimiento del Criador; pero se ayudaban de los sentidos y consideración de los objetos materiales, mirando en el campo la variedad y hermosura de arboledas, fuentes y arroyos, los colores diversos de las flores; la diferencia de los árboles y los cantos de los pajarillos, en todo hallaban materia de alabar á Dios y de unirse á él; siendo el mayor recreo de estas cosas el mayor motivo de olvidarlas. Mas luego que de la amenidad de las flores, la música de las aves y del ruido de las aguas, pasaron á tratar y discurrir de la gloria de la bienaventuranza y de aquella amenidad celestial que esperaban. Apenas podía el siervo de Dios responder á lo que decían, ni impedir los raptos, por más que trabajaba, y así se iba apartando de toda conversación; y acompañándole el padre Figueroa hasta la fuente que se llama del Badalejo, viendo Juan Pecador que no podía abstenerse ya del rapto, vuelto al padre Fi-

gueroa, le dijo: *Padre Figueroa, ¿es posible que haya en el mundo quien pueda sufrir á Dios?* (1)

Respondió el Padre Figueroa: *Jesús, hermano, eso dice? Y quién habrá que no pueda sufrir á Dios? Yo*, (respondió Juan Pecador) *que no le puedo sufrir*; y diciendo esto se arrobó, y quedó levantado un codo del suelo, y así estuvo desde las doce del día hasta las tres de la tarde. El padre Figueroa viendo aquel prodigio, hincado de rodillas se puso á llorar copiosas lágrimas. Don Gómez de Ávila, marido de Doña Ana, que los fué á buscar, porque no había comido á aquella hora, y otra mucha gente que iba por agua á la fuente, se quedaron admirados de lo que veían. Ciertó, el espectáculo era digno de admiración, ver á un hombre arrobado del espíritu, y sustentado en el aire por tan grande espacio, y el otro de rodillas, bañado en lágrimas de devoción. Vuelto en su sentido el siervo de Dios, quedó algo corrido y confuso, viendo que estaba allí Don Gómez de Ávila, el cual disimulando los riñó, diciéndoles que estaban aquellas señoras esperando sin comer, y los llevó consigo. Pero el siervo de Dios iba tal, que no pudo comer bocado por no estar aún señor de sí, ni lo estuvo en casi todo aquel día, de lo mucho que había llevado en su divina contemplación.

Era tan grande la esperanza que tenía en nuestro Señor, que jamás desconfió en sus necesidades que le faltase; antes siempre tuvo notable confianza en la Divina providencia. Muchas veces le multiplicaba Dios á su siervo las limosnas que tenía para sus pobres, para que todos fuesen socorridos, de que referiré después algunos casos.

(1) Como á una legua de la ciudad, se encuentra en un realengo esta fuente, én la cual nada recuerda el maravilloso rapto de que fué testigo. Hemos visto en el Hospital de San Juan de Dios de Sevilla, una pintura que representa esta escena. En ella aparece el Beato Juan elevado del suelo, con los brazos extendidos, y con muchas aves que vuelan á su alrededor; el padre Figueroa le contempla en actitud muy devota, y D. Gómez de Ávila se muestra admirado de ver al siervo de Dios.

El concurso de la gente que le visitaba era grande, y ya por la fama de su virtud, ya por la experiencia de lo mucho que sus oraciones alcanzaban de Dios, acudían á pedirselas, deseando oírle y tratarle. Los Grandes y Señores dejaban sus casas, y se iban á comunicarle: tal era la dulzura de su conversación, que á todos atraía. Él, firme en la virtud de la esperanza, de que habían de tener buen despacho sus peticiones, acudía al consuelo de todos estados de gente. Infundía la misma confianza en las almas que trataba, con su ejemplo y palabras, aligerando los trabajos de los prógimos y haciéndoselos llevar con suavidad; asegurándoles de parte de Dios el remedio de ellos, y prometiéndosele en sus aflicciones y enfermedades, y también el premio de los trabajos que les corresponde; porque en faltando la esperanza de la paga que ha de dar el Señor, los más fervorosos deseos se desvanecen. El demonio arma sus tiros contra la misma esperanza, y esconde el premio en la sombra de mil dudas. El siervo de Dios prometía remedio en las tribulaciones, para engendrar en las almas mejor que confiasen en Dios, y ofrecía de su parte el premio de los mismos trabajos, todo para consolar y remediar á los afligidos: salió con ellos, como se verá en una multitud de casos, que en su lugar referiré.



CAPÍTULO XIII.

VIRTUD DE LA CARIDAD DEL SIERVO DE DIOS JUAN PECADOR.—PONDÉ-
RASE EL GRANDE AMOR QUE Á DIOS TUVO, Y CÓMO LO MOSTRABA EN
TODAS SUS CONVERSACIONES Y PLÁTICAS.

Después que por la Fe y la Esperanza se ha conocido y experimentado en parte la suma perfección de la esencia, amor, obras y promesas de Dios, es cosa consiguiente el amarle; y así como anuncia la flor á la fruta, y la alimenta la raíz, así también después de estas dos virtudes se forma la caridad, reina y fin de las demás, corona y perfección de los santos: aquel grande y excelente mandamiento (1), que escribió San Mateo, y el fin de todos los preceptos, que dijo San Pablo (2). Virtud, que perfecciona todas las virtudes, y que tiene por oficio propio mirar á Dios y amarle, según que es sumamente bueno y último fin de todos los deseos del corazón humano. Este es el fuego, que Cristo apegó al mundo y en que quiso que todo ardiese y se abrasase (3).

Resplandeció en esta virtud ejemplarmente el siervo de Dios Fray Juan Pecador; y en tal forma que viviendo en la

(1) Hoc est maximun et primum mandatum. Math., cap. XXII, v. 38.

(2) Finis autem præcepti est charitas. I Ad Tim., cap. I, v. 5.

(3) Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur. Luc., cap. XII, v. 49.

tierra, parecía un serafín encarnado. Fina señal de que uno tiene caridad y amor de Dios, es holgarse de hablar y comunicar con él. En lo que los hombres se adelantan más, es en pensar en lo que aman y conversar con las personas á quien bien quieren. Las más horas del día y de la noche, pasaba en la iglesia ó en la celda, donde hablaba de ordinario tierna y amorosamente con el Señor, y se regalaba con él. Todo lo que le impedía de estarse absorto en Dios, gozando de su sabrosa conversación, lo juzgaba por desabrido; que como el espíritu celestial le ocupó y abrasó todo en su divino fuego, no se movió á cosas de la tierra, porque el incendio del amor le había purificado de la bajeza y escoria de las pasiones, y dejado tan puro y semejante á su naturaleza, que vivía más Dios en él, que él en sí.

La resignación que tuvo siempre en la divina voluntad en toda suerte de sucesos, de persecuciones y trabajos, fué una grande prueba de la fineza de su amor, según la regla del apóstol, cuando dijo: Que está cierto y seguro, que ni la hambre, ni la muerte, ni la vida, ni la tribulación, ni las angustias, ni los ángeles, ni los Principados ni Altezas, ni lo profundo; esto es, que ni el cielo ni el infierno le podrían apartar de la caridad de Cristo (1), porque sola ella es la que sabe sufrir, resistir y vencer á todos los bienes y males que se opongan y quieran desquiciarla.

Su trato y conversación toda era del amor de Dios, persuadiéndolo á todos. Muchas veces tratando de esto, era arrebatado en contemplación, de manera, que las personas que le trataban familiarmente, quedaban de su conversación encendidos en fervorosos deseos del amor de Dios, con grandes propósitos de servirle, y con particular aprovechamiento y medras en sus almas. Parecíale poco todo

(4) Certus sum enim, quia neque mors, neque vita, neque Angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare á charitate Dei. Ad Roman., cap. VIII, vs. 38 et 39.

lo posible para servir á un Dios, tan digno de ser amado. Este era el tema de todas sus conversaciones y éste procuraba asentar en los ánimos, que amasen de veras á Dios, porque con esto les parecía poco todo cuanto hiciesen, serían humildes, procurarían siempre hacer más y nunca estarían ociosos.

Para conseguir de todos el amor de Dios, alegaba, que el estimarle y quererle era deuda, pues tan de antemano, desde su eternidad, nos quiso. Los entendimientos de los santos, ilustrados con los divinos rayos de la gracia, alcanzaron algo de lo mucho que Dios nos amó. Hízoles el Señor evidencia de ello, para que le pagásemos en la misma moneda. No hay virtud tan hacendosa, más obradora y casera, que la caridad, y es imposible que se sustente y sea fina sin obras, semejante al fuego, que si no está siempre obrando, se enflaquece. Su vida es hacer, por donde el ejercicio de las buenas obras, no sólo es conveniente á esta virtud, pero necesario más que á otras.

Tan llena tuvo el alma de esta pasión amorosa, que cuanto hablaba, cuanto aconsejaba y cuantas palabras decía, sabían á esta virtud, y la pegaban aun á los que estaban más helados y tibios. Eran como unas saetas penetrantes, que sacadas de la aljaba de su encendido corazón, y despedidas de su lengua, herían dulcemente los de todos aquellos á quien exhortaba á la correspondencia de los favores divinos. Cuando estaba en la celda y cuando salía de la iglesia de la oración, decía muchas jaculatorias y con gran ternura y lágrimas repetía: *Amado sea Dios: amemos mucho á Dios: ¡oh, si amásemos, como debemos, á Dios! ¡oh Señor, si todas tus criaturas te amasen!* Estos y otros muchos afectos de este género repetía continuamente, y con tal sentimiento y devoción, que la causaba grande en quien le oía, y todos se edificaban, admiraban y compungían.

Decía muchas veces, tratando del amor de Dios: *Miren, es tanto y tan eficaz el amor de Dios, y de tanta fuerza al*

espíritu, que inflamado en él, es llevado hasta su presencia.
Lloraba y exageraba mucho el descuido de algunos pecadores, que no conocen la gravedad de sus culpas, ni cuán digna es de ser amada la infinita bondad, que con ellas ofenden. Particular oración hacía por los que vivían en pecado mortal, suplicando á Dios devotamente que les abriese los ojos, para que conocido su peligro, le huyesen. Y en fin, todos sus deseos iban encaminados á amar de veras á Dios y servirle, deseando y procurando que todo el mundo le sirviese y amase.



CAPÍTULO XIV.

EFFECTO DE SU INTENSA CARIDAD Y AMOR CON DIOS FUÉ SU CONTINUA Y FERVOROSA ORACIÓN.—HÁBLASE EN GENERAL DE SUS ARROBAMIENTOS Y ÉXTASIS.

Efecto fué sin duda del encendido amor, que á Dios tenía, su continua y fervorosa oración. Como tenía la carne tan mortificada y las pasiones y naturales apetitos tan rendidos, casi no resistían al espíritu y así le dejaban obrar lo que la razón le dictaba. De tal suerte moraba con los hombres en la tierra, que su conversación era con los ángeles en el cielo. Tan perseverante y continuo estaba en la oración como en las demás virtudes. No tenía para ella tiempo señalado, porque siempre oraba. Su orar era á todas horas, y su tiempo á todos tiempos, y el lugar para este santo ejercicio era todo el lugar. La iglesia, la calle, los caminos, los poblados y los desiertos le servían para unirse con Dios.

No le quitaba este santo ejercicio, que acudiese á los más necesarios del alivio de los prójimos, porque la causa de la oración, es el deseo de la caridad, que siempre le acompaña en el acto, ó en el hábito; y así, ni el gobierno del hospital, ni el cuidado de proveerle, ni los negocios que se le ofrecían del amor del prójimo eran bastantes para divertirle, ni le inquietaban el sosiego de su alma.

En este santo ejercicio perseveraba tan frecuentemente,

que le sucedía muchas veces pasar orando hincado de rodillas desde prima noche, hasta que al otro día salía el sol. Había adquirido ya con el ejercicio duros callos en las rodillas, como si fueran de un camello. Algunas veces ponía en forma de cruz los brazos extendidos, y los ojos clavados en el cielo, y duraba en tan devota postura largo tiempo: cosa tan dificultosa, que un hombre mozo y robusto, tendrá hartó que hacer en perseverar un cuarto de hora. Mas como la carne de este siervo de Dios estaba tan sujeta al espíritu, no es maravilla que él mismo la sustentase.

Tenía grangeado este particular dón del cielo, que con gran facilidad trocaba por la tierra, subiéndose á él en la oración mental con eficacia en brevísimo tiempo, como quien tenía andado tantas veces aquel camino y le sabía los atajos. Traía su espíritu levantado siempre á Dios, en cuya presencia se hallaba, sin poder hurtar el cuerpo á su divina asistencia, ni el alma á las obligaciones que tenía para amar á la suma bondad. Con este cuidado no apartaba los ojos de Dios, ni permitía que se los ocupasen las criaturas, y mucho menos las ocasionadas y peligrosas.

Arrobábase casi siempre en la oración, quedándose en éxtasis tan de ordinario, que apenas oyó Misa (oyendo muchas cada día, todo el tiempo que le daba lugar el pedir limosna para sus enfermos) en que no se arrobase y gozase de soberanos éxtasis. La fuerza del amor y sus ímpetus, eran tan violentos, que adormecidos los sentidos exteriores, quedaba como fuera de sí, arrebatado en espíritu. Infundía en su alma tan gran suavidad y dulzura, que haciéndola perder los estribos de los sentidos, se hallaba toda absorta en Dios y ni él mismo sabía decir lo que gustaba. Quedaba su cuerpo amortecido y tan sin acciones ó sentimientos humanos, que más parecía muerto que vivo. Las más veces, con la boca abierta y los ojos elevados al cielo y por la boca le veían entrar y salir moscas, como si fuera de

un cadáver. Aunque le meneaban y hacían diferentes movimientos, no le volvían de su raptó, hasta que el espíritu que le detenía le soltaba.

En estos éxtasis y raptos, tenía admirables revelaciones, y en ellas recibía particulares mercedes de la divina mano. Pero era tan recatado en descubrirlas y guardaba tanto secreto, que apenas se saben algunas de ellas; que los favores de Dios en sugetos tales, cuanto más encubiertos y más á solas, se conservan mejor, y es medio para asegurarlos, encubrirlos. Lo que se veía era, que quedaba tan enfervorizado en Dios, que no se podía imaginar persona tan enamorada de otra, como él lo estaba de la Majestad Divina, hablando y conversando siempre con él, sin poderse hallar en ausencia suya.

Muchas veces fué visto con extraño resplandor en su rostro y cuerpo. Ni es de maravillar, que contemplando los justos en la Divina Majestad, refulgente sol de las almas, resplandezcan sus rostros, como si dentro estuviesen llamas de fuego, cuyos resplandores y rayos salgan y se manifiesten por defuera, como sucedía al siervo de Dios. Todos los que le veían en aquella encendida y resplandeciente postura, juzgaban y con razón, que su alma gozaba de alguna avenida de gloria, que de paso quería darle Dios: tal era la gloria, que en la postura y semblante mostraba su cuerpo medio glorioso, con los ojos alegres y de fiesta.

Donde más continuamente asistía en este santo ejercicio (fuera de las horas de su recogimiento), era en el convento de San Francisco de Jerez, donde estaba hincado de rodillas largas horas, hasta que le obligaban á que se fuese; y de lástima y compasión que le tenían los religiosos, le mandaron hacer un banquillo, para que descansase. Llegaba alguno tal vez á darle cuenta de cosas que convenían á la administración de su hospital y sus bienes, estando en la oración, y le sucedía estar tirándole de la ropa, y primero

pasaba mucho rato, que volviese en sí; y cuando respondía, era como turbado y como persona que no era de esta vida, por estar contemplando en Dios, y elevado en su devota y santa consideración.

Indecibles son los regalos que el Señor le hacía en los éxtasis y arrobos: la carne, como villana y flaca, no podía gozar de tanta gloria y desfallecía al fin, como vaso humilde y quebradizo. El espíritu noble y poderoso, que se hartaba de favores celestiales, por subidos que fuesen: el cuerpo no era bastante para recibirlos, y así temiendo, procuraba, cuando no rehusarlos, que se disminuyesen. Los éxtasis fueron tan comunes, que los vieron muchos dentro y fuera de su casa, con diferentes efectos: unas veces se levantaba en el aire; otras le cercaba gran resplandor, y otras, finalmente, se quedaba inmóvil como una roca. De los muchos casos que en esta materia le sucedieron, referiré algunos en el capítulo que se sigue.



CAPITULO XV.

REFIÉRENSE CASOS PARTICULARES DE LOS ARROBAMIENTOS Y ÉXTASIS
DEL SIERVO DE DIOS. — FAVORES SINGULARES QUE EN ELLOS RECIBIÓ
DEL CIELO. — ES VISTO MUCHAS VECES CERCADO DE RESPLANDOR.

Estaba un día el siervo de Dios oyendo sermón en la iglesia del convento de San Francisco, y se arrobó con tanto ímpetu, que se levantó más alto que las gradas del altar mayor; y si los acólitos no le detuvieran haciéndole fuerza para que bajase, se creyó sin duda llegaría hasta el techo de la iglesia. Después de vuelto en sí, quedó tan corrido de la publicidad del acto, que aquella noche se azotó cruelísimamente, riñéndose á sí mismo por haber perturbado el sermón y los oficios divinos; y no contento con los azotes que él mismo se dió, alquiló un mozo, que á la columna del claustro atado, le azotase; y así lo hizo de tal suerte, que no sólo él, mas también el suelo quedó bañado de sangre.

Una noche estaba en oración con sus hermanos, como de ordinario acostumbraba; había tenido grandes coloquios con nuestro Señor, y cuando más suspensos estaban todos en aquel santo ejercicio, alzó la voz y dijo: *Déjame, Señor, que tengo ya cansados á mis hermanos y quieren que me vaya.* Díjole Fray Pedro Egypciaco: ¿A dónde quiere ir vuestra caridad? Entonces le vieron levantado del suelo como un estado. Bajáronle, y vuelto en sí, dijo á grandes

voces: *Hermano Pedro, lléveme luego á mi celda, que si estamos aquí, nos podrán oír los sordos.* Lleváronle; y pasando por delante del Santísimo Sacramento, le dijo: *Señor, más os quiero, que á las niñas de mis ojos.* Tan absorto andaba en sus amores, que no reparaba en los requiebros que decía.

Yendo una tarde á la Cartuja, entró en la iglesia de aquel convento y estuvo en oración desde la hora de Ave Marías, toda la noche, hasta que fué de día, quedándose arrobado en su contemplación; y los que lo vieron admirados, y particularmente los monjes de aquel convento (1).

Estando una vez en la sagrada capilla de San Juan de Laterán con D.^a Mariana de Valenzuela, habiendo comulgado entrambos, volvió D.^a Mariana el rostro al siervo de Dios y le vió elevado en la oración, y cercado todo de resplandor.

Predicaba en el hospital de la Sangre el maestro Saluzio (2), de la orden de Santo Domingo, y oyéndole el siervo de Dios el sermón hincado de rodillas, se arrebató de manera, que toda la gente que estaba en la iglesia reparó

(1) Como se dice en otro lugar de esta *Vida*, el Beato tenía relaciones de estrecha amistad, con los monjes de esta ejemplar Cartuja, que tan benéfica como rica, hacía á su hospital cuantiosas limosnas. Este grandioso ex-monasterio aunque declarado monumento artístico, está en gran parte convertido en ruinas. Fué su fundador el piadoso y opulento caballero jerezano Don Alvaro Obertos de Valetos, y su situación es á orillas del Guadalete, á una legua escasa de la ciudad.

(2) Este célebre religioso Dominico y famoso jerezano, descendía de los ilustres Spinolas genoveses. Peritísimo en el hebreo, griego y latín, y siendo uno de los más sabios teólogos y escrituristas de su tiempo, aun más lo enaltecían su profunda humildad y sus virtudes religiosas. Lleno de celo por la gloria de Dios y poseyendo grandes dotes oratorias, llegó á ser de los más famosos predicadores de su siglo, renunciando varias veces la dignidad episcopal. Santa Teresa de Jesús hizo sumo aprecio de sus sermones, y las muchas obras que escribió se conservaban manuscritas en veinte tomos, en el convento de su orden en Zaragoza. De edad muy avanzada, falleció en Córdoba en 1601.

en ello; y advirtiéndolo el predicador, le dijo: *Hermano Juan, levántese*; y él lo ejecutó luego con grande humildad.

Fué público en San Francisco, que estando una vez en estos éxtasis, se había levantado del suelo con el espíritu con que estaba en la oración, derramando de sus ojos arroyos de lágrimas; y que vuelto del éxtasis, dijo: *Hermanos, mirad que tenéis á Dios muy enojado, haced penitencia*. La gente admirada de ver cuán en breve se arrobaba el siervo de Dios, daba á su Divina Majestad infinitas alabanzas, y decían muchos: Válgame Dios, qué de espíritu tiene este varón santo, y qué presto que se queda arrobado en su oración!

Un Jueves Santo, habiendo comulgado en la iglesia de San Juan Laterán, se quedó delante del monumento en oración; y fué tan grande el raptó que tuvo, que le duró hasta el Viernes Santo por la tarde, que fué cuando entró la procesión de Nazarenos. Entonces volvió en sí, habiendo estado más de veinte y seis horas de aquella manera, con grande admiración de todos los circunstantes.

Estando un día oyendo misa en el convento de San Francisco de la ciudad de Carmona, adonde iba algunas veces á visitar á sus parientes, se puso de rodillas en oración y profundísima contemplación. Luego que el sacerdote consagró el verdadero cuerpo de Nuestro Redentor y levantó la hostia, el siervo de Dios se levantó del suelo, en la misma forma en que estaba de rodillas, una vara en alto, y se quedó elevado y en éxtasis, hasta que el sacerdote consumió. Entonces se bajó al suelo y puestos los brazos en cruz é hincado de rodillas, se quedó arrobado y suspenso por más de una hora después de haberse acabado la Misa. La gente que estaba en la iglesia le miraba, con grande admiración de lo que habían visto, y daban todos muchas gracias á Dios por las mercedes que hacía á su bendito siervo.

El Padre D. Gonzalo de Diosdado, religioso de la orden de la Cartuja y conventual de la que está junto á Jerez de la Frontera, refería, que el siervo de Dios en las cuaresmas solía ir muchas veces á su celda á estar algunos días en oración y contemplación, apartándose del comercio de Jerez y que le vió en su celda alta, donde se ponía á orar muchas veces en estos éxtasis, levantado del suelo y cercado de un gran resplandor. Añadía, que si él fuera escritor de libros, pudiera hacer uno grande de las virtudes del siervo de Dios, porque sabía mucho de él, por haberle comunicado y tenido con él particular familiaridad (1).

(1) Para encomiar las virtudes de este santo religioso, con quien tuvo tan íntima amistad el B. Juan, transcribiremos lo que de él dice el historiador jerezano Fr. Esteban Rallón, monje Gerónimo, al hablar de los varones ilustres de esta Cartuja. Dice así:—«Fué extremada su obediencia y su pobreza, y mucho más el disimulo con que ocultaba sus virtudes. Jamás pidió misericordia ni relajación en aquellas observancias, que en cosas menudas lo permite la Religión y las piden los demás, con lo cual se puede decir dél, que guardó las leyes de la Religión con todo su rigor. Y quien guardó así las leyes de la Religión, mejor guardaría los consejos del Evangelio. Dél se dice que siempre oraba como lo aconseja Cristo. Sirvió á la casa en todos sus oficios y llegó á ser Rector. Fué devotísimo del inefable misterio de la Eucaristía, y Nuestro Señor le regaló con este soberano convite, llevándole para sí en el día de su festividad, á la cual asistió, y acabada la procesión se fué á su celda, y después de haber saludado á la Virgen con el Ave María, como acostumbran estos PP. todas las veces que entran en sus celdas, se postró en tierra y dió su espíritu al Señor, que para tanta gloria suya lo había criado. Vivió 46 años en la Religión, y en ellos tuvo muy estrecha amistad con el hermano Juan Pecador, que muy frecuentemente le visitaba y trataban de las cosas del cielo.»—Hasta aquí el P. Rallón. Después de su muerte, el B. Juan se apareció glorioso al P. Diosdado, como veremos más adelante.



CAPÍTULO XVI.

CONTINÚA LA MATERIA DEL CAPÍTULO PASADO, DE LOS ARROBAMIENTOS Y ÉXTASIS DEL SIERVO DE DIOS FRAY JUAN PECADOR.

Contaba Fray Juan de la Asunción, religioso Descalzo de San Diego, y Custodio que fué de la provincia de Andalucía, y otros muchos religiosos del mismo convento que está extramuros de Sevilla, que estando el siervo de Dios un día de San Diego en aquella ciudad, fué al referido convento, y muy de mañana confesó y comulgó: el Guardián que le conocía y sabía de su gran virtud, le pidió se quedase á comer con los religiosos: respondió que así lo haría, y habiéndose puesto en oración, se quedó arrobado y en éxtasis; y en ella, siendo ya la hora de medio día, cerraron las puertas del convento, y él perseveraba de la misma manera. El Guardián, por no inquietarle, dijo á los religiosos que le dejasen y tocasen á comer, que él le aguardaría. Acabaron los religiosos de comer, y siendo ya las dos de la tarde, dijo el Guardián al Sacristán que fuese á la iglesia y llamase á Fray Juan Pecador para que se desayunase. Queriendo entrar el Sacristán en la capilla mayor, no le fué posible, con el fuego que le pareció había en ella, y se volvió al Guardián con gran prisa, diciéndole con santa simplicidad: Hermano Guardián, qué diablo de santo es este que acá nos trajo, que debe de haber encendido toda la cera y pegado fuego á la iglesia y no puedo entrar en

ella. Asustado el Guardián de lo que el Sacristán le refería, envió á otros religiosos para que viesen qué incendio era aquél; pero también éstos se volvieron y no pudieron entrar, diciendo que había mucho fuego en la capilla mayor. Llamó con esto á toda la comunidad, y fué con ella á la iglesia á ver lo que era; y cuando llegaron, ya el fuego no parecía tanto. Entraron, y hallaron al siervo de Dios, que todavía estaba en éxtasis y cercado de gran resplandor. Viéndole así, se volvieron y le dejaron, dando gracias á nuestro Señor por tan grande maravilla. Cerca ya de la noche volvió el Guardián, y hallándole todavía hincado de rodillas, le llamó y le dijo: Ande acá, Juan Pecador, que es muy tarde y no ha comido. Entonces le respondió con semblante alegre: Hermano, pues tan tarde es? sin duda que hube de dormirme: de que el Guardián y todos los religiosos quedaron edificados, considerando su grande humildad (1).

Recibía particulares favores de Dios en estos éxtasis y raptos. Una noche, estando en oración y en grandes coloquios con su Divina Majestad, se le dijo dentro en su alma: *Juan, pide todo lo que quisieres*. Aprovechóse de la liberalidad divina, y fiado en ella pidió muchas cosas, que luego experimentó otorgadas. Otra vez estando en semejantes coloquios con Dios en la oración, le pareció que le dijeron dentro de su alma: *Juan, más necesidad tengo de ti en la enfermería*. Con grandes fervores del amor de Dios se levantó luego, y acudiendo á sus enfermos, halló á algunos con grande necesidad, y acudióles con diferentes regalos. A uno que estaba acabando, ayudó á bien morir; y á otro que estaba loco, hizo la señal de la cruz en la frente, y al instante le cesó el frenesí.

Sucedió faltar un año (que fué el de 1599), la lluvia, de

(1) Aunque cerrada al culto, existe la iglesia de San Diego dentro de los jardines de los Duques de Montpensier, en su palacio de San Telmo.

suerte, que se recelaba se perdiesen todos los panes: encarciase el trigo, y padecían los pobres, y amenazaba la peste. Ordenó por esta causa la ciudad una solemne procesión, en que toda junta llevaba la santa imagen de Nuestra Señora de la Merced. Al salir de la iglesia se puso el siervo de Dios á hablar con la Virgen con grande ternura, y tales palabras dijo, que el pueblo todo se enterneció, y fueron tantas las voces, lágrimas y alaridos de la gente, que por largo espacio no se pudieron oír los unos á los otros; y él, más que todos enternecido, se volvió á su hospital, y puesto de rodillas, se quedó arrobado dos días, guardándole los hermanos á ratos (1). Al fin de ellos, vuelto en sí, dijo á los que estaban presentes, por disimular el rapto (no pensando que había gastado en él tanto tiempo): como vine tan cansado de la procesión, me dejé dormir hasta ahora; perdónenme el mal ejemplo. Mas quedándose sólo con Fray Pedro Egypciaco, su hijo en la religión y su discípulo en la virtud, le dijo, cómo todo aquel tiempo había estado arrobado, y cómo nuestro Señor había enviado grande lluvia la noche del mismo día en que se había hecho la procesión. Ya lo sé (respondió el siervo de Dios), porque el Señor me ha enseñado mucha agua y mucho trigo, mas él sabe quien lo ha de comer, (esto dijo por la peste que sobrevino, de que muchos murieron). El hermano Fray Pedro le pidió encarecidamente le declarase lo que había pasado en aquel rapto; y aunque con mucho secreto no pudo alcanzar más de él, sino que poniéndose en oración, después de pedir á Dios misericordia, le dijo con la confianza de amigo: *Señor, si no dais pan á los pobres, yo os certifico que habéis de perder á Juan Pecador.* Y aquel

(1) Hay tradición en Jerez, que el B. Juan quedó en éxtasis delante de la misma sagrada imagen de Ntra. Sra. de las Mercedes, antigua patrona de la ciudad; así está representado en un lienzo en el coro bajo de la iglesia de la Merced.

Señor, que murió por sus enemigos, ¿qué dejaría de hacer por no perder á un amigo? Y así, no fué maravilla le diese la lluvia que le pedía: ella fué tanta, que se fertilizaron los campos, y valió el trigo aquel año á siete reales la fanega, y le llamaban comúnmente el año del milagro.



CAPÍTULO XVII.

PERSECUCIONES QUE PADECIÓ DE LOS HOMBRES EN EL SANTO EJERCICIO
DE LA ORACIÓN, Y LA GRAN PACIENCIA Y TOLERANCIA CON QUE LAS
SUFRÍA.

No es nuevo en este mundo blasfemar contra la luz los dormidos, ni contra la sal los enfermos, que tienen depravado el gusto, ni tampoco contra los varones santos los pecadores. No faltaron en este santo ejercicio de la oración muchas persecuciones al siervo de Dios, de que referiré algunos casos particulares.

Solía en la Semana Santa, desde el Jueves, hasta que se cantaba la gloria el Sábado, (todo el tiempo que le sobraba de sus ocupaciones) estarse en oración delante del Santísimo Sacramento, con grandes gozos que en su alma sentía. En una de estas festividades, en la iglesia de San Miguel de Jerez, estando en oración y éxtasis, considerando la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, recibía en su alma grandes favores; y dándole gracias al Señor por ello, en cuanto sus fuerzas alcanzaban, con grandes júbilos, que no cabiendo en su alma, respiraba con tanta vehemencia, que hacía nota á los que le miraban; y pidiéndole á nuestro Señor le hiciese estas mercedes á solas, entre él y su alma, le encendía más el Señor en el sentimiento de su pasión y afectos amorosos. En esta ocasión uno de los circunstantes, ó por mortificarle, ó porque el

demonio le tomó por instrumento para inquietarle, se llegó á él y le dijo muchas injurias, llamándole embustero, embuidor y otras palabras semejantes. El siervo de Dios no respondió alguna, mostrando que no las sentía; antes luego que acabó su oración, se llegó á él y echándose á sus pies y besándose los, le pidió perdón con grande humildad, diciéndole: *Perdóneme, hermano, si le inquieté y le di algún mal ejemplo*; con que el hombre quedó confuso y compungido, y los demás edificados.

Estando otra vez en una iglesia en oración, como lo tenía de costumbre, arrobado y en éxtasis, llegó una mujer á él, y viendo que tenía la boca abierta, alzó la mano en forma de amagarle, como que quería darle en la boca, (que no se atrevió á más su intención), de cuyo amago permitió Dios le diese en la mano un gran dolor, que le duró mucho tiempo. La misma mujer lo contó á muchas personas, diciendo que por su atrevimiento y osadía, la había castigado nuestro Señor, dándole aquel dolor.

Era tanta la fuerza de su sentimiento en la oración, que sin poderse ir á la mano, daba unos gemidos y suspiros de grande afecto, que causaban devoción en todos los que le oían. Cuando alguna vez advertía que había suspirado, se afligía grandemente, por entender que le habían de tener por algo devoto los que le veían. Ponía por esto más cuidado en contener los suspiros; y como se descuidaba de todo cuanto hablaba con Dios, no advertía en remediar lo que siempre deseaba.

Sucedíale muchas veces en la oración tener grande abundancia de lágrimas, y una en la parroquial de San Miguel de Jerez, por la gente que estaba en la iglesia, se levantó, y se sentó en un escaño dando muchos sollozos. Con esta ocasión se llegó á él un hombre, que se llamaba Baltasar Caballero, y le reprendió de que en público hiciese aquello, diciéndole muchas palabras descompuestas, y que por qué no iba á llorar á su casa, y quiso sobre tantas in-

jurias ponerle las manos. A esto acudieron algunos caballeros y personas particulares que estaban en la iglesia, volviéndose contra Baltasar Caballero: y es cierto le maltrataran si no se metieran en medio otros que se hallaban presentes, según lo mucho que sintieron ver tratar de aquella suerte al siervo de Dios, el cual no hizo movimiento alguno en que se mostrase sentido, antes calló con mucha humildad.

Una víspera del Corpus, en la iglesia de San Salvador de Jerez, que es la Mayor, se puso en oración, y la tuvo con tanto espíritu y devoción, que se arrobó como otras veces, y le vieron todos levantado del suelo (1). Un hombre, por ver si era rapto cierto ó fingido, se llegó á él y le metió un alfiler por las carnes: no hizo sentimiento alguno; antes al hombre le reprendieron, y él quedó harto compungido de haberlo hecho, reconociendo ser el siervo de Dios hombre devoto y santo.

(1) La antigua Iglesia Colegial del Salvador, situada junto á la torre que aun existe, y en gran parte de la plaza de la Encarnación, fué la que presentó este y otros raptos del B. Juan. A ella asistía con frecuencia, pues el Doctor Rendón, su confesor, era canónigo de ella. Por hallarse ruinoso fué derribada á principios del pasado siglo, estando ya en construcción la actual, que se abrió al culto en 1756.



CAPÍTULO XVIII.

ATORMÉNTANLE LOS DEMONIOS Y EMBARÁZANLE EN LA ORACIÓN.— SU
GRAN PACIENCIA Y PERSEVERANCIA EN ELLA.

Si esto experimentaba con los hombres para estorbo de su oración, ¿qué persecuciones no hallaría de los demonios? Permite Dios á nuestro enemigo, que aflija y maltrate los cuerpos de sus mayores amigos; pero de suerte que quede el alma libre de semejantes turbaciones. ¿Quién pensara que Job era tan querido de Dios, viendo al demonio hecho tan dueño de su cuerpo, que no había en él cosa que no atormentase, si no supiera que el Señor da esta mano á su enemigo para probar la lealtad de sus siervos, y á vueltas de esto aumentarles sus méritos? A la verdad, aunque parece que el demonio se huelga de afligirlos, no deja de ver cuán mal le va en semejantes batallas, y que lo que saca es quedar confuso y afrentado y ganar los santos grandes coronas en ellas.

No pocas veces, estando de noche en oración en su celda arrebatado en éxtasis, los demonios, envidiosos de su dicha, le atormentaban á puros golpes. Al ruido acudían los hermanos, aunque él no se quejaba, y le hallaban en el suelo, la cara, cabeza y cuerpo lleno de sangre, de los golpes que le habían dado, y contento en ver que padecía algo por Cristo, no quejándose jamás, antes encubriendo haber recibido aquellos tormentos.

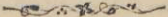
Estando una vez en oración, llegó el demonio á él y le echó una soga al cuello, y le arrastró. Al ruido acudieron los hermanos, y preguntándole lo que era, respondió que nada. Pero lo contrario se mostró en lo maltratado que le vieron, y en haber estado malo de los golpes muchos días. En otra ocasión le echó el demonio las manos á las orejas y se las dejó llenas de sangre. Otra vez, estando acostado, se le apareció en figura de cien-piés, y le abrazó por todo el cuerpo. Invocó á Dios al instante en aquel aprieto, y se le apareció una persona, que no supo quién era, que pateó y disminuyó el gusano.

Atormentábanle los demonios con amenazas, con visiones y con espantos. Muchas veces permitió esto Dios para ejercitar y coronar á su bendito siervo, á quien favorecía, al paso que era odiado del común adversario, que como soberbio, siente mucho que se le opongan y le menosprecien los hombres. Teníale el siervo de Dios en poco, y así él echó el resto en tentarle y maltratarle, pensando abrir portillo en su constancia; mas contra Dios no hay arma fuerte: siempre salía Satanás confuso y avergonzado, aunque como enemigo declarado del siervo de Dios, no dejaba piedra que no moviese para vencerle. ¡Oh soberbia del demonio, en tantas ocasiones humillada y atropellada por los siervos de Cristo, pues los que quisieron competir con el mismo Dios, no pueden resistir ahora la presencia de un hombre flaco! Castiga Dios así el atrevimiento de los espíritus infernales y premia de esta manera la humildad de sus siervos.

Entre otras le hallaron una vez tendido en el suelo y cubierto su rostro de escarabajos: al ruido de los golpes acudieron algunos del hospital, entre los cuales fué uno Pedro de Arratia, sacerdote, que después fué religioso de la orden de San Francisco, y luego que entraron en el aposento desaparecieron aquellas sabandijas inmundas. Otras veces traía el rostro y el cuerpo lleno de cardenales, de las mo-

lestias que el demonio le hacía. Ánimo tenía el siervo de Dios para sufrir mayores trabajos, si la divina permisión diera al demonio licencia para que se los causase; porque sus ayunos, oración y penitencias no tiraban á otro blanco sino al de la voluntad resignada, que se dedica totalmente á Dios, para querer siempre lo que él quiere, y tomar como de su mano todo lo que nos enviare.

Muchas veces, estando en su celda, tenía varios espantos y apariencias fantásticas; y cierta noche se entró en ella una, que parecía mujer en el traje, y luego después desapareció: á las voces que dió el Santo, echaron de ver los del hospital que era el demonio. Otras veces orando de noche, (para que dejase la oración, entendiendo que ya era de día) el demonio daba voces por la calle que estaba inmediata á su celda, pregonando haba cocha: otras daba grandes ahullidos en voz de mastín: no se le oía palabra de queja entre estas persecuciones, sino decir tal vez: *Muy importuno es el demonio*. Ningún temor tenía el siervo de Dios de estos temores, como quien estaba bien enterado de que ningún poder tiene el demonio, sino en aquélllo que el universal Señor lo permite, y como quien sabía que, quien mira por los cabellos de los suyos, mira mejor por su vida, cuando para su servicio importa que la tengan.



CAPÍTULO XIX.

DE LA GRAN CARIDAD Y AMOR QUE TUVO Á LA SANTA HUMANIDAD DE CRISTO; AMOROSÍSIMA DEVOCIÓN Á SU SANTO NACIMIENTO, Y CONTINUA MEDITACIÓN DE SU PASIÓN Y MUERTE DOLOROSA.

Mientras más crecía el siervo de Dios en el ejercicio de la oración, se aumentaban también visiblemente los de las otras virtudes, sin advertir á los grangeos que ya poseía su alma, no deteniéndose en las creces que en sí sentía, con el ansia de hallar las que buscaba. Aunque tenía el espíritu ejercitado y dócil en el amor y contemplación de la divinidad, no por eso se olvidaba de la sacratísima humanidad de Cristo, sabiendo que ella es el camino y la puerta para entrar á Dios, y que puede y suele ser peligroso al contemplativo, apartar lo uno de lo otro. Uno y otro es Cristo nuestro bien, y uno y otro venera en él nuestra fe; y así, en lo humano y lo divino se ha de emplear nuestra contemplación. El amor á la divinidad es valiente, levantado, fuerte y vigoroso. Engólfanse los santos en aquel piélago de las perfecciones divinas, en que felizmente se anegan; mas el amor á la humanidad de Cristo es dulce, suave, tierno, afectuoso y agradecido, juntando á los respetos del amar á Dios, los poderosos motivos de amarle hecho hombre. Fáltales el discurso, agótase el entendimiento de ver á Dios humanado, pobre, ultrajado y muriendo clavado en un madero.

De esta doctrina, en que el siervo de Dios estuvo siempre bien fundado, le nació un amor agradecido á la santísima humanidad de Cristo. En particular se vió en la alegría extraordinaria y vehemente fervor con que celebraba el Nacimiento del Hijo de Dios en carne. Tenía gran devoción (desde la víspera de este día por toda su octava) en traer con mucha alegría la imagen del Niño Jesús en la cuna, diciéndole muchos requiebros y cantares devotos. Su tema era decir á los circunstantes: *Mirad, que aunque os parece que duerme, está velando.* En este tiempo se esmeraba mucho en hacer con más cuidado sus limosnas, en cuanto más podía alcanzar. Repartía muchos vestidos entre pobres, y limosnas de pan y carne. Referiré un caso en que nuestro Señor fué servido multiplicarla.

En las Pascuas del Santísimo Nacimiento, solía comprar grande cantidad de carne, y haciendo cocer mucho pan, lo repartía aquellos días entre gente pobre que concurría á su hospital por esta limosna. En una ocasión de éstas mandó cocer un calíz de pan, y comprar gran cantidad de hijadas de puerco, y que se hiciese todo en raciones, y á los hermanos que las repartiesen por los pobres que viniesen. Concurrieron tantos en la víspera de Navidad por la mañana, que ya no había más que veinte panes y una poca de carne que se guardaba para algunos pobres vergonzantes, y entre ellos unas señoras que habían tenido muchos bienes y vivían en grande pobreza. Cargaron muchos pobres, y daban voces al siervo de Dios, pidiéndole limosna. Él les dijo, que no le habían quedado más que aquellos panes y otras tantas porciones de carne que guardaba para unos pobres vergonzantes que no podían venir por ellas; que le llevasen á la Plaza y le vendiesen, y el precio repartiesen entre sí, que él quedaría contento. Mas como no era esto lo que los pobres querían, volvieron á importunarle por que les diese limosna. A sus piadosas entrañas y á su grande confianza en Dios, no fué menester mucho, para que

enternecido, dijese á sus hermanos que fuesen y abriesen la puerta de aquel aposento, y repartiesen el pan y carne que había guardado, que esperaba remediaría Dios aquella necesidad, y que viendo los pobres que no había más, le dejarían. Partieron los hermanos á obedecerle y á repartir aquellas porciones, y abriendo las puertas del aposento, hallaron las espuestas que habían dejado vacías, llenas de mucho pan y carne, de que quedaron tan admirados como el caso lo pedía. Salieron luego á decirlo al siervo de Dios Juan Pecador, el cual sabiendo bien era misericordia del Señor, que había multiplicado la limosna, les dijo: *¿Ven, hermanos, lo que sucede cuando dan limosna? Denlo todo, que nuestro Señor no falta á sus criaturas.* Y con acudir aquella Pascua muchos pobres, á quien se dió limosna, duró hasta el día de Reyes el pan y carne que hallaron, atribuyéndolo todos á la misericordia del Señor y á la confianza y esperanza que siempre en él tenía su bendito siervo.

Era devotísimo de la Pasión de Cristo nuestro Redentor, y mirábale crucificado como espejo del Padre Eterno, que para que pudiésemos vernos en él, quiso que le tuviésemos de cerca colgado en una cruz. Hallábase tan regalado considerando aquella desnudez, y tan sano considerando aquellas llagas, que quisiera él mismo para sí ser clavos, corona y azotes, para labrarse por la imitación y parecerse en algo á su Maestro y Señor.

Sobre la Pasión de Cristo nuestro Redentor tenía oración todos los Viernes del año, y en particular los de la Cuaresma, y todos los días de la Semana Santa: en ella hacía grandes mortificaciones y penitencias, siguiendo la cruz de Jesucristo y diciendo palabras tiernísimas de su sagrada Pasión. Tenía devoción para el Jueves y Viernes Santo hacer un altar en medio de la enfermería de sus pobres, donde ponía un paso de la Pasión muy devoto. Concurría á esto todo el lugar, y movía á todos y á sus pobres de senti-

miento, la consideración de la Pasión de nuestro Redentor; y desde que encerraban el Jueves Santo el Santísimo Sacramento, hasta que le desencerraban, se ejercitaba en este y en otros actos devotos con mucho fervor y lágrimas y le daban todos muchas limosnas, las cuales pedía á los que entraban en el hospital, con estas palabras: *Hermanos, den limosna á los pobrecitos, redimidos con la sangre de Jesucristo.*

Asimismo tenía devoción todos los años en el Jueves Santo en la tarde, antes de dar de cenar á sus pobres, celebrar con ellos el acto de humildad de lavarles los pies, habiendo primero exhortádolos con santas pláticas y palabras de devoción, y animándolos á padecer las enfermedades por amor de tan buen Dios. Uno de los hermanos leía un libro espiritual, donde estaba el Lavatorio de Cristo nuestro bien, y luego se quitaba el Escapulario y se ceñía con una toalla, y se hincaba de rodillas, teniendo un hermano la bacía y otro el aguamanil, y lavaba los pies á todos sus pobres, y derramando grande abundancia de lágrimas, se los besaba, con mucha edificación de los que lo miraban. A este acto no quería asistiese mucha gente, por no inquietar á sus pobres, sino solamente sus hermanos y compañeros, y algunos que en particular convidaba. Acabado aquel acto se vestía y tomaba un canasto, donde tenía muchos regalos de colación, que le daban para los pobres, y los repartía entre ellos. En este acto les besaba á todos las manos, y muchos decían que por esto mejoraban en la salud. Últimamente, les daba de cenar más que otros días, y todo esto parecía un espectáculo del cielo á los que lo estaban mirando.

Tenía otra particular devoción en la Semana Santa, y era, que como la capilla de San Juan de Laterán está junta é incorporada con el hospital, después de haber encerrado el Santísimo el Jueves Santo, convidaba al Cura y á los demás clérigos de aquella capilla, y los llevaba á su

refectorio diciendo que llevaba á Jesucristo y á sus Apóstoles. Ponía al Cura en cabecera de mesa y á los demás con él. El siervo de Dios los servía y regalaba con pompa moderada, pero cumplidamente, y no era posible recabar con él que comiese cosa alguna, porque tenía de costumbre no comer en la Semana Santa más que tres veces, y esas, unas yerbas cocidas en agua, sin gusto de sal ni de aceite.



CAPITULO XX.

CARIDAD ESPIRITUAL DEL SIERVO DE DIOS CON EL PRÓJIMO. — SU ARDIENTE DESEO DE LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS, Y FRUTO DE SUS DILIGENCIAS EN ENCAMINARLAS AL CIELO.

Del abrasado amor de Dios que su siervo poseía, y á su medida, resultaban encendidas centellas de caridad con el prójimo, con colmados frutos de utilidad de las almas y con grandes deseos de su aprovechamiento. Hablaré primero de su caridad espiritual con los prójimos, y después de la corporal que con ellos tenía.

Descaba que todos los enfermos que entraban á curarse en su hospital, saliesen buenos y limpios en sus almas y conciencias. Para este efecto tenía gran cuidado de que se confesasen y recibiesen el Santísimo Sacramento, pareciéndole, que no teniendo las almas sanas, no podrían cobrar salud en los cuerpos. Si algún enfermo entraba sobre tarde ó de noche en el hospital, luego por la mañana recibía los Sacramentos de la confesión y comunión: decíales, que para sanar el cuerpo, habían de sanar primero el alma. Muchos hacían por su medio confesiones generales. Si venían algunos distraídos en vicios, como suele acontecer en semejantes casos, para obligarlos á confesarse, les hacía pláticas espirituales y les decía confiasen en la misericordia de nuestro Señor, que los había traído allí para su remedio, y que si fuese necesario, él cumpliría las peni-

tencias por ellos, y esto lo ejecutaba muchas veces, con que se vieron muchos enmendados, y que salieron de su hospital curados en el alma y en el cuerpo. Aplicaba los consuelos tan á tiempo y con tal prudencia y apacibilidad, que hacían admirables efectos. Persuadía les que esperasen de veras en Dios, pues nunca faltó su consuelo á los afligidos que se ponen en sus manos. Que sólo Dios era el verdadero refugio de los atribulados enfermos. Que de aquellos males podían sacar grandes bienes; pues las enfermedades del cuerpo, muchas veces venían á ser medicinas para las almas. Que ellas les enseñaban el desengaño de que eran mortales, y que de fuerza habían de acabar. Que la salud con que se sustenta la vida, no era suya, pues tan fácilmente la perdían. Lo poco que se podía fiar de cosa tan frágil. El conocimiento de los pecados, que de ordinario suelen acarrear. El temor del juicio de Dios; pues si en el tiempo de la misericordia castiga, ¿qué será en el de justicia? Decía estas y otras razones santas con tanto espíritu, que juntamente consolaban y corregían. Tenían los enfermos por más felices los días de la enfermedad que los de la salud, pues en ellos gozaban de tanto bien. Más esperanza ponían en estos remedios que en los medicinales que les aplicaban los Doctores.

Cuando oraba, no solamente pedía á Dios que quitando los trabajos de los prójimos los pusiese sobre sí; mas cuando los males, por ser de culpa, eran de orden superior, no solamente se contentaba con pedir para sí aflicciones de este mundo, sino que poniendo los ojos en las mayores de pena de la otra vida, rogaba que le fuesen dadas llamas y fuegos, deseando como San Pablo, ser anatema por sus hermanos (1): dolor que lo más del tiempo (si no es que fuese continuamente) duraba en su corazón, con que se

(1) Optabam enim ego ipse anathema esse a Christo, pro fratribus meis, Ad Rom., cap. IX, v. 3.

ejercitaba excelentemente en las dos virtudes de amor de Dios y del prójimo.

En otras ocasiones más apretadas, cuando los enfermos estaban para morir, les asistía con sus hermanos, ayudándoles á bien morir, y animándoles en la fe con muchas oraciones hasta que daban su alma á nuestro Señor, y luego los enterraba con mucha caridad y les hacía decir Misas, y exhortaba á los otros pobres y á sus hermanos se preparasen para la hora de la muerte.

Al Doctor Gonzalo de Padilla, Cura de la Parroquial de San Lucas de la ciudad de Jerez (1), le sucedió un caso particular con un pobre enfermo que estaba ya para morir. Habiendo éste sido amonestado que se confesase generalmente, ó temió hacer la confesión, ó la dilató, pensando sanar de su enfermedad. Entrando el siervo de Dios en el hospital una tarde, exhortando á los pobres á tener paciencia, á examinar sus conciencias y hacer una buena confesión, parece que nuestro Señor movió el corazón de aquel pobre de repente, y quiso confesarse con el mismo Cura, y le confesó de buena gana, habiendo muchos años que no se confesaba, y duró la confesión más de cinco horas, y acabadas, quedó muy consolado, y dió su alma á nuestro Señor dentro de una hora, con que parece aseguró su salvación, y todos quedaron admirados y dijeron haber sido por la exhortación y méritos del siervo de Dios.

Entre las gracias que nuestro Señor le dió, fué particular y digna de memoria su persuasiva: cuando quería reprender algún vicio ó aficionar los corazones al estudio de alguna virtud, tenía palabras tan vivas y tan eficaces, que

(1) Este buen sacerdote, tan piadoso como ilustrado, enalteció con su saber y virtudes, la respetable clase á que pertenecía. Escribió una historia de Jerez, su patria, que quedó inédita. Fué muy amigo del célebre Rodrigo Caro, quien lo menciona en su *Corografía del Convento jurídico de Sevilla*, y el P. Nieremberg en sus *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, en la biografía del jesuita jerezano P. Antonio de Cárdenas.

parecía sacaba á quien le oía de sí mismo, por ponerle en su intención. Representaba con espíritu lo que quería, y ganaba con esto de tal suerte las voluntades, que mejoró muchas en el camino de la virtud con su admirable doctrina, y ganó otras que estaban perdidas.

En las Cuaresmas y días de la conversión de la Magdalena, en que predicaban los religiosos á las mujeres públicas, acudía á las iglesias donde estaban, y después de haber acabado el predicador el sermón, él les decía tantas cosas y con tanto espíritu, que muchas veces (lo que no habían hecho con el sermón) se convertían con sus pláticas espirituales. Con mucho afecto solicitaba la conversión de las mujeres perdidas, reduciendo á muchas de las que parecía estaban más divertidas y obstinadas, á que saliesen de su mal trato y se entrasen en recogimientos y monasterios, como lo hicieron muchas, con gran gloria de nuestro Señor y admiración de los fieles. A éstas las proveía de lo necesario, y á otras casaba buscándolas maridos y dotes, y las visitaba de ordinario, confortándolas y animándolas en el camino de la virtud para que perseverasen en él.

En todos los Viernes de la Cuaresma se predicaba por la tarde en el patio que tiene hoy el hospital. Había en él un púlpito de piedra y yeso en el corredor, que hoy está en el mismo patio y se subía á él por la enfermería, que hoy sirve de iglesia; y el sitio que sirve de sacristía estaba todo incorporado con la misma enfermería, como lo está hoy. Había un aposento cuya puerta salía al corredor, un poco desviado del púlpito, al lado izquierdo, y habiendo una tarde mucho número de gente, mujeres y hombres, trajeron también las mujeres de la casa mancebía y las pusieron junto á la puerta, cerca del púlpito. Predicó en esta ocasión un religioso Agustino, que se llamaba el padre Esquivel, y estando predicando, se oyó una voz dentro del referido aposento, que dijo muy dolorosamente: *penitencia*; y luego otra voz que repitió: *penitencia*, á lo cual se albo-

rotó toda la gente que estaba presente; y luego se oyó tercera voz que dijo: *penitencia*. Abrióse entonces la puerta del aposento, y salió el siervo de Dios Juan Pecador sin hábito, con unos calzones de lienzo basto y una ropilla á modo de escapulario ó sotanilla abierta por los lados y sin mangas. Su cabeza y rostro encenizado, y descalzo, con una imagen de Jesucristo crucificado en la mano derecha y en la izquierda una calavera, dando voces y diciendo: *Hermanos, haced penitencia!* y se hincó de rodillas delante de aquellas mujeres perdidas. Ellas empezaron á cubrirse, á llorar y ponerse de rodillas delante del siervo de Dios, y se convirtieron y salieron del pecado en que estaban, siete ú ocho, las más hermosas que había entre ellas. Todas las recogió y las sentó en la sala, y con esto el padre Esquivel dejó el sermón. Después repartió las mujeres convertidas en casas de personas principales y ricas, de buena vida y costumbres, para que las amparasen, hasta disponer de ellas, andaba pidiendo limosna por las calles para ponerlas en estado, con que brevemente unas se casaron y otras se entraron en el monasterio de las Recogidas (1).

Cuando iba á Carmona, su patria, y á otros lugares, (y lo mismo hacía de ordinario en Jerez), salía á las calles y plazas con una cruz en la mano, y juntando á los muchachos, les enseñaba la Doctrina Cristiana. Su estilo era dar el mantenimiento espiritual con la caridad encendida, por la devoción con que le ofrecían á la corporal para sus pobres. Enseñábales juntamente á servir á Dios y evitar los pecados y sus ocasiones. Con esto llevaba al pueblo tras sí adonde quiera que iba; y si sabía de alguna necesidad ó

(3) Este monasterio, conocido por Hospital de San Martín, estaba en la plaza de San Juan, frente á la Chancillería, en las casas que fueron más tarde del vínculo de los Mendozas. Después de la reducción de hospitales, pasaron las recogidas á ocupar el que fué de la Misericordia, en la collación de San Dionisio.

trabajo, procuraba que se remediase; y finalmente, era todo para todos, por ganar á Cristo en todos.

Con la misma caridad acompañaba á los delincuentes condenados á muerte hasta el lugar del patíbulo, y los consolaba con santas amonestaciones.

Tenía particular devoción á las ánimas del Purgatorio, y la encargaba á voces por las calles muchas noches. En una en que llovió demasiado, después de haber vuelto á su hospital, dijo á su compañero que se llegase á la lumbré para enjugarse, porque estaba harto mojado. El compañero le dijo que por qué no se enjugaba él; y reparando, vió que el siervo de Dios estaba enjuto, y que no traía mojado el hábito, habiendo ido ambos en compañía aquella noche.



CAPÍTULO XXI.

SU CARIDAD CORPORAL EN LAS NECESIDADES DEL PRÓJIMO.—SU PIEDAD
CON LOS ENFERMOS Y POBRES.—SU CUIDADO EN ADQUIRIR LIMOSNAS
PARA SU SOCORRO.

Resplandeció también el siervo de Dios en ferviente caridad corporal con los prójimos. Curaba con gran cuidado y desvelo á los pobres enfermos de su hospital, asistiéndoles á todas horas y socorriendo sus necesidades con grande amor, sin dar lugar á que alguno (aunque muchos) se desconsolase, ni faltase lo que era posible para su cura y regalo.

Todo el tiempo que podía gastaba en servicio de sus enfermos: acudíalos, como si fuera una madre amorosa de cada uno: dábales de comer por su mano: abrazábase con ellos para levantarlos, cuando no podían menearse: hacía las camas, barría la enfermería, limpiaba lo más asqueroso, no tenía asco de las llagas, untábalas y curábalas y lamíalas, medicinando el horror que le causaban con la dulzura de la caridad. Ningún oficio había asqueroso y sucio, que no le ejecutase con alegre semblante: solamente en verle se alegraban los dolientes, y muchas veces los curó milagrosamente con el fervor de su caridad. Finalmente, era el único refugio de los enfermos: así ayudaba á todos en común y á cada uno en particular, como si cada uno fuera solo.

No se contentaba con los pobres que venían á curarse á su hospital, sino que los buscaba por el lugar y los llevaba á él muchas veces en los hombros, á los que no podían ir por sus pies: á los que por alguna razón no podían ó no convenía que se curasen en su hospital, les visitaba, curaba y regalaba en sus casas con el mismo amor y cuidado que á los otros.

Tenía un cuarto bajo donde se recogían los pobres viandantes y mendicantes: dábales camas de unas esteras de paja de enea, lumbré y algunos regalos. Visitábalos de noche y enseñábalos la doctrina cristiana y la ley de Dios, por quien habían de llevar con paciencia la pobreza, y les consolaba y daba saludables consejos: poníalos en paz, si estaban discordes entre sí ó con otros, y de todos estados era padre común de aquella república.

Estando una noche en oración con grandes requiebros con Dios y grandes coloquios en su alma, vió á muchos niños que pedían pan, y desde entonces tuvo cuidado de llevarle en la manga para repartir entre los que encontraba. Corrían los niños tras él por las calles pidiéndole pan, y él se lo iba repartiendo; y no pocas veces repararon algunas personas, en que solía sacar de la manga un pan blanquísimo y sobremanera bueno: tanto, que muchas veces se lo quitaban á los niños para tenerle por reliquia, pareciéndoles era una cosa venida del cielo, porque no le habían visto semejante, y esto era de ordinario, y fué público en aquella ciudad.

A la hora de medio día y á boca de noche, algunos pobres vergonzantes, así hombres como mujeres, le aguardaban á la puerta de San Juan de Laterán, por donde el siervo de Dios entraba á su hospital, y repartía entre todos muchas limosnas. Decíanle algunos que les diese más, porque eran muchas sus necesidades, y el siervo de Dios les respondía, aumentando la limosna: *Doyme á Dios, que Dios lo ha de remediar todo, si confiamos en Él.* Con esto se

despedían los pobres consolados, diciéndole: *Encomiéndenos á Dios, hermano Juan*; y queriéndole besar las manos, las retiraba, y daba el hábito, mostrando un gran consuelo espiritual en verlos tan humildes y devotos.

Aunque tenía particular cuidado de su hospital y de sus pobres vergonzantes, no dejaba por eso de acudir á los pobres presos de la cárcel, que fué su primer ejercicio. También llevaba sus limosnas abundantemente á las recogidas de la penitencia, á las cuales socorría con toda liberalidad y devoción.

Pedía limosna por las calles para sus pobres, diciendo: *Hermanos, hagan bien por sí mismos, que Dios nuestro Señor les dará ciento por uno, y la vida eterna*. En las fiestas principales que en la ciudad de Jerez se hacían, poniéndose á la entrada de la plaza, daba voces diciendo: *Hermanos, den limosna para los pobres, que éstas son las fiestas espirituales del alma*.

Iba con gran fervor á buscar limosnas para sus pobres á casas de personas ricas, y al convento de los Cartujos, cuyos santos religiosos le proveían abundantemente. Salía también él y sus compañeros á los campos á pedir limosna de trigo, vino, pasas y otras cosas, para sustento de sus enfermos, sin reparar en las inclemencias del sol, frío y agua, con ir como iba, descalzo y sin sombrero, siendo ya en los postreros años de su edad, canas y poca salud, quebrada con el riguroso tratamiento que toda su vida hizo á su cuerpo.

Iba á los lugares comarcanos como al Puerto de Santa María, Cádiz, Sanlúcar, Lebrija, Arcos, Medina y otros, á buscar limosnas para sus enfermos, caminando á pie y descalzo; porque en estos lugares, y particularmente en los marítimos, con la venida de las flotas, tenía muchas personas que le daban largas limosnas para sus pobres, y entre ellas personas tituladas, como el duque de Medina Sidonia, el de Arcos, el de Alcalá y otros. Iba otras veces

á Sevilla, donde tenía muchas personas conocidas que le socorrían, y en particular los Arzobispos de la misma ciudad, D. Cristóbal de Rojas, D. Rodrigo de Castro y otros.

Jamás se cansó en el servicio de los pobres; antes siempre tuvo grande confianza en la providencia de Dios, cuando más se veía cargado de menesterosos y enfermos; y con mayor ensanche de corazón se portaba en los veranos y estíos, cuando más suele enfermar la gente del ministerio del campo.

Cualquier regalo que á su persona se hacía, le parecía sobrado, y aunque lo fuesen los que á sus enfermos les enviaban, le parecían cortos. En todo se veía, que no era para sí, sino para sus prójimos; porque ni se quejaba de sus trabajos, ni admitía los regalos que le hacían; pero no es mucho que no sintiese cosa suya, el que ninguna cosa tenía, todo era de Dios, y en su voluntad estaba resignado: había dado ya su voluntad y no la tenía para quejarse, ni para rehusar trabajos. Sentía los agenos, porque la caridad los hacía propios. En todo se mostraba verdadero discípulo de Cristo, que por hacer la causa agena, se descuidó tan voluntariamente de sí mismo, que por darnos á todos vida, quiso perder la suya.

Cuando la pérdida de la Isla de Cádiz, que tomó y saqueó el enemigo inglés, vinieron á Jerez maltratados y enfermos muchos soldados, y en particular los que habían peleado en los galeones de la Armada, y los más de ellos heridos, unos sin brazos y otros sin piernas, y serían cerca de trescientos hombres (1). Entonces el siervo de Dios los recogió á todos y los curó, y regaló con mucho cuidado, sin que á ninguno de ellos le faltase médico, cirujano, me-

(1) Esta toma y saqueo de Cádiz por los ingleses, aconteció en 1596, estando posesionados de la plaza desde el 30 de Junio al 16 de Julio, en cuyo día se retiraron, después de causar daños incalculables. Esta ocasión fué una en las que más ejerció su asombrosa caridad el B. Juan Grande,

dicina, ni lo demás que era necesario. Y aunque tenía dentro en el hospital botica, en esta ocasión fué menester traer muchas medicinas de otras partes, y así se dió á todos bastante cura y regalo, y á los que murieron, honesta sepultura.

El año de 1579 había en Jerez gran necesidad de trigo, y valía el que se podía alcanzar, á excesivos precios, respecto de los grandes temporales de agua que hubo, que fueron de manera, que no se sembraban los campos de trigo ni de cebada, y de los que se sembraban, pocos producían. A esta causa, los religiosos de San Francisco y los otros en sus conventos hacían plegarias, procesiones y rogativas á la Divina Majestad, para que se sirviese de dar buenos temporales. En este año, con la gran necesidad, muchos pobres y necesitados acudían á pedir limosna al siervo de Dios. Juntábalos en el sitio que hoy está delante de la capilla de San Juan de Laterán, y ponía á una parte los hombres, á otra las mujeres y á otra los niños. Allí salía con sus hermanos con gran cantidad de pan y lo repartían entre todos, á cada uno conforme su necesidad, alegre de que podía dar alguna muestra de la ferviente caridad que tenía con los pobres (1). Con esta diligencia remedió á muchas personas que pudieran sin ella morir de hambre. Sustentó muchas viudas, niños, viejos y enfermos pobres, que de todos estos géneros había copioso número, por andar con la hambre la enfermedad que dejaba á las mujeres sin maridos, á los hijos sin padres y al pueblo sin salud. Duró mucho esta buena obra, porque la industria del prudente varón había sabido juntar limosnas para ejecutarla, y la continuó todo el tiempo que hubo necesidad, hasta que Dios por su misericordia mejoró los temporales y hubo cosecha bastante.

(1) En la beatificación, se pintó en Roma un lienzo de regulares dimensiones representando esta escena, y fué regalado á S. S. Pío IX (de feliz memoria), mereciendo ser colocado en las galerías del palacio Vaticano.

CAPÍTULO XXII.

FLORECIÓ EL SIERVO DE DIOS HEROICAMENTE EN LAS VIRTUDES DE LA JUSTICIA Y FORTALEZA, Y DE ÉSTA RESULTÓ SU PERSEVERANCIA.

Con estas tres virtudes de la Fe, Esperanza y Caridad, se apoderaba el siervo de Dios de la virtud de la Justicia, dando á Dios todo lo que es suyo, que es todo cuanto podemos tener por nuestras potencias y buenas obras: todo lo tenía rendido á Dios el resignadísimo siervo suyo: consigo hacía justicia, quedándose con la nada, que todos somos, y con los pecados, que es caudal de hombres. Con sus prójimos también hacía justicia, dando alabanzas á los buenos, y buen ejemplo á buenos y malos.

Tuvo esta virtud en tan heroico grado, que en todo el tiempo que le conocieron, no se le vió hacer obra, ni decir palabra, que pareciese culpable, ni mereciese reprehensión, porque vivía con grande cuidado de no ofender á Dios, ni agraviar á sus prójimos; antes se ejercitaba siempre en obras de su servicio y de buen ejemplo.

De la misma caridad con los prójimos, procedía el no permitir que se murmurase en manera alguna de ellos. En su presencia todos (como se dice) tenían guardadas las espaldas, aunque fuese so color de burlas ó entretenimiento. Ni por celo de virtud, ni reformación, consentía alguna de-tracción, por ser gran falta de caridad el no tolerar y en-

cubrir las ajenas; ni consentía palabras vanas de gracejos, de risa ó de donaire, y otras que llaman agudezas, que en las comunidades son perjudiciales, porque de ordinario, por lo menos, vienen á parar en una paliada murmuración.

Sobre esta zanja de justicia, puso Dios las maravillosas columnas de la fortaleza, que nunca dijeron basta en los trabajos, sino siempre más y más, fiando en la gracia de Dios. Jamás le turbaban, ni mudaban los sucesos prósperos ó adversos, llevando con grande igualdad y serenidad de ánimo muchos desconsuelos y desamparos que padecía, en particular lo mucho que sufrió en el Hospital de los Remedios, y antes sirviendo á los pobres de la cárcel, y en la reducción de los hospitales al suyo, en que mucha gente de la ciudad y en particular los Patronos le persiguieron, llevando todas las injurias que le hacían, con grande tolerancia y fortaleza, sin desistir del servicio de nuestro Señor y propósito de la vida que había comenzado.

En todas las injurias que le hacían, mostraba admirable fortaleza, sin que jamás se le oyese palabra de ira ó de enojo. Ni quedó en su corazón rastro de enemistad con persona alguna, antes agradecía los malos tratamientos que le hacían, pareciéndole, que mucho más merecía por sus pecados; y esto era lo que siempre decía en semejantes ocasiones. Si alguno volvía por él cuando le injuriaban, le decía: *Déjele, hermano, que me conoce bien y me trata como yo merezco*. Decían sus hermanos, que les hacía tener particular y larga oración por los que le perseguían.

De esta fortaleza nació su perseverancia en la virtud, en que estuvo siempre tan firme, que jamás se vió en él género alguno de desmayo, ó tibieza en su sólida virtud, sin embargo de que le sucedieron muchas cosas, que pudieron afligirle ó entibiarle en su devoción; particularmente cuando le llamaban, y tenían por hipócrita y por hombre que hacía fingidamente todo lo que obraba. Sonábale siempre al siervo de Dios la sentencia del Señor en los oídos;

El que perseverare hasta el fin, será salvo (1). Los fervores de cuatro días, cualquiera los tiene como llamaradas de paja ó de estopa. La perseverancia es la que se alza con la corona. Bienaventurado el siervo, que á cualquiera de las vigiliass, ó guardas de la noche, le hallare velando el Señor (2).

(1) Qui autem persevera verit usque in finem, hic salvus erit. Math., c. X, v. 22.

(2) Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes. Luc., cap. XII, v. 37.



CAPITULO XXIII.

DE LA VIRTUD DE LA TEMPLANZA, EN QUE SE CONSERVÓ TODA SU VIDA.
REFIÉRENSE SUS GRANDES ABSTINENCIAS Y AYUNOS.

No fuera creíble su templanza y abstinencia, si no supiéramos lo mucho que puede la divina gracia, y cuán bien asienta sobre una buena costumbre. Era muy templado en la comida por no echar leña al fuego, cuyo ardor pedía á Dios constantemente aplacase con el agua de su gracia. Siendo aún niño ayunaba (como se ha dicho), no tomando el pecho de su madre tres días en la semana. Después de su vocación y conversión, ayunaba todas las Cuaresmas y Advientos, no comiendo si no era al tercer día, y esa una vez, y tan poco, como una escudilla de yerbas ó lentejas, y otras veces un poco de pan mojado en agua y aceite.

Tenía otra Cuaresma desde San Miguel á los Santos; y todos los Viernes y Sábados del año ayunaba con grande rigor; y muchas veces, por no quebrantar su áspera abstinencia, no quería ir á comer con muchos señores, que le importunaban fuese á su casa. El Licenciado Salazar, Visitador del arzobispado de Sevilla, le convidó algunas veces, y otras personas á quien debía respeto y obediencia; y más por ella que por voluntad, obedecía tal vez; pero de manera que habiendo comido alguna cosa, dejaba

los demás manjares sin probarlos, diciendo, por mostrarse satisfecho: *Cuanto es hoy, bueno está el asnillo.*

Los más de los días daba su ración á los pobres, y decía que en esto se hallaba más sustentado. Siempre dejaba en la mesa los mejores bocados, y comía de las cosas más desabridas y en poca cantidad, según bastaba para el moderado sustento del cuerpo, quedando siempre dispuesto para la oración sin que la comida la impidiese.

En los días de comunión no comía sino á las tres ó cuatro de la tarde; y en las Semanas Santas, con la memoria de las angustias y las hambres que su maestro y redentor había tenido en aquellos días, no comía bocado, ni se desayunaba de cosa alguna desde el Jueves, que cerraban el Santísimo Sacramento, hasta el Domingo de Pascua. Con esta maceración de carne estaba prontísimo el espíritu para la meditación y oración: y como estas balanzas de carne y espíritu son opuestas, el ser vencida la una, es victoria de la otra.



CAPÍTULO XXIV.

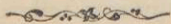
LO MUCHO QUE EJERCITÓ LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA, ASÍ CON SUS SUPERIORES Y PRELADOS, COMO CON SUS CONFESORES Y PADRES ESPIRITUALES.

Fué siempre obedientísimo á todo género de personas de cualquiera estado, como religiosos, sacerdotes, predicadores, hombres viejos, superiores, prelados, justicias y gobernadores de la ciudad de Jerez, repetándolos á todos con grande humildad, reverencia, obediencia y rendimiento. En particular había dado la obediencia á sus Padres espirituales y á sus confesores; y según ella, cumplía puntualmente y con grande humildad todo lo que ellos le ordenaban. Admiraba la cortesía que con todos usaba, aunque fuesen personas de la inferior esfera, como plebeyos, esclavos, muchachos y niños. Decía, que aquéllos eran mucho mejores que él, porque tenían mejores almas: que á nadie se debía despreciar, por malo que pareciese, porque Dios podía hacer de él un grande Santo. Con esto tenía ganadas, por virtud del cielo, las voluntades y corazones de todos los vecinos de Jerez.

Fué obedientísimo al arzobispo de Sevilla, á quien tenía por inmediato superior y cabeza: y por obedecer al cardenal D. Rodrigo de Castro, aceptó la reducción de los hospitales de Jerez al suyo, previniendo las persecuciones y envidias que de esto se le habían de seguir, como sigue-

ron. Por tener también á quien reconocer y obedecer por Prelado, fué á la ciudad de Granada y se agregó á la Congregación del venerable San Juan de Dios, y tomó su escapulario, siguiendo y guardando exactamente las constituciones y reglas de aquella santa Congregación, y después quedó su hospital sujeto á la misma religión sagrada.

Tenía tal prontitud de obediencia, que con no haberla profesado solemnemente, no le ordenaban ni decían cosa que no hiciese, aunque no tuviese obligación precisa de obedecer á quien se lo decía. Su reverencia á los sacerdotes era ejemplarísima, y en cualquier parte que encontraba á alguno, no pasaba adelante, antes se arrimaba á la pared hasta que pasaba, con que se edificaban grandemente todos los que lo veían.



CAPÍTULO XXV.

DE SU EXTREMADA POBREZA, EN PARTICULAR EN EL VESTIDO.—TODO
LO QUE TENÍA ENTREGABA AL COMÚN DE SU HOSPITAL.

Esmeróse mucho toda su vida en ser de veras pobre; pero en qué virtud no se esmeró? Cuando se mira cada una de por sí, parece que lleva la ventaja; y en volviendo á mirar otra, se la gana á la primera; y esto sucedía en todas. Desde el día de su vocación y mudanza de hábito, siempre le tuvo y vistió gerga vil y grosera, sin mudarle hasta estar muy roto y remendado. Cuando daba hábitos nuevos á sus hermanos, él se quedaba con el viejo ó se ponía el más viejo de los que los otros habían desechado, usando del envejecido y roto, por parecerse en algo á la desnudez de Cristo. Acudía con esto al consejo del Apóstol, que cuando trató de las ropas, que habían de querer los varones apostólicos, dijo: *Teniendo sustento y con que cubrirnos, estemos contentos* (1). No dijo con que vestirnos sino con que cubrirnos, porque el que procura vestir su alma con el ropaje de la Divina gracia, no ha de tener cuidado de la proporción y hechura del vestido del cuerpo, sino contentarse con que sirva para cubrirle.

Doña Isabel de Ávila, mujer de D. Bernardino de Avila,

(1) Habentes autem alimenta et quibus tegamur, his contenti sumus.
I Ad Tim., cap. VI, v. 8.

(habiéndole sacado el siervo de Dios un hijo de pila) quiso hacerle un hábito de estameña, y con alguna curiosidad; y sabiéndolo, le dijo muy enojado, que si tal hacía, no entraría más en su casa, y que para quien él era, bastaba y sobraba el hábito que traía de gerga grosera y basta.

En caso que alguna vez, que fueron pocas, importunado de sus hermanos, hacía hábito nuevo, procuraba que fuese de gerga gruesa, basta y dura, porque más le sirviese de cilicio, que de hábito. Recelaba no le ocupase el corazón el cuidado del vestido, por no hallar mundo, huyendo de él. La ropa que buscaba era caridad perfecta, de que David vió vestida á la reina á la diestra del rey, rodeada de la variedad de virtudes, que anda con la caridad, reina de todas (1).

No tenía ni poseía privadamente cosa, que no fuese común para sus pobres y hermanos, y para socorrer sus necesidades; siendo para sí mismo pobre de espíritu. Toda la limosna que allegaba, la entregaba luego que tuvo compañeros, á la persona que tenía la provisión de su hospital, sin apropiarse ni quedarse con cosa alguna. Con esto tenía al pueblo edificado, y él estaba acreditado en esta, como en las demás virtudes.

(1) *Astitit regina a dextris tuis, in vestitu deaurato, circumdata varietate.*
Ps. XLIV, v. 10.



CAPÍTULO XXVI.

GUARDA EN GRADO HEROICO LA VIRTUD DE LA CASTIDAD.—RESISTE VALERONILMENTE ALGUNAS TENTACIONES Y SUGESTIONES DEL DEMONIO.

Entre todas sus virtudes, fué señalada la de la castidad, porque desde el principio de su vida había conocido y estimado mucho la fineza de tan preciosa joya. Evitaba con gran recato la vista y conversación de mujeres, teniendo en este caso por la más cuerda victoria el no entrar en la batalla. De las armas de fuego nos defendemos huyendo, y de las ocasiones de mujeres, no tratándolas. El doctor Rendón su confesor, en el sermón que predicó de sus honras, afirmó que había muerto virgen, como cuando nació. Entonces conocieron todos, que la guarda de este tesoro era la causa de tan gran recato que había siempre tenido. Siempre vive descuidado quien no tiene que perder; pero el cuidadoso de su alma evita las ocasiones con advertencia.

Valíase para esta virtud de la afectuosísima devoción que tuvo á la gloriosa Virgen Santa Inés, á quien comúnmente llamaba madre, y al glorioso San Juan Evangelista, saliendo, mediante la divina gracia é intercesión de los santos sus abogados, victorioso en muchos y varios encuentros que tuvo del demonio.

Cuando oía á algunas personas palabras deshonestas y lascivas, las reprendía con mucha caridad, diciéndoles de

parte de Dios que no dijese tales cosas, porque su Majestad era gravemente ofendido en ellas. Tal vez se ausentaba, cuando su modesta prudencia no bastaba á divertir las.

No es nuevo el atrevimiento en el demonio, procurando derribar á los siervos de Dios del punto en que su virtud los encumbra. A grandes santos (que por eso lo fueron) se les ofrecieron grandes tentaciones, para que en el horno de la tribulación se conociese la fineza de su virtud. Fué grandemente atormentado de los demonios contra la castidad el siervo de Dios; pero á sus ilusiones, sugestiones, apariciones y formas deshonestas, siempre resistió con la señal de la cruz, y llamando á la Virgen Santísima, saliendo siempre vencedor de tales combates.

Muchas veces el demonio en figura de mujer, se entró en su celda, y una noche procuró pervertirle con muchas palabras deshonestas, á que resistió con gran fortaleza. Otra, estando en su celda, vió entrar una mujer tapada: viéndola el siervo de Dios, la dijo: *Espere, señora, que ya sé á lo que viene.* Fuése luego á la cocina y trajo muchas brasas encendidas y echándolas en su celda por el suelo, se quitó el hábito, y se echó sobre las brasas diciendo: *Quien á mí me ha de abrazar, en esta cama se ha de acostar.* El demonio, que se encubría en aquella figura, al punto desapareció, quedando el siervo de Dios vencedor, y atribuyendo siempre estas victorias á la intercesión de su madre Santa Inés.



CAPITULO XXVII.

COMPRUÉBASE LA GRAN CASTIDAD DEL SIERVO DE DIOS CON DIFERENTES SUCESOS.—COMBATES DE LA LASCIVIA.—VICTORIAS DE SU PUREZA.

Otras ocasiones de victorias tuvo el siervo de Dios con mujeres lascivas: claro está que sin buscarlas, que sin perjuicio de su honestidad las han tenido otros. No queda ofendida la limpieza de José, porque las divinas letras hayan referido el atrevimiento de la mujer de Putifar: ni cabe en buen entendimiento, ni en la fe de la escritura sagrada, que hubiese dado José algún motivo á la osadía de su alma. No há menester el demonio fundamentos de mal ejemplo para engañar á una mujer con el amor de un virtuoso; antes cuando menos fundamento le halla, de sólo eso le hace. Así quedan sin ofensa los castísimos virtuosos, aunque mujeres atrevidas lo hayan sido con ellos.

Fué no poco atormentado el siervo de Dios de mujeres livianas, que, ó por malicia, ó por prueba de su virtud, quisieron derribar su castidad, á cuyas palabras, encuentros y provocaciones, armado de las armas de la Cruz, resistía saliendo vencedor.

Cuatro ó cinco le cercaron una noche en la calle, pidiendo limosna para sus pobres, y procuraron reducirle á sus deshonestidades y torpes actos, de que el siervo de Dios se libró, haciendo la señal de la Cruz y hallándose impen-

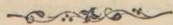
sadamente á la puerta de su hospital, que estaba bien distante de la calle en que le sucedió la provocación.

Algunas noches le sucedió, que una misma persona le salió al encuentro cuando iba pidiendo limosna para sus pobres, y le ofrecía joyas y dinero, persuadiéndole que ofendiese á Dios: abrazábase al instante su siervo con una Cruz que llevaba, y pidiendo favor al cielo, se hallaba en su casa libre, hasta que la mujer se desengañó y dejó de perseguirle.

Estando un día malo en la cama y con calentura, entraron dos mujeres tapadas en su celda y cerraron la puerta: advertido interiormente de su intento, vistió al instante el hábito y levantándose de la cama, abrió la puerta de la celda, y con buenas razones, por no alborotar la casa, las hizo salir. Dió luego muchas gracias á nuestro Señor de haberle librado de aquella ocasión, y le pareció entonces, que le habían hablado dentro en su alma, y dicho: *Hijo mío Juan, yo estaba aquí contigo.*

Otro día, víspera de la festividad del Corpus Christi, habiendo salido por la siesta á pedir limosna, porque le quedase tiempo de hallarse á las vísperas de aquella santa festividad, de que era grandemente devoto, le llamaron dos mujeres para darle limosna, y llegándose el siervo por ella, le cerraron la puerta, dejándole dentro, y empezaron á decirle palabras amorosas, procurando atraerle á sus torpes actos y deseos. Viéndose en este aprieto, las dijo: *Déjenme, hermanas, no por amor de mí, sino por amor de Dios, y por aquel compañero que traigo conmigo.* Sabiendo las mujeres que había entrado solo, volvieron los rostros y vieron á un hombre venerable, hermoso y resplandeciente, que piadosamente se puede entender sería el Angel de su Guarda, con que quedaron admiradas, confusas y convertidas. Procuró salir á prisa de aquella casa, y llegando á la puerta de la calle para hacerlo, la halló cerrada, de que quedó triste; y encomendándose muy de veras á Dios, pi-

dió á las mujeres le abriesen la puerta, y lo hicieron sin ponerle estorbo. Quedó tan amedrentado de este suceso, que jamás quiso pasar por aquella calle, ni por otras cercanas á ella. Un testigo de las Informaciones añade á lo referido, que para defenderse y no dar consentimiento en la voluntad, se había mordido los brazos y las manos, haciéndose mucha sangre; y que habiendo entrado en su hospital, preguntándole los hermanos qué causa había para venir de aquella suerte, no se lo quiso decir, y después lo comunicó á personas familiares suyas.



CAPÍTULO XXVIII.

DE LA PROFUNDA HUMILDAD EN QUE FLORECIÓ EL BENDITO FR. JUAN
PECADOR.—LO MUCHO QUE SENTÍA Y ESCUSABA LAS ALABANZAS DE LOS
HOMBRES.

La humildad, sobre quien todas las otras virtudes estriban, no era de las aparentes ni de las que hacen humillaciones por engrandecerse. De las sólidas era, de las que echaron hondísimas raíces sobre el conocimiento propio, que abate al hombre, hasta hacerlo desear y buscar la afrenta, el menosprecio, el abatimiento, por el profundo conocimiento de los pecados propios, y dolor de haber ofendido á quien es tan digno de ser amado. El estilo de aquel grande Artífice de Santos, cuando quiere levantar un edificio insigne de santidad, es ahondar profundamente los cimientos, vaciando y aniquilando el sugeto con la virtud de la humildad, para llenar el alma de preciosas piedras, de dones y tesoros de divinas virtudes. Por lo dilatado y pomposo de la gran copa de un árbol, se conoce la profundidad y extensión de las raíces; y de las grandes misericordias, de los favores divinos que recibió el siervo de Dios, se colige fácilmente los profundos fundamentos de humildad para que el edificio no faltase.

Nunca el humilde entiende que acierta quien le estima, ni el soberbio, que yerra, sino quien le abate. Afligíase grandemente cuando alguno le alababa; y decía: *Herma-*

no, demos gracias á Dios, que todo lo bueno viene de Él; y cuando volvía de los éxtasis y raptos, que á menudo tenía, se confundía en ver que le hubiesen visto, y suplicaba á nuestro Señor no le consolase en público, por huir la vanidad y soberbia, y el ser estimado de las gentes. La virtud, cuanto más procura crecer en los ojos de Dios, tanto más recela sus frutos de la vista de los hombres, que como llenos de malos humores, suelen ojearla y marchitarla, ó con alguna alabanza lisonjera, ó con otro aire, de los que suele admitir nuestro propio amor, para destruirnos con algún espíritu de soberbia, si no llevamos siempre la senda de la humildad en las manos de nuestras obras.

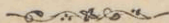
Cuando le pedían en alguna necesidad lo encomendase á Dios, aunque acudía á hacerlo con caridad, respondía: *Que á Dios se había de pedir el remedio, y á Dios se había de agradecer.* Si tal vez comunicaba con alguna persona los favores que el Señor le hacía, le decía: *Mire, que esto que le digo, no es para que lo refiera á nadie, porque doyme á Dios, que si lo dice, me tengo de enojar y no le he de decir otras cosas semejantes.*

Cuando algunos referían sus virtudes y penitencias, ó los favores que le hacía nuestro Señor, por haberlo sabido de otras personas, que trataban y vivían dentro del hospital, les respondía: *Que no creyesen nada de lo que decían sus hermanos, porque eran unos habladores;* y en estas ocasiones se airaba y encolerizaba contra ellos, porque veía que descubrían estas cosas, que como era tan humilde, lo sentía con grande exceso.

Parece que quería Dios tener en su siervo un ejemplo de virtudes en la tierra, para que ninguno se cansase de seguir las, habiéndolas visto en él tan á la clara.

Resplandecía en el humilde varón con tanta claridad cualquiera de las virtudes, que cuando se consideraba cada una, llamaban las demás la consideración con su resplandor sobrado.

No había regalo para su corazón como entender que merecía ser desterrado de la compañía de todos. Sentía con verdadero afecto de santo, la estimación que de él algunos hacían, y afrentábase con mayor corrimiento de las honras, que cualquiera honrado de las afrentas. Ponía los ojos en sus pecados y parecíale poco todo el infierno para sus castigos.



CAPÍTULO XXIX.

DE SU GRANDE HUMILDAD NACÍA LA COMPOSICIÓN DE SU EXTERIOR.—
SU MODESTIA EN LA VISTA, EN LAS PALABRAS Y EN LAS ACCIONES.

Era tan profunda su humildad, que cuando andaba por las calles, siempre iba inclinado, y mirando al suelo, sin poner los ojos en ninguno de los que pasaban, porque siempre estaba su alma en oración, y no podía atender á otra cosa, que á Dios, que estaba presente. Aunque algunas personas, amigos y devotos suyos, reparaban en este modo de andar, pareciéndoles, y juzgando ser descortesía el no mirarlos ni hablarlos; después que atentamente reparaban en la humildad del siervo de Dios, todo lo atribuían á singular virtud suya, y así por las calles no miraba ni hablaba, sino solamente á quien le llamaba por su nombre, ó se llegaba á él y le tiraba del hábito, y esta fué una de las cosas con que edificó mucho aquella ciudad. Lo más seguro es andar con llaneza cristiana y limpieza en el corazón; que quien este paso lleva, las mismas ocasiones le dirán lo que ha de hacer, sin que la virtud se ofenda, ni la crianza se pierda. Sobremanera importa la honestidad en la vista, como en su regla enseña San Agustín, porque los ojos curiosos y frecuentes, corren riesgos de menos honestidad, y significan la poca del corazón.

De la mortificación de sus pasiones, procedía la composición tan admirable de su exterior, que se causa de todos

los sentidos y partes de afuera; porque de tal suerte y con tal modestia y compostura andaba, que le era ya como cosa natural el traerlos reprimidos y sujetos. De aquí es, que estando todo absorto en espíritu, la esperanza enderezaba á Dios, la memoria ocupada en la consideración de las cosas celestiales, viendo no veía; oyendo no oía, ni percibía con el gusto sabor alguno. En toda su persona no se hallaba cosa que pudiese ofender, ni que no edificase á los que le miraban. Tal era la serenidad de su rostro, la modestia de su hábito, la mesura y la medida de sus pasos, y la honestidad de sus ojos.



CAPITULO XXX.

DE SU CONTINUA Y ÁSPERA PENITENCIA.— RIGORES DE SU VESTIDO Y CAMA.—SUS CILICIOS, SUS VIGILIAS Y SUS EMPLEOS ESPIRITUALES.

La vida del siervo de Dios fué una continua y áspera penitencia, y comenzó á ejecutarla en su niñez, como está dicho. No hablo ahora de sus abstinencias y ayunos, porque de ellos dejo ya escrito capítulo particular.

Después de su llamamiento y conversión, traía siempre cilicios de cerda, de esparto, de cordeles, nudos y cadenillas de hierro, sogas al cuello y cintura, todo á raíz de las carnes. A este punto llegó su odio contra la suya: los amigos de ella por verse libres de la fuerza de estos ejemplos, dicen unos, que no son para imitar, sino para venerar: otros, que son fáciles para los que se hacen á ellos: aquéllos pecan de pusilánimes, éstos de ignorantes, por no entender, que á la acción corporal, que nace del espíritu, siempre se opone la carne y sale vencedora, cuando no hay amor ferventísimo de Dios, como lo era el de este esforzado guerrero.

Si la aspereza del hábito fuera cosa de poca estimación, ni la Escritura la ponderara en Elías, ni Cristo Señor nuestro la alabara tanto en el Bautista. En esta parte fué el siervo de Dios ejemplo ilustre al mundo: jamás vistió lienzo, sino tan solamente el hábito de gerga basta y dura, y una túnica interior de gerga más basta. Andaba sin zapa-

tos, sin calzas ni sombrero, y jamás usó de nada de esto desde el día de su conversión, aunque fuese muy riguroso el invierno ó el verano, andando todos los temporales pidiendo limosna para sus pobres enfermos, sin que se lo estorbase su complexión, gastada con tantas penitencias, caminando por los campos, por sierras, á la inclemencia del sol, del aire y del fuego, porque siempre estaba Dios en él, que le daba fuerzas para todo.

De andar siempre descalzo, traía grandes grietas abiertas en los pies; ni había camino ni herida que le cansase, cuando se acordaba del particularísimo dolor, que fué para los pies de Cristo, quedar por los empeines atravesados en la Cruz con un riguroso clavo. Con tantas veras tomó este ejercicio de andar descalzo, el pie desnudo por tierra, que sano ni enfermo, no se puso jamás cosa alguna en los pies, aunque fuese en tiempos de hielos, de aguas y de nieves, en casa y fuera de ella, ni por los caminos de sierra, ásperos y largos, y en este extremo perseveró hasta la última enfermedad, que acabó su bienaventurada vida. Si no tuviera el espíritu encendido y abrasado en el amor de Dios, no fuera posible resistir á tantos contrarios; pero los fríos y los hielos, no pudieron apagar su encendida caridad.

Su cama constaba tan solamente de unas tablas, un canto por cabecera y una manta que le cubría, sin otra cosa alguna. Muchas noches pasaba arrimado á un rincón del aposento, y sentado en el suelo, usando poco aún de aquella áspera cama, por ser su oración y ejercicios largos. Cuando iba á Carmona á visitar á sus parientes ó á otras personas fuera de Jerez, le hacían cama para que durmiese y descansase; pero él jamás la aceptó ni quiso dormir en ella; antes prevenía una tabla, ó dormía sobre una arca, con un canto por cabecera y así pasaba toda la noche.

Dormía poco, porque lo más del tiempo se le pasaba en oración; y madrugaba siempre, conforme á la disposición

de los tiempos, de verano ó de invierno, dos ó tres horas antes que amaneciese, y se ponía en oración mental hasta que amanecía: entonces iba con sus compañeros á su ordinaria ocupación del servicio de los pobres. Siempre á prima noche se juntaba con ellos en la iglesia, tenían juntos oración vocal y decían la Salve cantada, á que acudía mucha gente, por estar (como está hoy) en aquella iglesia una imagen de Nuestra Señora de las Angustias, de mucha devoción, de quien el siervo de Dios era devotísimo. Luego que salía la gente, cerraban las puertas de la iglesia, y tenían todos juntos oración mental, en que muchas veces se quedaba arrobado toda la noche, sin poderle sus hermanos apartar del lugar donde estaba de rodillas. Acabada esta oración, iba con los hermanos á cenar ó hacer colación; y acabada, hablaban de cosas del espíritu, y luego visitaban de nuevo sus enfermos, quedando siempre por turno uno que los velase toda la noche. Parece cosa imposible que un cuerpo humano pudiese pasar tantos años con tan poco sueño: la falta de la comida y su perpetua abstinencia eran la causa, y también la costumbre que había adquirido de andar perpetuamente en la presencia de Dios. Aborreía el vicio de mucho dormir, más que la muerte, porque antes ella era medio para unirse con Dios; y solamente el sueño, mientras duraba, le podía apartar de su memoria. Es de tal condición nuestro cuerpo, que con poco se sustenta si le rige bien el espíritu: el alma es quien con nada se satisface, si no es con sólo Dios.



CAPÍTULO XXXI.

DE SUS RIGUROSAS DISCIPLINAS.—ALEGRÍA DE SU SEMBLANTE AL PASO
DE TAN CONTINUAS PENITENCIAS.

Hacía muchas continuas y ásperas disciplinas, tan crueles, que parece que los látigos rigurosos caían sobre alguna piedra ó madero, y no en su propio cuerpo: la medicina para las llagas era renovarlas con nuevos golpes, tomando por remedio la causa del daño; y como encarnizado en sí mismo, y cebado de este doloroso gusto, buscaba siempre nuevos modos de atormentarse. Muchas veces continuaba dentro de una misma noche siete ú ocho disciplinas, en particular en el Adviento, Cuaresma y Semana Santa, y en las necesidades públicas de aquel pueblo, de que se veían muchas veces las paredes llenas de sangre, sin saberse cómo un cuerpo humano podía llevar y continuar tan áspera y rigurosa penitencia.

Cuando había disciplinas en la iglesia de San Francisco, en especial en la Semana Santa, porque acudía allí mucho, se disciplinaba de manera que quedaba todo bañado en sangre. Daba entonces la disciplina á una Elvira Gómez (que lo depone en su declaración), para que se la lavase con gran secreto, previniéndola que no lo dijese á nadie, y que por eso no la lavaba en su hospital.

Solía algunas veces mandar á un hermano del hospital le atase á un poste, y le azotase cruelmente: hacíalo, com-

pelido de su mandato, á quien obedecían los demás como á padre y maestro: lo que no aprovechaban las razones, obraba la obediencia, y el siervo de Dios quedaba azotado, aunque siempre con queja de la flojedad de aquellos brazos, y con santa envidia del rigor de los que azotaron cruelmente á Cristo.

En las necesidades grandes de la ciudad de Jerez, por enfermedades, ó por peste, ó por falta de agua para los campos; en las procesiones que para esto se hacían, salía penitentísimo, vestido de esparto, cubierto de ceniza y con otras santas invenciones de penitencia; y puesto en cruz, con grande clamor y lágrimas, decía y repetía muchas veces: *Penitencia, penitencia*; con que el pueblo quedaba compungido y edificado; y por las oraciones del siervo de Dios, cesaban las enfermedades y esterilidades, y esto se veía muchas veces.

Con todas estas penitencias jamás estaba contento, pareciéndole poco todo lo que obraba, porque había gran intervalo entre lo que podían sus fuerzas á lo que pedían sus ansias. No perdonó á crueldad de cuantas pudo alcanzar, que no la ejecutase en sí mismo; mas si bien el cuerpo sentía su daño, el alma quedaba con grande satisfacción de que el Señor se había agradado de la intención y recibido con gusto su sacrificio, el cual le preservaba por particular gracia suya de la muerte, para que dejase ejemplo á sus hijos, apenas imitable de tan flaca fe como la nuestra, aunque hacedero y posible para una tan viva como la suya.

Siendo su modo de vida tan áspero y penitente, lo pasaba con una alegría extraordinaria; muestras ciertas del espíritu fervoroso que tenía en el servicio de nuestro Señor, á quien tanto amaba. Admiraba, que tratándose tan mal y con tantas penitencias de comida, vestido, desvelo y disciplinas, trajese tan hermoso rostro, que parecía se regalaba mucho; mas puede tanto la gracia de Dios, que por camino contrario al del regalo de la naturaleza, la deja

mejor perfeccionada. Suelen apetecer los hombres regalos en la vida, la blandura del lienzo, las comidas de carne y la cama descansada, y con todo esto nunca se ven libres de achaques ni de enfermedades; pero los siervos de Dios vistiendo lana, comiendo mal, durmiendo sobre una tabla, tienen más fuerza y salud que si con todo regalo la procurasen. Parecían intolerables los trabajos que este siervo de Dios padecía, y con todo tenía fuerzas para continuarlos.



CAPITULO XXXII.

FLORECE ADMIRABLEMENTE EN LA VIRTUD DE LA PACIENCIA Y MORTIFICACIÓN DE SUS PASIONES.—ALCANZA NOTABLES FAVORES DEL CIELO EN EL SUFRIMIENTO DE LAS INJURIAS.

Resplandeció admirablemente el siervo de Dios en la virtud de la paciencia y mortificación de sus pasiones; y de tal manera, que ninguna cosa, por adversa que fuese, le perturbaba la paz de su alma. Así sufría las persecuciones, contradicciones y murmuraciones, que no sólo no se defendía, mas antes á los que le perseguían trataba con amor y afabilidad. Decía á los que querían volver por él, que no le quitasen su corona, que mejor le conocían los que así le trataban, que no ellos. Todas sus injurias convertía en el oro fino de su caridad encendida, donde aun la vil escoria de la murmuración se vuelve fineza de amor de Dios, padeciéndola por el que lanzando demonios, oyó el temerario y sacrílego juicio de los que dijeron, que en virtud de Belcebú, su príncipe, los desterraba de los cuerpos humanos (1).

Jamás se turbó en las persecuciones, trabajos é injurias que recibió, que fueron muchas en el discurso de su vida, en particular en la reducción de los hospitales: siempre las

(1) Quidam autem ex eis dixerunt: In Beelzebub principe dæmoniorum, ejicit dæmonia. Luc., cap. XI, v. 15.

sufrió con alegre corazón y rostro de paz; porque en la interior que poseía, tenía rendidas las pasiones y no daba lugar á la turbación. Sabía, que padecer cualquiera injuria por Cristo, se debe preferir á las demás asperezas, aunque sean iguales á las de los mayores santos. Las penitencias se pueden dejar sin pecado; pero la impaciencia no se puede tener sin culpa: aunque le reprendiesen, no se excusaba; dejábase culpar y cargar; que en las cosas que tocan á nuestro particular (cuando no se atraviesa el bien común), como somos hombres, y de ordinario jueces apasionados, es sano consejo recusarnos á nosotros mismos y sufrir sin defendernos, que si la defensa es para edificar la gente, ninguna cosa da más ejemplo que la paciencia en las propias injurias.

El demonio incitaba á muchos para que le injuriasen, y nuestro Señor lo daba á entender á su siervo, y se holgaba que venciese Dios por él á sus enemigos é injuriadores; y queriendo muchas personas volver por su causa, les rogaba que le dejasen y no le quitasen el mérito de sufrir injurias por Dios. Estaba un día en oración en grandes amores y coloquios con el Señor en su alma; allí sintió que algunas personas estaban murmurando de él: de borracho y de codicioso le trataban, y con otras injurias á este tono. El Señor le consolaba y le decía: *Juan, mira lo mucho que hice por tí, pues te redimí, dando mi vida con excesivo amor por los amores de tu alma, y considera cuál me paró el mundo.* Dióle á entender lo que padeció por salvarle, y los vituperios y afrentas que á su Divina Majestad dijeron. Quedó con esto tan consolada su alma, que siempre deseaba más injurias que sufrir.

Estaba un día en la iglesia de San Francisco, y comulgó en su capilla, donde solía comulgar á menudo: después de haberlo hecho entonces, se quedó suspenso y elevado en éxtasis en la oración por mucho tiempo, en el cual llovió mucho; y habiendo vuelto del rapto, se quiso ir á su hospi-

tal: salió de la iglesia, y pasado el cementerio (1), en llegando á la puerta de la calle larga que llaman de la Lancería, toda iba llena de agua: por esta causa estaba á la puerta de la iglesia mucha gente detenida y el siervo de Dios se detuvo también, aguardando á que el agua pasase, porque se había juntado tanta, que la calle venía llena, como suele suceder cuando llueve mucho, porque coge diferentes avenidas. Unos mozos, que allí se hallaban, así como vieron salir al siervo de Dios tan encendido, (incendio del fervoroso amor de Dios, que le había sobrevenido en la oración) y también porque siempre traía la cara alegre, por ser hermoso de rostro, empezaron á tratarle mal de palabras, y á decirle: *Miren qué colores trae Juan Pecador; á fe que debe haber almorzado bien.* Otros decían: *Este, aunque anda descalzo, más cierto es tener su amiga, que cada uno de nosotros; y quién sabe si viene ahora de allá?* Estaban unas mujeres presentes y respondieron por él, que callaba: *Ah hermanos, (dijeron) á un hombre justo como éste tratáis de esa manera?* A esto respondió uno: *Este es justo? justo sea él del diablo.* Juan Pecador por no dar más materia de ofensas de Dios, y deseoso de irse á su hospital, más por socorrer á sus enfermos, que por huir aquellos baldones, quiso pasar el arroyo metiéndose por el agua. Mas queriendo Dios mostrar lo poco que merecían aquellas injurias y confundir á los que las decían, todos los que estaban presentes le vieron levantado en el aire pasar de la otra parte sin tocar en el agua, hasta llegar á su hospital, que está algo distante de San Francisco, de que todos quedaron admirados, y los mozuelos confusos, dando muchas gracias á nuestro Señor por las mercedes que hacía á su bendito siervo.

Otra vez, habiendo estado toda una noche requebrando-

(1) Este cementerio estaba en el llano que por estar delante y pertenecer al convento de los Observantes, aún se llama patio de San Francisco.

se con Dios y Dios con su alma, saliendo de su casa de madrugada á San Francisco, como tenía de costumbre, casi á la puerta de su casa estaban dos mancebos como medio durmiendo en la calle: como le vieron, empezaron á deshonrarle, diciéndole: *Cuál sale el Padre harto de vino: habrá metido diez ó doce docenas de buñuelos en su cuerpo, é irá bien borracho*. Pasaban dos mujeres, y viendo que no respondía palabra á tantas injurias, los reprendieron y dijeron: *Siervo de Dios es éste*. Respondieron los hombres: *Siervo del diablo es él*; y reparando todos en él, le vieron en un punto alto de tierra tres varas, y de esta manera pasó con gran ligereza toda la calle. Los hombres echaron á correr asombrados de ver lo que había pasado, y llegando las mujeres á San Francisco, le hallaron ya en la iglesia. Preguntáronle de dónde ó cómo había venido. Y respondió el siervo de Dios: *De mi casa vengo, que Dios nuestro Señor me trajo; pero el cómo vine yo, no lo sé decir*. Tan de contado le pagaba Dios el sufrimiento de las injurias. Referiré en el capítulo siguiente otros casos de su paciencia.



CAPÍTULO XXXIII.

OTROS DIFERENTES EJEMPLOS DE LA PACIENCIA Y REPOSO DEL SIERVO
DE DIOS, EN LAS INJURIAS Y DESPRECIOS CON QUE ALGUNOS LE
TRATARON.

Estaba un día en la sacristía de la iglesia de su hospital un clérigo revistiéndose para decir Misa, llamado Diego Granado, á quien el hospital pagaba un censo de cierta capellanía, que servía en él. Entró el siervo de Dios á oír Misa, y el clérigo dejado de la mano de Dios, ó incitado por el demonio, le dijo: *Que por qué no le pagaba el dinero que le debía?* Y respondiendo el siervo de Dios: *Que en viniendo el Mayordomo, se haría la cuenta y le pagarían;* le respondió muchas palabras injuriosas, llamándole pícaro, infame, burlador y otras injurias, habiéndose encolerizado de manera, que estuvo á pique de ponerle las manos. No se turbó, ni se alteró el siervo de Dios á todas ellas; pero acudiendo á las voces del clérigo el hermano Fray Pedro Egypciaco, que era sacristán, y estando en la iglesia oyó las voces, entró en la sacristía á volver por su Padre: mas él, como perfecto imitador de la mansedumbre de Cristo, que en caso semejante, cuando sus discípulos con celo tal querían hacer que bajase fuego del cielo sobre Samaria, les sosegó, diciendo: *No sabéis qué espíritu tenéis.* Volvió contra Fray Pedro Egypciaco, y le dijo: *Hermano, hermano, así se ha de hablar al Sr. D. Diego? Dice muy bien, y*

otros mayores males hay en mí, que soy gran pecador; y pues, hermano, no ha sabido su caridad sufrir, váyase á la iglesia, hínquese de rodillas, y diga en penitencia tres Salves á Nuestra Señora, con mucha devoción. El clérigo con esta demostración de paciencia, quedó admirado y confuso, y se echó á los pies del siervo de Dios y le pidió perdón, y se confesó luego y dijo Misa en presencia suya. Tuvo el siervo de Dios aquel día por dichoso, por haberle dado nuestro Señor en él materia de merecimiento, y de allí adelante quedaron el clérigo y él particulares amigos, y de ordinario acudía al hospital, y á prima noche á la iglesia, cuando se decía la Salve.

Caminando una vez por el Arenal, se llegó á él un escribano de la misma ciudad de Jerez, y le dijo algunas palabras mal sonantes, en que probó bien su paciencia. No dió otra respuesta á tantas injurias, que la de echarse á los pies del ofensor y besárselos, vertiendo gran copia de lágrimas, sin decir otra palabra, sino: *Amado sea el Señor.*

Muchas personas de vida perdida le dijeron en diferentes ocasiones: *Miren cuál va el hermano Juan Pecador; á fe que el cerviguillo no es de ayunos; cómese las gallinas y da los huesos á los enfermos.* Oíalo y se reía, sin responder palabra, porque jamás la ira le pudo sacar alguna de impaciencia, ni de queja. Ocasiones tuvo muchas y grandes, pero en todas se mostró su virtud. Poca gracia es el que tiene paciencia, no teniendo ocasión para perderla. Ni lleva victoria el que no se ve con los enemigos, ni merece alabanza de callado, el que nunca tuvo ocasiones para hablar con razón.

En una ocasión entró en el hospital riéndose, y preguntándole Diego Dávila, que se hallaba allí retraído: *De qué se ríe, hermano Juan?* Le respondió: *De que unos hermanitos me dijeron: Este es Juan Pecador, qué gran cerviguillo lleva el bellaco; y como tienen tanta razón en lo que dicen, me ha dado este contento.* Cuando otros le llamaban

Juan Pecador, solía decir con santo reposo: *Entienden que me llamo así y por eso me lo dicen, no me espanto*. De suerte, que en medio de las injurias, era de ver la paciencia, silencio y resignación con que las llevaba, imitando al cordero de Dios, de quien dice Jeremías, que enmudecía en presencia de quien le trasquilaba. Su paciencia y su humildad, fueron célebres en éstas y en semejantes ocasiones, sin que nadie entendiese sus tribulaciones, fuera de los que trataban lo interior de su alma; y lo más es, que no cesaba un punto de sus devotos ejercicios. Finalmente, dió el Señor á su siervo, como á otro Ezechiél, un corazón fuerte para contrastar y padecer las sinrazones y agravios de sus adversarios. Probaron su paciencia admirable terribles golpes, durísimos encuentros, y de todo le sacó Dios con sufrimiento. Procedía esto, de que le hizo sumamente humilde y señor de sus pasiones; y con estas ricas prendas era querido y amado del mismo Dios y de los hombres.



CAPITULO XXXIV.

DE TODAS LAS VIRTUDES REFERIDAS LE RESULTÓ LA PAZ INTERIOR, EL
SOSIEGO DE SU ALMA Y SU CONTINUA PRESENCIA DE DIOS.

Con tantas y tan señaladas virtudes, había ganado una paz interior y un sosiego del alma, tan grande, que ninguna cosa le divertía ni apartaba de su regalo y unión interior con Dios. Estaba, como deseaban los estoicos al que hubiese de merecer el nombre de filósofo, tan recio y firme, que aunque se cayese el mundo de un golpe, no le causase asombro ni espanto. Todo consideraba que le sucedía por la voluntad de Dios, y con esto ningún suceso extrañaba. Tal era la continua paz interior entre el alma y las potencias de ella, que los sentidos exteriores la mostraban. Andaba siempre alegre y de una pacífica y agradable condición y tan consolado, que parecía gozaba de la presencia de Dios en su alma, y siempre andaba hablando con él y alabándole, que es lo que los ángeles y bienaventurados hacen en el cielo.

Con el uso largo de sus virtuosos ejercicios, tenía ya rendida la carne al espíritu, gozando de tanta quietud, que desde la vida presente, parecía que hacía salva á la paz de la venidera. Había adquirido una simplicidad tan llana, que no solamente no presumía malicia, pero ni aun significaba que la entendía. Así vino á experimentar en esta vida un estado felicísimo, en que pusieron los santos, con justa ra-

zón, la bienaventuranza de ella, sujetándose totalmente á Dios, y rindiéndose á su voluntad, mediante la virtud de la prudencia; de manera, que la razón mandaba, y los sentidos y pasiones obedecían á sus órdenes y preceptos; y no como quiera, sino con tal gusto, que casi no había alboroto ni rebeldía entre ellas, sino que los movimientos del alma hechos á una, gustaban de que fuese agradable la voluntad á la razón. Parecía en alguna manera que había obrado Dios con su siervo lo que con nuestros primeros padres en el estado de la inocencia.

Ninguna de sus muchas ocupaciones y penitencias, pudieron jamás quebrarle el hilo de su presencia de Dios, alterar le la paz, ni obligarle á palabra ó semblante de sentimiento; porque si oía, no oía; si veía, no veía; si respondía, no hablaba; si hablaba, no se levantaba de los pies del Señor, y aquello poco, que las ocupaciones le quitaban ó el fervor en el amor entre día, lo restauraba de noche; cuando á sus solas, á su placer y á sus anchuras, derramaba su corazón delante de Dios, no en oraciones compuestas, no en discursos estudiados, sino en atención amorosa más sabia que toda la elocuencia.

Mostraba por esto la alegría y paz que tenía en su alma, y parecía cosa de milagro, que un hombre de tantas ocupaciones y que tanto trabajaba y tanta penitencia hacía, anduviese continuamente tan alegre, que jamás se le viese género de desconsuelo, ni que faltase un punto en sus santas correspondencias. Alegrábanse todos cuando le veían, porque estaban enterados de que con la alegría de su corazón, reinaba la verdadera santidad, que son cosas de que pocas veces tiene satisfacción el vulgo, que andan juntas; porque la malicia de nuestros tiempos, pone á la afabilidad nombre de licencia, y aun usándola demasiadamente algunos, la llaman libertad; y á la composición virtuosa, bautizan atrevidamente por hipocresía.

CAPITULO XXXV.

DEL GRAN CRÉDITO QUE GRANGEÓ EL SIERVO DE DIOS EN LA CIUDAD DE JEREZ Y EN TODA LA ANDALUCÍA POR SUS VIRTUDES.—FRUTOS DE SU PROTECCIÓN Y CONSEJOS.

Mediante la pureza de costumbres del siervo de Dios, las penitencias ásperas y continuadas que hacía, su mortificación y actos de caridad fervorosa, en que de continuo se ocupaba, el gozo y alegría con que servía al Señor, y á sus prójimos, fué habido, tenido y comúnmente reputado, así en la ciudad de Jerez como en los lugares de su comarca, y en toda la Andalucía por hombre angélico y santo. Como tal, era estimado, venerado de todos y en particular de los señores y personas más principales y graves de aquella ciudad y provincia, procurando á porfía tenerle obligado con limosnas y beneficios.

Recibíanle muchos por compadre, porque apadrinase á sus hijos en el Bautismo, que con esto estaban consolados, pareciéndoles serían virtuosos por las oraciones y virtudes de su padrino. Hízolo así el duque de Medina Sidonia, el conde de Villa-Franca, D. Pedro de Toledo y otros muchos señores y títulos de los lugares circunvecinos á la ciudad de Jerez y otros más remotos. Tenían tanta fe con él, que le enviaban á llamar de sus lugares solamente para esto. En Jerez no le nacía á caballero (y lo mismo hacían los demás) hijo, que no le sacase de pila: y decían comúnmente,

que con las oraciones del padrino, los ahijados serían virtuosos y santos.

Otros muchos señores y personas principales, le fiaban las cosas más importantes de sus conciencias. Así lo hizo el Cardenal de Castro, Arzobispo de Sevilla, que como se ha dicho, le encargó la administración de los hospitales, que se redujeron en la ciudad de Jerez, porque se fiaban todos mucho de su gran virtud y diligencia, de la luz que Dios le daba, y del bueno y acertado gobierno que en todas las cosas tenía, con particular asistencia de Dios y sabiduría del cielo. También el mismo duque de Medina Sidonia le encargó la administración de su hospital de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, el cual administran hoy religiosos de su Orden (1). De otros muchos hospitales fomentó las fundaciones en la comarca de la ciudad de Jerez, y en todos se contentaban con tener compañeros y discípulos suyos, pareciéndoles que participarían de la virtud de su maestro (2).

Ganó tanta opinión de virtud en toda la Andalucía, que creciendo con ella la devoción y satisfacción, se decía pú-

(1) Existía en Sanlúcar de Barrameda un hospital, fundación del Duque de Medina Sidonia, quien deseando fomentarlo, pues se hallaba muy decaído, lo entregó en 1585 al B. Juan, su grande amigo, el cual, habiendo tomado posesión en nombre de la Orden, dejó por hermano mayor á Fr. Alonso Izquierdo, á quien ya hemos mencionado en la nota 4.^a del capítulo VIII. Este hospital con su iglesia, hoy convertido en bodega, estuvo situado en la calle de la Misericordia, esquina á la de Dorantes y muy cerca del santuario de Nuestra Señora de la Caridad.

(2) Aunque el autor hace referencia á muchos hospitales, no tenemos datos sino del de Sanlúcar y del de Villamartín. Tenía esta villa uno poco menos que abandonado, y teniendo noticias de la idoneidad y caritativas acciones del B. Juan, le suplicó que tomando el cuidado de él, lo levantase. En 1587, tomó posesión agregándolo á la Orden, nombrando por hermano mayor á su discípulo y compañero Fr. Alonso Durán ya citado. La villa recibió con mucho entusiasmo esta fundación, levantando un nuevo y capaz edificio é iglesia dedicada á la Purísima Concepción, á cuya imagen profesaban gran devoción todos los vecinos. Estuvo situado en la calle de la Concepción, y hoy está convertido en ruinas.

blicamente que ninguno había en aquel tiempo ni más virtuoso ni más santo.

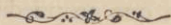
Notable es el suceso que tuvo en Jaén, para prueba del crédito que con todos tenía. El Padre Maestro Salucio, de la Orden de Santo Domingo, y grande predicador de Andalucía, solía afirmar muchas veces ser tanta la fe que tenía con el siervo de Dios, que estando un día de Nuestra Señora de Agosto en la ciudad de Jaén, predicando en una plaza junto á la Iglesia Mayor, donde se enseña aquel día la Santa Verónica, y reconociéndole desde el púlpito, había parado con el sermón un rato mirándole; y volviendo á proseguir, dijo al auditorio, que le estaba oyendo: *Hombres, ya que habéis venido aquí á ver la Santa Verónica, dad por bien empleada la jornada, pues veréis á un hombre que es santo* (señalando al siervo de Dios Juan Pecador); y dijo tantas alabanzas suyas, que la gente arremetió con él, y le quitaban el hábito á pedazos para tenerle por reliquias; y que cargó tanta sobre él, que casi le dejaron desnudo, y le ahogaban, y fué necesario bajarse del púlpito el padre Salucio, que esto refería, á favorecerle, como lo hizo, para librarle de la gente que cargaba sobre él. Esto contaba muchas veces el referido Padre Maestro Salucio, persona de tanto crédito como merecieron sus letras y virtudes.

De este crédito procedía, que todos procuraban su parecer y consejo en las ocurrencias que se les ofrecían; y en el que á todos en todo daba, descubría gran talento, como si hubiera sido versado en los libros.

Jamás dijo ni aconsejó cosa que no fuese la verdad y la buena disposición de lo que se le preguntaba; y esto lo hacía, procurando con mucha humildad ocultar la sabiduría y luz que Dios le daba, de que los hombres más doctos y letrados quedaban llenos de espanto y de admiración.

Enseñaba el camino de la perfección á los que le pre-

guntaban, y su lenguaje, aunque no era curioso ni elegante, era suave y eficaz. Llevaban sus palabras grande peso de sentencias y fuerza de persuasión. Los que le oían temblaban en su presencia: compungíanse con el sentimiento de sus culpas, y aunque tuviesen corazones de piedra, se ablandaban con el fuego de la caridad de Dios que en su ministro conocían.



CAPÍTULO XXXVI.

PROCURA EL DEMONIO DESACREDITARLE, MAS EN VANO. — REFIÉRENSE DOS CASOS NOTABLES, EN QUE CON EL FAVOR DEL CIELO LE DEJÓ VENCIDO.

Cuando el demonio no puede quitar la fama de los buenos, porque los que lo son están sordos para oír murmuraciones, conténtase con dar un asalto á la paciencia y desportillar sus muros, ya que no pueda derribarlos. Al contrario, cuando el corazón del justo, por estar escondido con Cristo en Dios, no se descompone, se huelga el demonio de que algún desalmado dé crédito á la mentirosa infamia, pensando desacreditar la virtud, por desacreditar á los virtuosos. Pero el Padre de las lumbres y Dios de la verdad, saca con estos oscuros más luz, para que se conozcan los vivos colores de las virtudes que matizan el alma.

Notables fueron los combates que el demonio dió al siervo de Dios para desacreditarle con el mundo, de que referiré dos más singulares. Pasando cierto día por las puertas de las Recoletas, que llaman de la Misericordia, estaba un pobre llagado y asqueroso. Este, viendo al siervo de Dios, empezó á decirle muchas injurias, llamándole pícaro embustero, y diciéndole que se comía las gallinas y daba los huesos á los enfermos, y que Dios había de castigar aquella ciudad por consentir en sí á un hombre tan malo. El Licenciado Juan Rendón, administrador de aque-

lla casa, estaba detrás de la puerta oyendo lo que el hombre decía y la paciencia con que el siervo de Dios le escuchaba. Después de haberle oído un rato, y que los circunstantes decían unos á otros: *Cómo calla Juan Pecador? Parece que no tiene que responder á lo que el pobre le dice;* se llegó el siervo de Dios al pobre, y le dijo al oído lo que solamente él oyó, y yo juzgo que le diría, conociendo quién era: *Calle, que tiene mucho por que callar.* Mas fuesen cuales fuesen las palabras, lo cierto es que el pobre, dando un estampido como trueno, desapareció al instante, quedando entendiendo todos que era el demonio, que tomaba aquella figura para desacreditarle.

Estando otro día en su hospital, quiso el demonio hacerle una pesada burla: tomó figura y vestiduras de hombre, y entrando en el hospital, comenzó á deshonorar á los hermanos de él. Juan Pecador, con mucha paciencia, le preguntó que por qué trataba tan mal á los hermanos; que si había sabido de ellos algunas faltas, se las dijese á él para remediarlas. Replicóle: *Que uno de ellos le había vendido un arca y que no le había dado la llave de ella.— ¿Pues por una llave* (respondió el siervo de Dios) *dice tales cosas como esas?* Y todavía el otro continuaba en decir que el hermano era un ladrón. Pidióle el siervo de Dios le dijese dónde vivía y que le llevaría la llave, y respondió, que en unas tiendas de la barbería que estaban en la Corredera, y que era del mismo oficio. Y diciéndole Fray Juan Pecador que luego le llevaría la llave á su casa, se salió el demonio del hospital.

De allí se fué el siervo de Dios á San Francisco á su ordinaria demanda, y el demonio á la plaza del Arenal, donde estaba pidiendo limosna uno de los hermanos del hospital, y le dijo: que otro hermano que en él estaba descalzo, le había deshonorado y dicho que era un ladrón, y otras cosas peores, y que de compasión se lo decía, porque no eran aquellas cosas para pasar por ellas; que si era hombre,

comprase un puñal y le diese de puñaladas, que no le costaría nada, pues sus mismos hermanos encubrirían su delito y quedaría vengado. Hallábase al mismo tiempo en oración Fray Juan Pecador, y en ella le fué revelado que el que había estado en el hospital era el demonio, y todo lo que en consecuencia había persuadido al otro hermano. Con esto se levantó de la oración y fué á buscarle, y le halló tan vencido de la persuasión y tentación del enemigo, que había comprado un puñal para ejecutar lo que le había persuadido. Llegóse el siervo de Dios á él, y le dijo: *¿Cómo está, hermano? ¿Hay mucha limosna?* Y metiendo la mano donde había escondido el puñal, le dijo: *¿Para qué compró este puñal, hermano? Mire que el que le aconsejó que le comprase era el demonio; y para que me crea, venga conmigo.* Llevóle á casa, é hizo que le refiriesen todo lo que había pasado con aquel hombre. Luego le llevó á la barbería, y habiendo hecho muchas diligencias, no hallaron rastro ni noticia de él; con que se vió evidentemente que había sido enredo y embuste del demonio para desacreditar al siervo de Dios, y cuánto su Divina Majestad acudía por el crédito de su virtud. De estos favores se verán muchos en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO XXXVII.

OBRA DIOS VARIAS MARAVILLAS EN CRÉDITO Y POR INTERCESIÓN DE
SU SIERVO.—SOCORRE MILAGROSAMENTE SU HAMBRE.—MULTIPLÍCASELE
EL AGUA, EL TRIGO Y EL DINERO.

Fué al contrario el siervo de Dios asistido de nuestro Señor con muchos y grandes favores que la Divina Majestad le hizo para honrarle y acreditarle, y para desmentir al demonio en el descrédito que le procuraba.

Viniendo un día de la ciudad de Sevilla para la de Jerez, en compañía de Juan Bautista de Baeza, particular amigo y familiar suyo, caminaban hartos cansados, y las cabalgaduras fatigadas de calor y hambre, por no haber hallado que comer, á causa de no dejarlos entrar en los lugares por guardarse de la peste. Era ya tarde, y quejándose Bautista al siervo de Dios de su cansancio y hambre, repentinamente le dijo: *Mire, hermano, que Dios lo remediará, porque allí adelante encontraremos una venta y nos darán de comer para nosotros y para las mulas.* Prosiguieron el camino, y á poco que caminaron, vieron junto á él una casa de paja. Llegaron á ella dando voces, y nadie les respondió; pero entrando, vieron dos panes y un jarro de agua, y á un rincón del aposento paja y cebada. El siervo de Dios dijo á Juan Bautista: *Vea, hermano, como nos ha proveído Dios. Comamos esto, que debe de ser para nosotros.* Habiendo comido y queriendo proseguir la jornada,

volvieron á llamar y buscar la gente, y como no pareció persona alguna, salieron de la posada. A poco rato, volviendo Juan Bautista el rostro, no vió la casa, y lo advirtió al siervo de Dios, el cual le dijo con grande simplicidad: *Mire, cuánto há que la habemos dejado atrás!* De que él quedó tan maravillado, como de ver la prontitud con que el Señor les había socorrido por la intercesión de su siervo; y solía decir, que con llevar tanta hambre y no haber comido más que de aquel pan y bebido de aquella agua, le confortó más que ninguna otra cosa en toda su vida.

Faltó una vez en el hospital el agua, así para los hermanos de él como para los enfermos. Era ya á deshoras de la noche, y se había procurado el remedio por las casas de los vecinos, aunque en vano. Viéndose los hermanos afligidos con los enfermos, que pedían agua, fueron á dar cuenta de esta falta al siervo de Dios, el cual les dijo: *Denme acá un cántaro, que yo iré por el agua.* Mientras se le traían, se puso de rodillas dentro en su celda, y dijo á Dios: *Señor, por quien Vos sois, pues es para vuestros hijos los enfermos, remediad esta necesidad.* Cuando llegaron los hermanos á los cántaros, los hallaron llenos; y juró un criado del hospital por la salvación de su alma, que no había un cuarto de hora que llegando á ellos, apenas tenía una gota de agua cada uno.

Otra vez había limpiado el granero del trigo, y siendo víspera de dos días de fiesta, por ningún dinero se hallaba trigo ni harina, porque había grande falta de ella y estaba á subidísimos precios. Púsose á su ordinaria oración, y le pareció que le dijeron dentro en su alma: *Juan, no tengas pena, que á mi cargo está esa necesidad. Vé al granero y hallarás con que socorrerla.* Bajó el siervo de Dios en confianza suya al granero, y sacó una espuerta y una talega grande de trigo, con que se remedió la necesidad para los dos días de fiesta, con grande admiración de los que habían reconocido la falta.

Andando una noche á pedir limosna para sus pobres, le asaltaron unos ladrones y le quitaron la talega del pan y el dinero de la limosna. Púsose el siervo de Dios de rodillas, dándole muchas gracias por la merced que le había hecho, en que los ladrones se contentasen con aquel solo daño. Y volviendo á su hospital, le salió al encuentro un hombre, que no pudo entender quién era, y le dió cantidad de dinero bastante para que sus pobres comieran al otro día.

Contaba un caballero, que se llamaba D. Agustín Espínola, que estando una tarde junto al siervo de Dios, que estaba en oración, se llegó una mujer á pedirle limosna, y apiadándose mucho de ella, metió las manos en las mangas y no halló que darla, con que la despidió, diciéndola, que perdonase por amor de Dios: la mujer todavía porfiaba que le diese algo; con que se vió obligado (para darla satisfacción) á sacar el bolsillo, en que de ordinario traía las limosnas, para que viese que estaba vacío. Replicó la mujer con importunas instancias, para que la diese limosna; y Fray Juan Pecador, para darla segunda vez satisfacción de que no la tenía, segunda vez sacó el bolsillo para que lo viese, y entonces vió el siervo de Dios, que sonaba dinero en él: abrióle, y halló dentro ocho reales de á ocho. Refería este caballero, que se halló presente á todo, que cuando el siervo de Dios vió la maravilla, volvió con grande sosiego á la mujer, y la dijo: *Hermana, como sois santa, mirad lo que ha hecho Dios. Tampoco yo tenía con que dar de comer á mis pobres: llevaos vos la mitad y yo me quedaré con otra para ellos.* Repartiólos, quedando socorrido para sus pobres y con el favor de la maravilla, que Dios obró para crédito de su virtud.

CAPÍTULO XXXVIII.

REFIÉRENSE OTRAS MARAVILLAS QUE NUESTRO SEÑOR OBRÓ POR INTERCESIÓN DE SU SIERVO.—ALCANZAN SALUD POR SUS ORACIONES ENFERMOS DE DIFERENTES ENFERMEDADES.

Tuvo particular gracia y favor del cielo, en alcanzar por su intercesión salud para los enfermos. Sucediéronle muchos casos en esta materia de curar enfermedades, y referiré algunos que constan de sus Informaciones. Estando una vez en oración y en grandes coloquios con Dios, le dijo el Señor dentro de su alma: *Juan, pídemelo lo que quisieres*. Acordóse entonces, que una enferma devota suya, estaba muy mala de sangre lluvia, y pidió á Dios que la sanase. Parecióle entonces, que le dijo el Señor en su alma, que fuese á visitarla y la hiciese la señal de la Cruz en la frente, invocando el dulcísimo nombre de Jesús, y luego sanaría. Obedeció al interior impulso, y ejecutando lo que por él se le mandaba, al punto quedó la enferma libre del mal que padecía.

Estando un Viernes de la cuaresma mucha gente en el hospital, había entre los demás enfermos uno de gota coral, que no podía estar en la cama y por esa causa le tenían en un carretoncillo. Pensaron unas mujeres, que estaba así aquel enfermo por falta de caridad del siervo de Dios, y empezaron á tratarle mal de palabra, diciendo que quien le daba limosna no era cristiano, que miraran cómo tenía

aquel pobre en un carretón, debiendo tenerle en la cama. Afligióse de la reprensión, que le costó no pocas lágrimas; y luego que se fueron las mujeres, sin duda inspirado de Dios, que quiso consolarle y volver por su crédito, se llegó al carretón, y haciendo la señal de la Cruz en la frente al enfermo, le dijo con santa confianza: *Sana en el nombre de Jesús, y por ruegos de su Santísima Madre*. Al punto se levantó el enfermo sano y bueno, pidiendo su vestido para salir del hospital, como en efecto salió luego libre de tan penosa enfermedad, y el siervo de Dios se fué á su celda á dar gracias á la Divina Majestad por merced tan grande, derramando copiosas lágrimas.

María de Morales, monja, contaba del siervo de Dios, que pasando por una calle, oyó que en cierta casa se hacía grande llanto, y queriendo saber la causa, le dijo una vecina, que lloraba una mujer por un hijo suyo que se le había muerto, y le rogó que entrase á consolarla. Entró, y compadecido de la madre, se llegó al niño y haciéndole la señal de la Cruz, le dijo: *Sana en el nombre de Jesús, y por ruegos de su Santísima Madre*. Y en el mismo punto volvió en sí el niño, y quedó sano y bueno.

Oyendo un día Misa, supo en la oración, que una hija de D.^a Ana Adorno había de estar mala, fué luego á su casa, y preguntándole por la niña, se turbó la madre, y le dijo: *Por qué me pregunta por ella, tenemos algún mal?* Calló á la pregunta, y divirtiendo la plática, se despidió. En el mismo punto dió una gran calentura á un sobrino de D.^a Ana, que luego envió á llamar al siervo de Dios, y le dijo: *Ya sé á lo que vino, hermano, que era á avisarme que en casa había de caer algún enfermo, pues sepa que ya cayó, y es mi sobrino*. Díjole que no había ido á eso, negándolo muchas veces, y se fué. Aquel mismo día dió á la hija una gran calentura: envióle á llamar D.^a Ana, y luego que le vió en su presencia, le riñó con alguna aspereza, por haber ido á su casa á anunciarle la enfermedad

de su hija, y que era mal hecho dejar entrar nadie en su casa á estos santones. *Yo os prometo* (le dijo) *que si no me dais sana á mi hija, que os he de hacer un juego que se os acuerde.* El siervo de Dios, turbado se fué á su casa, y se puso en oración en su celda, donde estuvo tres días arrobado, de manera, que los hermanos le menearon y arrastraron diferentes veces sin volver en sí, y le pusieron otra vez de rodillas como estaba. Un hermano le arrimó á la pared y así estuvo una noche y un día de los tres; al cabo de los cuales, le envió á decir D.^a Ana, que ya su hija estaba buena. Al mismo punto volvió en sí, y dijo: *Es verdad, ya yo lo sé.* Fué luego á dar la norabuena á aquella señora, cuyas amenazas no se encaminaban á otra cosa, que á obligarle á que rogase á Dios por la salud de su hija, porque en su concepto tenía gran crédito su virtud.



CAPÍTULO XXXIX.

ALCANZAN OTROS MUCHOS ENFERMOS PERFECTA SALUD POR INTERCE-
SIÓN Y ORACIONES DEL SIERVO DE DIOS.—REFIÉRENSE CASOS PARTICU-
LARES EN SU COMPROBACIÓN.

Murió en el hospital un enfermo, natural de la villa de Chiclana y dejó unas vacas para ayuda á curar á los pobres enfermos y hacer bien por su alma. No había orden para sacarlas de Chiclana, porque los parientes del difunto lo impedían, diciendo, que allí se habían de hacer los sufragios y repartir las limosnas. Encomendólo á Dios su siervo, y se partió á Chiclana para concluir este negocio. No había en aquel pueblo entonces más que un escribano (cuya autoridad era necesario interviniese en esta causa), y éste estaba mortalmente enfermo. Fué á buscarle á su casa, y le halló acompañado de los que le ayudaban á bien morir, y el enfermo ya no hablaba, y con todo el siervo de Dios entró en el aposento, y le dijo: *Señor, hágame merced de despacharme este papel.* Los que estaban presentes le riñeron y dijeron: *Hermano, ¿no ve que se está muriendo este hombre?* Respondió: *Callen, que espero en Dios que me ha de despachar este negocio, y que esta tarde me he de volver á Jerez;* y quitándose un bonetillo que traía, se lo puso en la cabeza, encomendándole á Dios. Al punto el enfermo quedó bueno y sano, y en la cama hizo el despacho y cobró luego entera salud.

Otro escribano, llamado Hernando de San Miguel, hallándose totalmente sordo, acudió al siervo de Dios y le pidió rogase á nuestro Señor le diese salud, porque para ejercer su oficio había menester oír. Bien sabía el bendito Fray Juan Pecador que no es este sentido el más necesario para este ministerio, porque muchos han dado fe de lo que jamás oyeron; pero condescendiendo á sus ruegos, le hizo la señal de la Cruz en los oídos, y oyó luego bastantemente.

Juan Suárez Careño, vecino de Jerez, (que lo depone en su declaración) estaba en la cama de un gran dolor de cabeza, que le duraba había más de treinta días; entrando á verle el siervo de Dios, le dijo el enfermo: *Padre Juan, por amor de Dios que me ponga las manos en la cabeza, que se me está partiendo más há de treinta días.* Hízolo así; y después de haber estado un breve rato con las manos sobre la cabeza del enfermo, sacó de la manga un dulce y se le dió, diciéndole: *Confío en nuestro Señor, que presto estará bueno Juan.* Al otro día, cuando volvió á verle, le halló bueno y sano y sin dolor alguno, porque aquella misma tarde, así como le puso las manos sobre la cabeza, se le quitó el dolor, y diciéndoselo el enfermo, le respondió: *Hermano, dé muchas gracias á nuestro Señor, y no lo diga á nadie.*

D.^a Elvira Gallegos, mujer de D. Juan Granados, tenía un hijo que se llamaba Nicolás, tan malo de viruelas, que los médicos habían perdido ya las esperanzas de su vida, y había seis ó siete días que no comía. Envió á llamar al siervo de Dios, el cual tomó al niño en sus brazos y le puso unas cuentas que traía en la mano, y dijo á la madre, que estaba muy afligida: *Mire, hermana, calle y tenga confianza en Dios, que antes de tres días ha de ver á su hijo bueno y sano.* Así se cumplió; y antes de salir, ya el niño había empezado á comer. Quedaron todos los de aquella casa admirados de ver tan repentina sanidad, en enfermedad tan peligrosa. De allí adelante fué siempre mejorando el niño,

y antes de tres días estuvo bueno y levantado de la cama, como el siervo de Dios lo había dicho.

D. Juan de Villavicencio y D.^a Ana de Argomedo, su mujer, criaban en su casa á D. Juan Riquelme de Hinojosa, que después vivió en Ronda, caballero de la Orden de Alcántara, hijo de D. Martín de Riquelme. Era muy niño, y se le hizo una haba en la boca encima del paladar, que le iba creciendo, de que estaban todos afligidos en aquella casa, por ser el hijo mayor de la suya y decir los médicos, que sin duda moriría de aquel mal, porque le ahogaría creciéndole más. D.^a Ana, como tan devota del siervo de Dios, le envió á llamar y le dió cuenta de la enfermedad del niño, pidiéndole que le encomendase á Dios, para que la librase y á su padre de la aflicción en que estaban. El siervo de Dios metió al niño un dedo en la boca y luego hizo la señal de la Cruz sobre él, y al instante se le quitó el mal, quedando bueno y sano, y todos sumamente contentos, glorificando á nuestro Señor de las maravillas que obraba por intercesión de su siervo.

Elvira Gómez, vecina de Jerez, estaba muy mala con tabardillo, aletargada. Visitóla el siervo de Dios, (como ella misma depone en su declaración) y sacando un dulce de la manga, se le dió, diciéndola: *Que le comiese y estaría buena*. Así lo hizo; y con haber más de ocho días que no comía, desde luego sintió gran mejoría, y la atribuyó al siervo de Dios, porque tenía gran fe con él.



CAPITULO XL.

ALCANZAN DIFERENTES PERSONAS SUCESIÓN POR SUS ORACIONES, Y
RESTITUYE Á SU JUICIO Á MUCHOS LOCOS.

Fué poderosa también la intercesión del siervo de Dios con la Divina Majestad, para que los casados tuviesen sucesión. Era devoto suyo un caballero principal de Jerez llamado D. Juan Alonso. Él y su mujer vivían descontentos por no tenerla, y la alcanzaron por su intercesión y oraciones. Pidióle otra señora que rogase á Dios le diese hijos, y ofrecióla él haría una novena á San Francisco de Paula, para que con su intercesión los alcanzase. Hízolo así, pero sin esperanza de lo que pedía. Quejóse amorosamente al Santo con estas palabras: *Otros santos que no son tan mis amigos como él, me conceden lo que les pido, y él con ser tan mi amigo y haberme visto nueve días en su casa, no hace por mí una cosa tan justa.* Entonces le pareció que le había echado los brazos el bendito Santo, y díchole, que ya le estaba concedido lo que pedía. Fuese con esta buena nueva á casa de aquella señora, y la dijo: *Sabed, señora, que estáis preñada de dos hijos, mas aunque han de vivir, no se lograrán como se logrará otro que luego nacerá.* De la misma manera que el siervo de Dios lo dijo, se cumplió todo puntualmente.

Tuvo también particular dicha y favor del cielo en alcanzar salud á los locos. Dos veces se le dijo en la oración

que acudiese á las enfermerías, porque había en ellas necesidad de su persona; y habiendo obedecido, halló á dos enfermos frenéticos: hízoles la señal de la cruz en las cabezas y al instante quedaron sanos y restituidos á su juicio. Otra vez le dijo el Señor en la oración: *Juan, vete á tu casa y haz la señal de la cruz, y sanarás á un enfermo invocando el nombre de Jesús;* y nombró al enfermo por su nombre. Obedeció luego, y así que entró en su casa se fué á la enfermería, donde le halló loco y atado. Aplicóle el celestial remedio y quedó sano.

Estando un día el siervo de Dios sentado y tomando un pequeño alivio de su cansancio, pasó por junto á él un novicio, que salía de dar de comer á un loco furioso que estaba metido en el cepo, y le dijo que cuánto mejor sería ir á consolar á aquel pobre loco, que no estarse sentado descansando. Respondióle con grande humildad: *Cierto, hermano, que parece que Dios le ha mandado me reprenda con tanta razón.* Y sin detenerse más se fué á la enfermería, y llegándose al loco, le hizo la señal de la cruz, diciéndole que sanase en el nombre de Jesús y por ruego de su Santísima Madre. Quedó luego el enfermo sano y bueno de su enfermedad, dando muchas gracias á Dios de haberle remediado por la intercesión de su siervo. ¡Oh, Juan, digno de que vivieras hoy! (1)

Bien puede reducirse á la clase de los locos el suceso siguiente. Entró un nuevo corregidor en la ciudad de Jerez, (no dicen los testigos cómo se llamaba), el cual no tenía buena opinión de Fray Juan Pecador. Había dicho muchas veces, que era un embustero, y que tenía gana de cogerle en alguna cosa, por ligera que fuese, para darle cien azotes por las calles. Pasando el siervo de Dios una tarde por la plaza del Arenal, estaba en ella el corregidor y otros caba-

(1) Si tal se expresaba el Ilmo. Mascareñas en el siglo XVII, qué diría si viviera en el nuestro.

llos. El corregidor, así como le vió, empezó á decir mal de él, y que tenía gana de darle cien azotes por embustero, y otras cosas á este tono. Uno de los que estaban con él se apartó de la conversación, y se fué al siervo de Dios, que andaba pidiendo limosna por la misma plaza, y le dijo: *Hermano Juan, mirad por vuestra persona, que el corregidor está mal con vos y dice que tiene gana de azotaros*. Respondió que tenía razón el corregidor, porque él era un mal hombre; pero que si Dios le guardaba, poco se le daba de él. Mas queriendo Dios (á lo que pareció después) mudar en aquel ministro su mala intención y hacerle devoto de su siervo, aquella misma noche le dió una enfermedad, de que en breve llegó á estar desahuciado de los médicos. Llegó á la noticia del Doctor Rendón lo que había pasado, y dijo al siervo de Dios: *Hermano Juan, vaya y visite al corregidor*. Respondióle con grande humildad: *Pues señor, á qué quiere que vaya, si está tan mal conmigo que dice me ha de mandar azotar?* El Doctor Rendón le dijo que fuese, y que se lo mandaba en obediencia, y finalmente, compelido de ella, fué á verle. Luego que entró en casa del corregidor, le dijeron que estaba allí Juan Pecador, y preguntó que á qué venía. Otras personas que se hallaban presentes, le dijeron: *Deje V. que éntre, que es un santo y todos le tenemos por tal*. Dijo al fin que entrase, y entrando el siervo de Dios le preguntó que cómo estaba. El corregidor le respondió que estaba muy malo y que le encomendase á Dios. Díjole su bendito siervo: *Pues señor, confíe en Él, que no ha de ser nada su enfermedad*. Díjole una Salve teniéndole una mano sobre la cabeza; y despidiéndose luego, le volvió á decir: *Hermano corregidor, confíe en Dios que ha de estar bueno, y que para tal día (señalando uno muy en breve en que había grande fiesta en San Francisco) se ha de levantar y hallarse sano y bueno en la procesión de San Francisco*.

El corregidor y los que estaban presentes no hicieron

mucho caso, pareciéndole la enfermedad demasiadamente grave, y el tiempo que señalaba muy corto para estar bueno de ella; pero presto el enfermo experimentó la verdad, porque yéndose el siervo de Dios empezó á decir que se sentía bueno, y llamando á los médicos, le hallaron sin calentura, y desde entonces cobró salud, y vino á hallarse en la fiesta de San Francisco al día señalado, y allí se encontró con el siervo de Dios la primera vez; porque cuando le vió en su enfermedad, al despedirse de él le había dicho que no volverían á verse sino en aquel lugar. El corregidor quedó agradecido al siervo de Dios, y mudó la opinión que había concebido de su virtud, quedando este suceso público en toda la ciudad, y él con el crédito que merecían las maravillas que cada día el Señor por él obraba.



CAPÍTULO XLI.

ILÚSTRALE DIOS ADMIRABLEMENTE CON EL ESPÍRITU DE PROFECÍA.—
REFIÉRENSE ALGUNOS CASOS EN QUE PREDIJO SUCESOS FUTUROS.

Una de las cosas más particulares en que se conoce ser un hombre de Dios, es en decir las cosas venideras con espíritu de profecía. Regaló Dios á Fray Juan Pecador con este conocimiento, porque no careciese su alabanza de lo que merece este favor. Dijo este santo varón muchas cosas, tiempo antes que sucediesen, las cuales después fueron confirmadas con los sucesos. Veíalas ocultas y apartadas de los sentidos: sabía otras venideras, como si ya hubieran sucedido; y las que se hacían en ausencia suya como si estuviera presente. Algunos de los casos referidos en los capítulos antecedentes, se pudieran reducir á su espíritu de profecía; pero no faltan otros que puedan llenar este capítulo y los siguientes.

En la toma de la ciudad de Cádiz, que fué el año 1597, los ingleses que la saquearon, entre otros caballeros españoles que hicieron prisioneros, llevaron á D. Francisco Ponce de León, marido de D.^a Beatriz de Vargas. Esta señora, como tan devota del siervo de Dios, fué á buscarle con grande aflicción y le dijo, que le encomendase á nuestro Señor á D. Francisco, que le habían llevado cautivo. Respondiéndola: *Confíe en Dios que volverá á verle libre y bueno, aunque ahora bien malo va en el navío; y por más*

señas que lleva un lienzo apretado en la cabeza. El día de Nuestra Señora de la O (que es á 18 de Diciembre) del mismo año, por la mañana envió con el hermano Fray Pedro Egypciaco á decir á D.^a Beatriz, que se alegrase, que ya su marido estaba libre. Pero como después tardase mucho, le reconvinó, diciéndole: *Hermano Juan, ¿cómo no viene nuestro preso?* Respondió: *No lo sé; él ya está libre; tendrá que hacer algo por allá.*

El primero de Abril del año siguiente de 1598, llegó D. Francisco Ponce de León libre de la prisión; y preguntándosele cuándo había sido efectuada su libertad, dijo que la víspera de Nuestra Señora de la O del año pasado de 97, y que había estado aguardando á que un pariente suyo que también estaba prisionero, consiguiese su libertad para venirse juntos, como lo hicieron; de modo, que la propia noche que alcanzó libertad D. Francisco, lo supo el siervo de Dios en la oración. Contestó también en haber ido malo en el navío, y con un lienzo apretado en la cabeza, en la misma forma que el siervo de Dios lo dijo.

Cuando el duque de Medina Sidonia fué á la jornada grande de Inglaterra, se hacía en la ciudad de Jerez un novenario por el buen suceso de su armada. Un día de los nueve, estando los dos cabildos, eclesiástico y seglar, en el convento de San Francisco, donde se celebraba el novenario, predicaba el padre Fray Luis de Morales, guardián del mismo convento, y estaba Fray Juan Pecador de rodillas arrobado. A la mitad del sermón se cayó el siervo de Dios de su estado, dando un grande grito y mostrando en su semblante gran tristeza; y aunque entonces no dijo cosa alguna, todos los que se hallaban presentes lo tuvieron á mala señal. Dentro de pocos días llegó nueva de cómo la armada y gente que había ido en aquella jornada con el duque, se había perdido. Luego divulgó el confesor del siervo de Dios, cómo el Señor le había revelado aquella pérdida el día que se había caído de su estado en

San Francisco; y así fué el caso muy público en aquella ciudad (1).

A D.^a Luisa Gallegos le llegaron nuevas de que había muerto D. Juan de Granados Gallegos, su marido, que se hallaba ausente, y no faltó persona que dijo se había hallado en su entierro. Acudió ella (así lo depone en su declaración) al siervo de Dios con grande aflicción, el cual le dijo: *Calle, hermana, que sano está y bueno su marido, y antes de tres días vendrá á su casa con salud.* A los dos días fué á casa de la misma señora el siervo de Dios, y le volvió á decir lo mismo que la había dicho, añadiéndola: *Mañana le verá venir.* Así sucedió, que al amanecer llamaron á la puerta, y acudiendo D.^a Luisa, vió que su marido era el que llamaba, el cual entró en su casa sano y bueno, sin haber tenido mal alguno.

(1) El desastroso fin de la célebre Armada que aprestó contra Inglaterra el gran Felipe II, aconteció en el verano de 1588.



CAPÍTULO XLII.

OTROS SUCESOS QUE COMPROBARON EL ESPÍRITU DE PROFECÍA CON
QUE EL SIERVO DE DIOS FUÉ ADMIRABLEMENTE ILUSTRADO.

Andando una noche pidiendo limosna por las calles para sus pobres enfermos, se encontró en Calde-Caballeros con un amigo, llamado Fulano Ruiz, familiar del Santo Oficio, que iba á la iglesia de San Miguel á encomendar clamoreasen por su mujer al otro día, porque la dejaba ya para amortajar en su casa; conoció al siervo de Dios y le dijo: *Norabuena le vea yo, hermano; encomiende á Dios mis hijos y mi casa, y á mi mujer que se ha muerto, y quedo con muchos trabajos.* Preguntóle Fray Juan Pecador: *¿Y dónde va ahora?* Y respondió: *Voy á hacer clamoear por ella.* Entonces le dijo: *No lo haga y váyase á su casa, que su mujer no está muerta.* Con dificultad se persuadió el hombre á hacer lo que el siervo de Dios le decía, porque cuando salió de casa quedaban amortajando á su mujer; pero hubo de obedecer á sus repetidas instancias, y volviéndose á casa, halló á la mujer viva y sentada en la cama, y brevemente cobró entera salud, viviendo algunos años después. Al otro día fué su marido al hospital á dar al siervo de Dios las gracias de la buena nueva que le había dado: atribuyéndole la salud de la enferma, ó vida de la muerta, según su estimación y de los que le habían asistido, á los méritos é intercesión del siervo de Dios, el cual le respon-

dió: *Mire, hermano, que si eso fuese así, lo hizo nuestro Dios: no lo diga, que será enojarle.* Después de muerto Fray Juan Pecador, fué Fray Pedro Egypciaco á casa del mismo hombre, y le preguntó lo que acerca de esto había pasado. Respondióle, contándole el caso como va referido, añadiendo que doce testigos vivían entonces que lo podían jurar en la misma forma.

Recogíanse de ordinario en una sala baja de su hospital algunos pobres de los que pedían por las calles: estaba un Viernes el siervo de Dios indispuerto en su celda, y entró á visitarle el licenciado Juan de Mayo, clérigo, que era mayordomo de la casa: dejó la mula en la portería, y mientras hizo la visita le hurtaron la gualdrapa. Bajó después el clérigo y viendo á su mula sin ella, comenzó á dar voces, y á decir al siervo de Dios: *Que para qué consentía en el hospital aquellos pobres, y que por consentirlos le habían hurtado su gualdrapa.* Rióse algo Fray Juan Pecador de su aflicción, y le dijo: *Calle, señor licenciado, que el que le hurtó su gualdrapa volverá luego aquí.* El clérigo no se apaciguaba, antes decía: *Que era bobería pensar que había de volver al hospital el que hizo el hurto.*—*Su gualdrapa vendrá luego,* (volvió á decir Juan Pecador) *y se levantó de la cama y dijo á los hermanos que fueran con él á decir una Salve á la iglesia para que pareciese el hurto.* Estando en la oración llamaron á la puerta, y dijo el siervo de Dios á los hermanos: *Este que llama es el que llevó la gualdrapa; quédense aquí todos, que él me la dará.* Fué, y abrió la puerta, y dijo á un pobre, que era el que llamaba: *Hermano, ¿para qué llevó la gualdrapa de la mula de nuestro mayordomo, que nos echa la culpa á nosotros?* El pobre empezó á negar, y el siervo de Dios le dijo: *Démela, hermano, que yo le daré con que se cubra.* El pobre volvió á negar constantemente, diciendo que era un hombre honrado y que no había hecho tal. Entonces le metió la mano por un lado y le dijo: *No lo niegue, que*

aquí la tiene, y se la sacó; y sin que nadie entendiese ni conociese al que había hecho el hurto, volvió la gualdrapa á su dueño, con que quedó apaciguado de la cólera en que estaba.

A un hermano de la casa le sucedió otra semejante con un pobre de los que allí se recogían; y fué, que poniendo un cuchillo sobre un escalón y descuidándose, se lo llevó. Empezó á dar voces, porque le habían hurtado el cuchillo, deshonrando á los pobres de ladrones. Acudió el siervo de Dios, y sabiendo lo que le había sucedido, le dijo que no tuviese pena, que á la noche le traerían su cuchillo á casa. El hermano se rió, diciéndole que no se lo habían llevado para restituírselo. Llegada la noche, fueron entrando muchos pobres á recogerse, y á ninguno pidió el siervo de Dios el cuchillo. Entraron después otros cuatro juntos, y como se acostaron éstos, se fué á la cama de uno de ellos y le pidió el cuchillo que había tomado, diciéndole que había tenido muchos enfados por él. Negó el hombre, y el siervo de Dios metiendo la mano en una alforjuela que tenía, halló el cuchillo; mas porque no se perturbase el pobre, le dijo: *Consuélase, hermano, que nadie lo sabrá*; y entregó luego el cuchillo á su dueño.



CAPÍTULO XLIII.

CONTINUÁSE LA RELACIÓN DE OTROS CASOS, EN QUE EL SIERVO DE DIOS, CON ESPÍRITU PROFÉTICO, PREDIJO SUCEOS FUTUROS.

Trató de casarse Juan Bautista de Baeza con D.^a María de Ayala y Guzmán, y fué el siervo de Dios Fray Juan Pecador el que trató este casamiento; pero habiendo muchos días que se trataba y no se concluía, dijo la madre de D.^a María al siervo de Dios (viendo que no había llegado Juan Bautista el día señalado para efectuar la boda): *Hermano Juan, no me trate más de este casamiento, pues habiéndose tratado en más de un año, no se ha efectuado.* Respondióle, que antes que pasara la octava del Corpus, estaría casada su hija con Juan Bautista. Rióse ella, pareciéndole imposible, por haber pasado ya el día del Corpus y un año ó más que se hablaba de este casamiento, sin haberse concluido; pero antes que pasase la octava de aquella santa festividad, llegó Juan Bautista de Baeza, y se concluyó y efectuó el casamiento. Todos los de aquella casa, y particularmente la madre de la novia, lo tuvieron por cosa milagrosa, y de allí adelante daban grande crédito á las palabras que decía el siervo de Dios, porque experimentaban, que siempre salían ciertas.

En otra ocasión, el mismo Juan Bautista de Baeza, andaba pretendiendo que le diesen el oficio de Contador en Sevilla, y como tan amigo del siervo de Dios, le pidió en-

comendase al Señor aquella pretensión. Él lo hizo con grandes veras, y habiendo otro pretendiente para aquel oficio, dijo un día á su mujer y á otras parientas suyas: *No saben como tenemos ya á nuestro amigo hecho Contador?* Preguntáronle cómo lo sabía, si esto se estaba negociando en Sevilla, y Juan Bautista no lo avisaba. Y respondió:— «Yo, hermanas, lo estaba encomendando á Dios en la oración, y vide un entierro, y doyme á Dios que me dió pesadumbre; y díjele á nuestro Señor: Pues, Señor, esto es lo que estoy pidiendo y ahora se muere nuestro buen amigo? Y luego se me representó vivo nuestro amigo, sacando los despachos de oficio de Contador que le han dado.»— Quedaron alegres con esta nueva y luego supieron que así había sucedido, y que porque murió el otro pretendiente, se había dado el oficio á Juan Bautista de Baeza.

Dijo el siervo de Dios, un Viernes Santo, á D.^a Isabel Cabeza de Vaca, prima de D.^a María de Ayala y Guzmán, mujer de Juan Bautista de Baeza: *Ya ha parido su prima doña María de Ayala;* y se vino á averiguar después que había parido el mismo Viernes Santo en Sevilla, donde se hallaba con su marido; de manera, que fué imposible que lo supiera, menos que con el espíritu profético, que parece le había dado nuestro Señor. Luego el Sábado siguiente se partió á Sevilla á sacar de pila al recién nacido, como lo ejecutó sin ser llamado; y causando la admiración de los padres, el que supiese del suceso, sin haber tenido tiempo de que le llegase el aviso.

En otra ocasión llegó á hacerse preñada la misma Doña María de Ayala, y desde que lo supo el siervo de Dios, siempre que hablaba con D.^a Isabel Cabeza de Vaca, (que lo depone en su declaración) le decía: *No sabe como de este parto se ha de morir su prima doña María?* Habiendo después llegado el tiempo del parto, y estando el siervo de Dios en la plaza del Arenal, oyó una voz, que le dijo (así lo contó la misma D.^a Isabel): *Mira que tu amigo te*

há menester: aunque no le dijo quién; y estando en esta confusión, por no saber qué amigo era, se halló muy acaso en el camino de Sevilla, donde le vinieron vehementes impulsos de que el amigo era Juan Bautista de Baeza, que vivía en aquella ciudad: así continuó su camino hasta llegar á ella. Fuése derechamente á casa de su amigo, y viendo que D.^a María de Ayala no estaba de parto, dijo entre sí: *No sé para qué amigo me llaman, sin duda debe ser para mi amigo el Racionero Salazar, que me dicen está malo; quiero ir allá.* Fué á verle, y cuando volvió á casa de Juan Bautista, halló que su mujer estaba ya de parto, y él muy penado, por temer que muriese de él, y le dijo le fuese á encomendar á Dios al Oratorio, lo cual él hizo; y cuando salió de la oración, le dijo: *Temor tengo que ha de morir de esta vez nuestra parida.* Afligióse mucho de esta nueva Juan Bautista, y el siervo de Dios le dijo: *Consúlese, hermano, porque yo ví un entierro y era con cera blanca, (y la gente principal no la llevaba sino amarilla) quizá será el Racionero, nuestro amigo.* Al otro día parió D.^a María, y dentro de una hora murió; y yéndose á buscar cera para enterrarla, con ser Juan Bautista Contador en aquella ciudad, y persona que valía mucho en aquel tiempo, no se halló en toda Sevilla cera amarilla para este entierro y se hubo de hacer con cera blanca. El hijo que nació de este parto, se llamó después D. Francisco Ruiz y Polanco.



CAPÍTULO XLIV.

OTROS SUCECOS EN QUE PROFETIZÓ COSAS FUTURAS Y SE CUMPLIERON
EN LA FORMA QUE LAS PREDIJO ANTES.

Doña Isabel Dávila (que lo dice en su declaración), mujer de D. Bartolomé Dávila, tenía á una hija gravísimamente enferma, y se hallaba con grande pena porque no tenía otro hijo y se le habían muerto ya dos. Recurrió á Fray Juan Pecador para que la encomendase á nuestro Señor. El siervo de Dios la dijo: *Mire, hermana, consuélase, que aunque se le muera esta hija, otros tres hijos ha de tener.* Respondió Doña Isabel: *Como eso sea así, yo consolada estuviera.* Replicó, diciendo: *Pues fie en Dios que los ha de tener.* Así sucedió todo, porque se le murió esta hija y le nacieron otros tres hijos; y siempre que hablaba con el siervo de Dios, le decía: *Hermano Juan, profeta es.*

Antonia de San Francisco, beata, depone en su declaración, que estando un día en compañía de su madre hablando con el siervo de Dios, pasó un hombre por la calle, que no se acuerda cómo se llamaba, y Fray Juan Pecador se llegó á él y le dijo: *Hermano, no vaya por esta calle, porque le están aguardando para matarle.* El hombre riéndose, respondió: *Miren con qué viene el socarrón.* Instóle el siervo de Dios por muchas veces que se volviese, y viendo que no le obedecía, le dijo: *¿No lo quieres creer? pues antes de la noche te verán muerto; y no haciendo ca-*

so el hombre de tantas advertencias, se fué. Jura esta mujer en la declaración que hizo en las Informaciones, que cuando volvió á su casa con su madre aquella misma tarde, antes de anochecer, vieron al hombre muerto en el mismo lugar adonde el siervo de Dios le dijo no pasase; y que refiriéndole el caso al otro día, le respondió: *No me espanto, pues no quiso creer el aviso de Dios.*

Otra vez, saliendo de la iglesia de Santo Domingo, esta misma testigo vió que una mujer se llegó al siervo de Dios y le dijo: *Hermano Juan, encomiéndeme á Dios.* Y que él la respondió: *Hermana, enmendaos, que estáis cerca de la muerte; y si no os enmendáis, os ha de matar vuestro marido.* Antes de ocho días sucedió lo que el siervo de Dios dijo, porque su marido la mató.

Juan Martín, vecino de Jerez, á quien llamaron el Beato, por ser hombre de mucha virtud y porque servía siempre en la Cofradía de Ntra. Sra. del Rosario, quería ser religioso, y para ello estaba ya determinado y prevenido; sus hermanas se hallaban sentidas y penadas por la soledad y falta que las había de hacer entrándose en religión. Un día, sin habérselo avisado nadie al siervo de Dios, porque no se había sabido fuera de casa de Juan Martín, le dijo que no tratara de entrar en religión y que amparase á sus hermanas, que de mayor servicio sería á nuestro Señor. Dióle otros muchos consejos espirituales, quedando Juan Martín confuso de ver lo había sabido: y por tenerle tanto respeto y juzgar era un santo varón, le obedeció y mudó de intento, quedándose con sus hermanas como antes estaba, hasta que ambas murieron, y él las siguió á los cuatro meses. Decían las hermanas que sin duda el siervo de Dios lo supo por revelación divina; porque nadie lo había sabido fuera de su casa, y en ver la facilidad con que su hermano había desistido de su intención, solamente con lo que le dijo el siervo de Dios, vieron que había sido inspiración divina la que le había avisado de aquel caso.

CAPÍTULO XLV.

CONCLUYE LA RELACIÓN DE SU ESPÍRITU PROFÉTICO.—EN DIFERENTES COSAS ILÚSTRALE NUESTRO SEÑOR CON EL CONOCIMIENTO DE LOS INTERIORES.

Decía muchas veces á enfermos que visitaba, que no habían de morir de aquella enfermedad, y con estar apretados, sanaban. A otros, á quien afirmaba se habían de morir, morían, y por esta causa todos tenían sus palabras por ciertas, y como tales le daban crédito, porque experimentaban, que todo lo que aseguraba se cumplía.

Hallándose un día con otro hermano del Hospital al entierro de un niño, que era nieto de D.^a Luciana Adorno, se volvió al hermano, y le dijo: *Mire lo que quedan haciendo por este niño en aquella casa; pues de los otros tres que quedan jugando, llevaremos otro á enterrar de aquí á cuatro días.* Y sucedió del mismo modo que lo dijo el siervo de Dios.

Viniendo una mujer á encomendarle suplicase á nuestra Señora de la Angustias, (cuya imagen estaba y se conserva en su Hospital) que favoreciese á un hijo suyo, para que le pasasen en Roma á tiempo las Bulas de un canonicato, que le habían renunciado. Encomendólo á la Virgen; y cuando volvió la mujer con una ofrenda para su imagen, y á hacer al siervo de Dios memoria de su pretensión, le dijo: *Sepa que su hijo no será canónigo, porque de aquí á*

cuatro días se morirá el que le había pasado el canonicato, y no se habrá concedido la gracia en Roma; pero por otro camino tendrá ventura. Así fué, que no tuvo efecto la renuncia, y el mozo se casó después, y siguiendo el camino de las letras, tuvo en él diferentes empleos, y fué alcalde mayor en la ciudad de Cádiz.

Doña Isabel Venegas de Córdova, vecina de Jerez, mujer de D. Juan Alonso de Villavicencio, caballero de la orden de Santiago, yendo un día con su marido, poco después de haberse casado, á la iglesia de San Sebastián, que era la del hospital del siervo de Dios, con sus criadas y gente, una criada dijo al siervo de Dios: *Hermano Juan, ruegue á nuestro Señor que la dé hijos á mi señora.* Él dijo entonces á Doña Isabel (que lo depone en su declaración): *Hermana, suba por aquí,* (señalando las gradas del altar mayor), *y verá un Niño Jesús muy hermoso;* y habiendo subido, la dijo: *¿No es hermosa la hechura de este niño que está en el altar?* Ella respondió que sí, y el siervo de Dios añadió: *Pues hermana, otro de tan linda cara es el de que está preñada;* no sabiendo ella que lo estaba. Sucedió todo de la misma forma, porque D.^a Isabel parió un hijo muy hermoso, aunque no se logró más de un año.

El dicho D. Alonso de Villavicencio, antes de casarse, el mismo año en que se casó, tuvo una enfermedad tan grande, que llegaron los médicos á desconfiar de su salud. Visitándole el siervo de Dios, le dijo: *Hermano, consúlese, que no ha de morir de esta enfermedad, y se ha de levantar y tener salud, y esta le ha de dar un hábito de Santiago.* Todo sucedió como el siervo de Dios lo dijo, y de allí á ocho años le dieron un hábito de la orden de Santiago, sin que entonces tuviese esperanza de él ni hubiese hecho diligencia alguna para alcanzarle.

El Licenciado Juan de Villavicencio, pasando un día por la calle larga que llaman de la Lancería, hacia la plaza del Arenal, pasaba al mismo tiempo por la otra acera el siervo

de Dios, de quien era muy devoto. Deseaba preguntarle cierta cosa, y yendo algo divertido, siendo la calle ancha y estando llena de agua, por ser invierno, y juntarse en ella muchas corrientes, repentina é inopinadamente le halló junto á sí, y el siervo de Dios le dijo: *Dígame, señor Licenciado, qué es lo que me quiere preguntar, que yo se lo diré.* Quedó el clérigo admirado de ver había conocido su intento y propósito. Al dón de profecía reduce Santo Tomás el conocimiento de los interiores secretos, y llámale espejo divino.



CAPÍTULO XLVI.

LLÉGASE EL TIEMPO DE SU MUERTE Y REFIERE EN DIFERENTES OCASIONES SU CERCANÍA.—PREDICE LA ENFERMEDAD DE QUE MURIÓ Y LAS CIRCUNSTANCIAS DE SU ENTIERRO.

Este dón de profecía, experimentado en tantos sucesos, se vió más expresamente (si puede decirse) en las muchas veces y particulares circunstancias, en que el siervo de Dios profetizó su muerte y entierro, mucho tiempo antes que sucediese, y en particular en el más próximo á su bienaventurado fin. Pidió algunas veces á nuestro Señor una muerte en sus amorosos coloquios, y tan oculta, que cayese sobre él un monte, para que no se supiera más de él. Díjole un día el hermano Fray Pedro Egypciaco, que aquello no convenía y que pidiese á Dios otro género de muerte. Respondióle que tenía razón, y de allí adelante pidió á nuestro Señor, que le llevase de muerte que nadie le honrase, y que él no quería más que verle. Oyéndole el mismo hermano pedir esto, le dijo: *No pida eso, hermano, que cuando nadie le honre, le he de honrar yo.* Y el siervo de Dios le respondió: *Tened entendido hermano, que vos habéis de ser en mi muerte el primero que habéis de huir.*

Algún tiempo antes que muriese, hablando un día con los hermanos del Hospital, les dijo que uno de los que allí estaban se había de morir muy en breve y le habían de llevar arrastrando á la sepultura, de que quedaron afligidos;

y preguntándole cada uno de ellos quién había de ser, les respondió: *No se aflijan, hermanos, que no ha de ser ninguno de ellos.*

Estando otro día hablando con D. Alvaro de Perea, caballero de la misma ciudad, grande amigo suyo, le dijo don Alvaro: *Hermano Juan, mire que quien alcanzare de nosotros al otro en días, ha de ser su testamentario y hacer un honrado entierro al difunto.* Respondióle: *No será posible que V. haga eso, porque yo he de morir primero, y me han de llevar arrastrando á la sepultura.* Contaba Fray Pedro Egypciaco, que otro día estando los hermanos juntos hablando con él, le dijeron: *Padre, cuando se muera, le haremos de hacer un túmulo grande en medio de la iglesia, para que se lleguen todos á besarle los pies.* El siervo de Dios les respondió algo enojado que no dijese disparates, que él moriría de una enfermedad que todos huyesen de él. Estando otra vez hablando con los hermanos del Hospital, les dijo que había de morir muy en breve, y le habían de sacar arrastrando á enterrar y le habían de desamparar todos sus amigos. Volvió á ratificarse en su fineza Fray Pedro Egypciaco que estaba presente, diciéndole: *Doyme á Dios, que aunque todos le desamparen, que yo no le tengo de dejar, aunque pierda mil vidas.* Y cuando murió el siervo de Dios, los primeros que huyeron de él, cuando le vieron apestados, fueron el mismo Fray Pedro Egypciaco y Fray Juan el chico, su sobrino.

Dió en aquel tiempo en pedir por las calles misas por su alma; y preguntándole algunas personas, si se había de morir brevemente, respondía (por disimularlo) que las pedía, para que Dios le llevase presto. Poco antes de su muerte dijo á D.^a Ana Adorno, que por amor de Dios le mandase decir una misa por su alma luego que muriese, y la dió la limosna para la misa, diciendo, que se la había dado Juan Bautista de Baeza para este efecto; y pesarosa D.^a Ana, le preguntó qué cómo sabía que había de morir

tan presto, y le respondió que él lo sabía, y le dijo el cuándo.

Estaba retraído en el Hospital Diego Dávila por una muerte que le imputaban, (y lo afirma así en su declaración) y díjole un día: *Hermano Diego Dávila, váyase del Hospital, porque brevemente ha de haber peste.* Él le respondió riéndose: *Por qué quiere, Padre, que me vaya?* El siervo de Dios le volvió á decir: *Doyme á Dios, que no se lo digo burlando, sino que ha de ser así.* Y viendo este testigo, que todavía instaba el siervo de Dios en que se fuese, y le afirmaba lo de la peste, se determinó á irse del Hospital, como se fué, dando crédito á sus consejos. Añade, que cuando se despidió del siervo de Dios, le dijo: *Abrácame, hermano, que cuando vuelva ya me hallará muerto.* Y todo sucedió así, porque cuando después de la peste volvió á la ciudad, ya Dios le había llevado á su descanso.

Entró la peste en Jerez; y estando el siervo de Dios con otros hermanos tratando de aquel mal que se comenzaba á encender en el pueblo, les dijo: *Qué sería si uno de los tres que estamos aquí muriese y le sacasen arrastrando con un garabato.* Oyéndole decir esto los hermanos, comenzaron á temer y como recibir algún miedo. El siervo de Dios les dijo: *Hermanos, no se escandalicen ni teman, que ninguno de ellos será.* Con que afirmó santa y discretamente haber de ser su muerte así.

Pocos días antes de su enfermedad y muerte, envió á llamar al Licenciado Cristóbal Martín, canónigo de la iglesia mayor de Jerez, con quien se confesaba algunas veces. Convidóle á cenar, y después de haberlo hecho, le dijo que le quería contar un cuento, y hablóle en esta forma:— «Sabes, Señor, que había en una ciudad un hombre que era tenido por santo, y debía ser muy penitente, en cuarenta años que había servido á nuestro Señor, pasando descalcez y desnudez, malas noches y peores días. Era perseguido de muchos, y también tenía amigos, á quienes

por sus oraciones había venido algún bien. Dióle nuestro Señor una enfermedad en día muy tempestuoso, y murióse de esta enfermedad. Tuviéronle muerto un día hasta la media noche, y en su casa dijeron: Veamos lo que se hará de él y dónde le enterrarán, pues tiene amigos. Visto esto, fueron y llamaron cuatro palanquines, y entraron en su aposento, delante del cual estaba una escalera, y cogieron á este hombre, cual de pies, cual de cabeza, y al sacarlo del aposento le soltaron los que le llevaban de los brazos, y los otros con regaño tiraron de los pies, y le sacaron la escalera abajo, é hicieron un hoyo en un corral y lo enterraron.»—Acabado el cuento, dijo al Licenciado Cristóbal Martín: *Qué le parece, amigo, de este hombre de cuarenta años de descalcez y de desnudez, si lo hiciera por el mundo, qué pago le había dado? mas si este hombre lo hacía por Dios, qué se le podía dar de que le tratasen de esta manera?* De esta suerte refirió á su amigo y confesor todo el suceso de su muerte y entierro, como tan bien prevenido de lo que había de suceder en él.

Algunos días más adelante se descubrió mucho la peste y se encendió grandemente en la ciudad. Entrando el siervo de Dios un día en la sacristía del Hospital, entró corriendo tras él el hermano Fray Pedro Egypciaco, y le dijo muy asustado: *Soy yo, hermano, el que se ha de morir en este Hospital? Dígamelo, porque haga penitencia este poco tiempo.* Púsole el siervo de Dios la mano en el pecho, y le dijo: *Hermano, salve Dios á mi ánima, como no es su caridad ni Juan mi sobrino;* y no había entonces más que los dos y él en el Hospital, con que le mostró claramente, que él había de ser el que sólo faltase en aquella casa por la enfermedad de la peste, como sucedió después.

CAPÍTULO XLVII.

PRECEDEN Á SU MUERTE ALGUNOS PRESAGIOS DE SU SALVACIÓN.—
APARÉCESELE SANTA INÉS Y MUÉSTRALE LAS CORONAS QUE LE ESTABAN PREVENIDAS EN EL CIELO POR SUS TRABAJOS.

Tuvo la muerte del siervo de Dios algunas precedencias que claramente mostraron cuán asegurada estaba su salvación, y el merecido premio de lo mucho que había trabajado. En el convento de Santo Domingo de la misma ciudad de Jerez (1), se levantó un religioso una noche á Matines antes de las doce, y estando paseándose en el sobreclaustro, aguardando á que diesen las doce para entrar en el coro, oyó una música, que le pareció más que humana, de muchas voces acordes; y deseando saber qué fuese, se subió en la pared del sobreclaustro, y vió que de la puerta de Sevilla (2) salía una procesión con su cruz, grande acompañamiento y muchos cantores que iban cantando, y detrás una persona venerable, vestida con capa, y vió que la procesión y música, con este concierto, entró en la iglesia de San Sebastián, que es la del hospital donde era hermano mayor el siervo de Dios; y después de haber en-

(1) Situado frente al hospital del B. Juan.

(2) Era una de las cuatro principales de la ciudad, muy cercana al hospital de nuestro Beato. Fué derribada en 1865.

trado la procesión, lo refirió públicamente en el mismo convento, cuyos religiosos infirieron del caso, ser indicio de que en aquella iglesia había de entrar algún cuerpo santo brevemente. Y después de la muerte del siervo de Dios, dijeron muchos que aquella procesión y música fué indicio de su buena muerte, que sucedió poco tiempo después.

Algún tiempo también antes de su muerte, una noche á la una, estando el siervo de Dios en oración, bajaron del cielo muchas santas vírgenes, y le dieron una música muy suave. Había permitido á sus hermanos, que cuando fuese la noche tempestuosa, tuviesen en sus celdas la oración que solían tener en la iglesia. Era una noche de éstas cuando los hermanos oyeron aquella suavisima música en la celda del siervo de Dios. Salieron algunos á oirla, y llegando al corredor cesó. Estaban como fuera de sí, y no pudieron dormir por entonces ni continuar con la oración, como trasportados con aquella música celestial. Luego que amaneció, se fueron á la celda del siervo de Dios y le dijeron: *¡Oh padre, y qué música hubo esta noche en su celda!* Quiso él disimularlo, y Fray Pedro Egypciaco añadió, que al tiempo de la música había salido un olor suavisimo de su celda. Respondióle: *Eso procede de aquel Niño Jesús que aquí tengo encerrado.* Y esto lo dijo para desvanecer lo del olor, que era cierto había procedido de aquella celestial visita. Pasados algunos días, le hicieron instancias los hermanos les refiriese lo que le había sucedido aquella noche. Él entonces se lo contó, previniéndoles con el secreto, y les dijo, que había bajado á su celda su Madre la Virgen Santa Inés acompañada de otras muchas Vírgenes, y que cantaron suavisimamente, sin haber él entendido lo que cantaban. Que preguntó á las Vírgenes qué era lo que estaba enmedio del aposento, y le respondieron que tres coronas que le estaban prevenidas y guardadas para que se fuese á coronar muy presto al cielo; y también había

tres camas, que eran para otras tres personas que habían de seguirle; y que todo esto se lo refería, porque se animasen á servir á los pobres, pues Dios tenía prevenidos tales premios; y con esto les dijo también la cercanía de su muerte, con que ellos quedaron no poco desconsolados y confusos.



CAPÍTULO XLVIII.

ENTRA LA PESTE EN JEREZ Y ES HERIDO EL SIERVO DE DIOS CURANDO
Á LOS ENFERMOS. — PRESERVA LA SALUD DE MUCHOS CON LA PESTE
QUE TENÍA. — CÚMPLASE TODO LO QUE PREDIJO DE SU ENFERMEDAD Y
ENTIERRO.

Llegó, pues, el tiempo que Dios había decretado para dar al siervo de Dios el eterno descanso, en premio de tantos trabajos y penitencias; y todo lo que pronosticó en los sucesos antecedentes, se vió cumplido en su muerte. Entró, como he dicho, la peste en la ciudad de Jerez, y se fué encendiendo con grande furia y mortandad en el año de 1600. Empleóse el siervo de Dios, con gran cuidado y caridad, en la curación de los enfermos, sacrificando la vida por su salud, dando notable ejemplo, no sólo á sus hermanos, sino á toda la ciudad, hasta que finalmente fué herido de una landre (1). Mandó luego sacar todo lo que estaba en su celda, y dijo á todos que no temiesen, porque ninguno de los que entrasen en ella sería herido de aquel mal; y con esta promesa (siendo las suyas tan verdaderas), fué visitado de muchos.

(1) Landre es un tumor pestilente del tamaño poco más ó menos de una bellota, que se forma en los sobacos, en las ingles y en otras partes glandulosas, engendrando una voraz calentura, que prontamente conduce á los contagiados al sepulcro. Esta terrible enfermedad, hizo en Jerez en 1600, horribles extragos.

En el mismo día que cayó malo, hallándose presente Doña Inés Ponce de León, le dió su hábito, pidiéndola que le remendase y aderezase, con intento, sin duda, de que sirviera á otro. Doña Inés le dijo: *Hermano Juan, no ve que se puede pegar el mal?* Y él respondió: *No lo tema, porque nadie que entrare en esta celda se morirá de esta peste.*

Agravándosele la enfermedad, lo envió á decir á Doña Luisa Gallegos, mujer de D. Juan Granados Gallegos. Fué luego á verle, en compañía de Doña Juana de Argumedo, su cuñada, llevándole unas habas verdes guisadas, que se las había enviado á pedir el siervo de Dios, no quisieron entrar en su aposento, temiéndose del mal que tenía; pero él las envió á decir, que bien podían hacerlo sin temor, porque no se pegaría su mal á persona alguna, ni moriría otra de él en su casa. Fiadas en esta palabra entraron, y le vieron y consolaron con gran caridad; y depone Doña Luisa Gallegos en su declaración, que cuando entró en aquella celda llevaba un gran dolor de cabeza, y se le quitó luego que vió al siervo de Dios, que fué el primero que con la misma peste pegó salud.

Duró su enfermedad ocho días, en los cuales dispuso santamente su alma y del gobierno de su hospital. Encomendó mucho la paz y conformidad á sus hermanos, y los consoló, asegurándoles de que en su casa no moriría otra persona de aquel contagio, y que en la ciudad se acabaría presto, como sucedió. Pedido finalmente el favor de los santos, quiso Dios que se acabase el tiempo de sus trabajos y comenzase el de su triunfo. Había pasado animosamente su carrera, había guardado enteramente su instituto y estábanle esperando las coronas con que Dios le convidaba, en premio de sus trabajos. Acabó dichosamente la vida corporal y le llevó Dios á la eterna, donde le tenía guardado su premio entre los ángeles, dando su espíritu al señor, Sábado, después de medio día, 3 de Junio del año

de 1600, siendo de edad de cincuenta y cuatro y ochenta y nueve días. Su muerte fué en la celda alta del Hospital, donde le hallaron muerto, hincado de rodillas, abrazado con una cruz grande que siempre tenía en la celda (1).

El día en que cayó malo fué muy tempestuoso, como lo predijo antes, y se hirieron en él más de trescientas personas de peste; y el de su muerte, fué tanta la turbación de los hermanos y de la gente, que ni ellos asistieron al entierro ni concurrió otra persona al hospital, sino unos hombres que pretendían quitarle á los que quedaban. La pena de todos los vecinos de Jerez, sabiendo su muerte, fué sobremanera grande, pues les había llevado nuestro Señor, á quien intercedía con él para que no los castigase. No se oía su nombre sin lágrimas, hijas tanto del gozo de tenerle en el cielo, como de la ternura de faltarles persona, que era consuelo de todos; y hoy día es dulcísima su memoria en los corazones de aquellos que fueron participando las noticias de sus admirables virtudes; mas entonces, como tan frescas, obraban divinos efectos: unos hablaban de sus asperezas y penitencias: otros del rigor de sus ayunos y largas vigiliass. Encarecían unos el tesón de su continua y ferviente oración: el celo de la salud de los prójimos y su encendida caridad para con todos. Engrandecían otros su crecida piedad y misericordia para con los pobres; y referían casos particulares y milagrosos, que con él les habían

(1) Triste es decirlo, mas no existe la humilde celdita donde ofreció su preciosa vida por la de sus amados ciudadanos de Jerez, el Beato Juan. No estaba en el piso superior como parece indicar el autor, sino como á la mediación de la escalera principal, siendo más doloroso que haya desaparecido por conservarse el edificio afortunadamente con pequeñas alteraciones como en los días del siervo de Dios. La cruz á que murió abrazado, se conservó como una reliquia en el hospital, hasta la exclaustación; sabemos que estaba pintada de celeste. Conservaban también los religiosos una escudilla de barro que usaba el Beato, y un báculo ó bastón del mismo. De la primera no sabemos qué se haría; del segundo nos consta que pasó á San Dionisio, cuando se trasladaron las reliquias en 1841, mas al presente no se tienen de él noticias.

acontecido, y todos se bañaban en lágrimas por verse desposeídos de su doctrina y ejemplo; y porque la muerte hubiese quitado del mundo uno de los pocos, que con su virtud se ennoblecían y sustentaban.

Todo lo que el siervo de Dios pronosticó de su entierro, se vió este día cumplido, porque además del desamparo de sus hermanos y amigos, permitió nuestro Señor, que su cuerpo fuese llevado arrastrado con un garabato y una soga, y echado por la escalera abajo por mano de personas alquiladas para este efecto; y llevado á una sepultura, que habían abierto en el patio, ó huerto del mismo hospital, al pie de un rosal, ó según algunos testigos dicen, jazmín, que en él estaba plantado, donde fué sepultado, con general sentimiento de todos, porque perdían un varón santo, que con sus oraciones aplacaba á Dios, detenía su ira y alcanzaba con ellas remedio en común y en particular de las necesidades de todos (1). Hicieron más particular demostración los religiosos de San Francisco, que en todos aquellos días daban voces por la ciudad, diciendo: *Hermanos, hagamos penitencia, que nos ha llevado Dios al justo Juan Pecador, que le alaba las manos con sus oraciones para que no nos castigase*. Entonces salían á plaza particulares cosas de su vida, que no se habían advertido por tan señaladas en virtud, como después de su muerte. El día del entierro del siervo de Dios, habiéndose encendido alguna cera, y ardido en sus exequias y oficios, después pesaron

(1) La escalera es la misma que hoy existe, con la diferencia que entonces tenía la entrada por el claustro, y ahora la tiene hacia la calle de San Juan de Dios. Al decir unos testigos que fué sepultado al pie de un rosal, y otros que de un jazmín, creemos que unos y otros tenían razón, pues en los últimos años del hospital, se veía en su patio un rosal blanco que mostraba ser muy antiguo, y hará unos cuatro años, que en el mismo fué cortado un jazmín que por la extensión de sus ramas, y lo vetusto y extraordinario grueso de su tronco, parecía contar algunos centenares de años, y ambos estaban muy cercanos entre sí, en el mismo ángulo donde nos consta ciertamente que fué sepultado el Beato Juan.

la que había quedado, para ver la que se gastó, y se halló y vió con maravilla, que pesó más que pesaba antes que la encendieran, y esto fué público en toda la ciudad.

Era el siervo de Dios Fray Juan Pecador, de mediana estatura, algo grueso, el rostro redondo, colorado y blanco, si bien curtido por sus penitencias: los ojos garzos y pintados; el color del pelo en cabeza y barba algo rojo y su semblante agradable. Más de doce años después de su muerte, un pintor, que vivía en Jerez, llamado Hernán López, buen oficial en su arte, y particular amigo del siervo de Dios, deseando retratarle, lo encomendó mucho á nuestro Señor, porque era muy virtuoso; y tomando el pincel, le retrató tan al vivo, como si le tuviera presente; de suerte, que causó grande admiración al pueblo, y hoy está este retrato en la iglesia del hospital con grande veneración (1), y de él se sacó la copia que se puso en este libro.

Por muerte del hermano Fray Juan Pecador, el Vicario de Jerez pretendió poner administrador en el hospital, diciendo, que el cardenal de Sevilla le había nombrado, y así le tocaba darle sucesor. Los hermanos que quedaron, temiéndose de esto, enviaron por Fray Fernando Indigno, y le nombraron luego por hermano mayor, y como era tan conocida su virtud, lo consintió el Vicario, sin hablar más en esta materia, quedando de allí adelante esta administración á la Congregación de San Juan de Dios, que hoy conserva su religión.

(1) Muy conforme con el retrato que hace el autor, se conserva en San Dionisio, procedente de San Juan de Dios, un busto del Beato; pero en él aparece bastante calvo. El cuadro de Hernán López, pasó también á San Dionisio en 1841, y está colocado junto al sagrario. Considerado artísticamente es de poco valor; creemos ó que Hernán López no fué tan *buen oficial en su arte* como dice el autor, ó que posteriormente ha sido restaurado por un pincel poco diestro.

CAPÍTULO XLIX.

REFIÉRENSE ALGUNAS MARAVILLAS QUE NUESTRO SEÑOR OBRÓ POR INTERCESIÓN DE SU SIERVO, MIENTRAS ESTUVO EN LA SEPULTURA DEL HUERTO, ANTES DE SU TRASLACIÓN.

Pasan sus vidas más allá de la muerte, los que las han sabido emplear en el servicio de Dios; y como él les pagó algo de lo que merecieron sus obras, con hacer muchos milagros por su intercesión; después de sus bienaventuradas muertes, es fuerza que también pasasen sus historias á la relación de tales maravillas, y que haya de ellos que decir después de sus gloriosos tránsitos. Muchas fueron las que nuestro Señor obró por intercesión de su siervo, después que fué á gozarle: referiré primero algunas, que sucedieron en el tiempo que estuvo enterrado en el huerto del hospital, antes de su traslación, y son cinco las que constan de sus Informaciones.

D. Martín Bazán de Valenzuela, Veinticuatro de Jerez, (que lo depone en su declaración), viniendo un día del campo con grande calentura, antes de entrar en su casa, se fué á la sepultura del siervo de Dios, que estaba en el huerto: encomendóse á él muy de veras, pidiéndole alcanzase de nuestro Señor salud, y luego al punto se sintió bueno y libre de la calentura.

D.^a Elvira Gallegos, mujer que fué de D. Juan Granados Gallegos, dice en su declaración, que fué muchas veces á

la sepultura del siervo de Dios, antes que le trasladaran, á pedirle con gran fe que tenía con él, que le remediase algunas necesidades que le sucedieron, y las vió remediadas, atribuyéndolo á su poderosa intercesión.

Otra señora tenía un hermano religioso de la Orden de San Francisco de Paula, y vínole nueva que su hermano se estaba muriendo. Fué luego á la sepultura del siervo de Dios llorando; y entre otros afectos, le decía, que si él fuera vivo, alcanzara la vida á su hermano. Oyó una voz entonces, y los que con ella estaban, que parecía salir de la misma sepultura: *Calla, que tu hermano no está malo*. Con esto se convirtió el llanto en gozo; y cuando volvió á su casa, halló una carta del religioso, de que constaba no haber tenido enfermedad ó mal alguno.

María Sánchez, mujer de Juan Cantero, que vivía en la parroquia de Santiago, al barrio que llaman de la Peña de la Caraza (1), se le quebró un brazo, y habiéndose puesto en cura muchos días, jamás pudo mejorar de él, antes siempre se hallaba peor y con grandes dolores. Cierta mañana una amiga suya, que lo depone en su declaración, llamada Antonia Rodríguez, mujer que fué de Pedro López de Trujillo, vió que María Sánchez fué á la sepultura donde estaba enterrado el siervo de Dios, de quien era tan particular devota en vida, y le dijo, poniéndose junto á la sepultura: *Padre Juan Pecador, sanadme este brazo, pues soy tan vuestra devota*; y con grandes lágrimas y mucha devoción tomó de la tierra de su sepultura y fregándose con ella el brazo, al punto se halló buena y sin dolor; y después estuvo tan buena, que jamás se quejó del brazo, ni sintió en él dolor hasta que murió. Referíalo muchas veces á otras personas, dando gracias á nuestro Señor y á su siervo por tan grande beneficio.

(1) Este barrio que ya no existe, estaba junto al convento de la Merced y muy cerca de los muros de la ciudad, en el sitio conocido todavía por *la Peña*.

Diego Dávila, ya nombrado, dice en su declaración, que estando preso en la cárcel pública de Jerez, por una muerte que le imputaban, y por la cual había estado retraído en el hospital, habiendo llegado á concierto con la parte, no tenía al presente con qué pagar el perdón, si no eran treinta botas de vino, y queriéndolas vender para este efecto Doña Ana Dávila su hermana, las halló dañadas y casi ya hechas vinagre. Ella afligida de este suceso y sabiendo cuán amigo y devoto había sido su hermano del siervo de Dios, se fué al patio ó huerto del hospital, donde estaba enterrado, y con grande fe le dijo:—«Padre Juan, pues fuisteis tan grande amigo de mi hermano, y le favorecisteis tanto, ahora que estáis con nuestro Señor, mejor lo podréis hacer: no tengo con qué librarle, si no es con este vino, y ahora que le quería vender, le he hallado dañado: vos lo remediad como veis que conviene y él tiene necesidad.»—Con esto se volvió á su casa, y al día siguiente pasaron por su puerta unos mercaderes extranjeros, que compraban vino: llamólos, y les dijo si le querían comprar aquellas treinta botas. Probáronle y le hallaron tan bueno, que lo compraron todo, y en mayor precio que los demás que habían comprado en Jerez, dando todos muchas gracias á Dios de la maravilla que hizo por intercesión de su bendito siervo.



CAPÍTULO L.

MUESTRA VOLUNTAD EL CIELO DE QUE SE MUDE EL CUERPO DEL SIERVO DE DIOS Á MEJOR LUGAR.—EJECÚTASE SU TRASLACIÓN.—FORMA EN QUE FUÉ HALLADO Y TRANSFERIDO Á LA IGLESIA DE SAN SEBASTIÁN.

Aplacada del todo la enfermedad en el pueblo, como el siervo de Dios lo había dicho, y habiendo pasado más de un año después de su muerte, queriendo nuestro Señor mostrar que no sólo estimaba su alma bendita, sino que también quería que su cuerpo fuese venerado en la tierra, lo manifestó de esta manera.

Solían ir los hermanos del hospital siempre á media noche á la iglesia á encomendarse á Dios, y continuando puntualmente en este ejercicio, como pasaban por el patio ó huerto donde estaba enterrado, advirtieron diferentes veces que la tierra de su sepultura se levantaba y abría, y que aparecía el ataúd en que su cuerpo estaba metido. Después que notaron esto algunas noches, uno de ellos lo fué á referir al Licenciado Agustín Conde, vicario de la ciudad. Él, aunque había sido y era gran devoto del siervo de Dios, no quiso dar ligeramente crédito á la maravilla, antes con alguna acedia le respondió: *Calle, calle, no anden allá con esas invenciones*. Encogido el hermano y los demás con esta respuesta, no osaron decir cosa alguna, porque no los tuviesen por embusteros; pero el Señor no cesaba de continuar con este portento y maravilla: descu-

bríase la tierra repetidas veces, y levantábase el ataúd como antes, queriendo Dios que su siervo mejorase de lugar. Con estas repeticiones, Fray Fernando Indigno, que era hermano mayor del hospital, se fué al vicario, y le afirmó no ser invención suya ni de los hermanos, porque todas las noches sucedía lo mismo á hora de media noche. El vicario, dudando ya menos del caso, quiso examinar la verdad por su misma persona. Fué, pues, al hospital una noche á aquella misma hora, y vió con sus ojos lo que no acababa de creer, que fué abrirse la tierra como le habían informado, y descubrirse el ataúd. Quedó admirado del caso, mas no del todo satisfecho; y así volvió segunda noche, sin que le esperasen, para coger los hermanos al descuido, y estando con ellos hasta la media noche, en dando las doce, fué al mismo lugar, y vió cómo se abría la tierra y aparecía el ataúd, y enternecido del caso tan maravilloso, acabó de entender que la voluntad de Dios era que mejorase de lugar el cuerpo difunto de su bendito siervo.

Con tan repetidos avisos, se determinaron los hermanos del hospital dar honrosa sepultura en su iglesia á los huesos del siervo de Dios; y pareciéndoles ya bastante el tiempo de más de un año para que no ocasionase nueva corrupción la enfermedad de que murió; ó fiándose quizás en que no la pegaría después de muerto el que en el discurso de ella no la había ocasionado á nadie, aunque con contradicción de algunos, se determinaron en hacer la traslación, como lo ejecutaron.

Desenterráronle los hermanos Fray Pedro Egypciaco, Fray Juan de Castro y Fray Alonso de la Concepción, que después fué provincial de la provincia de Andalucía, todos de la misma congregación, y residentes en el Hospital. Hallaron toda la cabeza y pescuezo entero, y por consumir, y algunos pedazos de carne aún fresca, toda la cual metieron en una bolsa de raso carmesí. Los demás huesos del cuerpo estaban limpios de carne, excepto los de las rodillas,

que todavía conservaban alguna; y todo lo metieron en una caja dorada, forrada en raso carmesí, que para este efecto estaba prevenida.

Acudió toda la ciudad con gran devoción á esta traslación, renovando las lágrimas por tal pérdida. Sacaron el cuerpo por una puerta del hospital, y le entraron por la otra en hombros de los caballeros más principales de la ciudad; y mientras duró el acto de la procesión y depósito, tocaban todos los que se hallaron presentes los rosarios á la caja, como de cuerpo santo; y al tiempo de entrar los huesos en ella, tomando algunas reliquias de su cuerpo, y como de santo las veneraban, y por ellas obró nuestro Señor después muchas maravillas. Últimamente, pusieron la caja al lado de la Epístola del altar mayor de la iglesia de San Sebastián, que es la del hospital. Hallóse en esta traslación toda la ciudad, clerecía y religiosos, y se le hicieron las exequias suntuosamente. Predicáronse algunos sermones, en que se dijeron grandes alabanzas del siervo de Dios. Entre otros predicó el Doctor Rendón, que había sido su confesor, el cual dijo muchas alabanzas suyas, como persona que sabía muy bien su conciencia y virtud. Allí es venerado de todo el pueblo con mucha devoción y frecuentado de los fieles, que se le encomiendan en sus necesidades que experimentan socorridas por su intercesión (1).

El modo en que entonces fueron acomodados los huesos, consta más en particular de la diligencia que se hizo después con ellos el año de 1630 por el Ordinario en las informaciones para su beatificación; y así pondré á la letra el

(1) La buena memoria del siervo de Dios, se conservó muy viva en los corazones de todos, y pasando los mares, fué también muy venerada en las Américas, en prueba de lo cual diremos, que restaurándose en 1643, un hospital en la villa de Sonzonate (Guatemala), recibió el nombre de *Hospital del Venerable Padre Juan Pecador*.

testimonio del Notario que se halló presente á esta vista, que dice de esta manera:

Testimonio de Gabriel Herrera de la Naja, Notario Apostólico, de la forma en que en el año de 1630 por mandado del Ordinario, hizo el reconocimiento de los huesos del Siervo de Dios Fray Juan Pecador, en las diligencias que se hicieron en orden á su beatificación.

«En la ciudad de Jerez de la Frontera, en 3 días del
»mes de Abril de 1630 años, el Sr. D. Diego González de
»Valenzuela, Canónigo de la Colegial de San Salvador de
»esta ciudad, y Calificador del Santo Oficio de la Inquisi-
»ción de Sevilla, y Proto-Notario Apostólico; y otrosí Juez
»por particular comisión que su merced tiene del señor
»Gobernador del Arzobispado de Sevilla, para hacer in-
»formación de la vida, virtudes y milagros del siervo de
»Dios Juan Pecador difunto, religioso que fué de la orden
»del Padre Juan de Dios, fué en persona al convento y
»hospital de nuestra Señora de la Candelaria y Juan Peca-
»dor, que es de la orden del dicho Padre Juan de Dios,
»para ver por vista de ojos el cuerpo y huesos del dicho
»siervo de Dios Juan Pecador. Y para ello su merced, en
»presencia del presente Notario y testigos susoescritos,
»fué á la Sala del Capítulo y archivo del dicho convento
»del dicho hospital, donde está al presente la caja, que
»tiene los dichos huesos, porque la iglesia de San Sebas-
»tián, que es la del dicho hospital, donde estaba la dicha
»caja, se está cayendo, y llena de materiales para adere-
»zarla; y en presencia de la Comunidad de los religiosos
»del dicho hospital, el padre Fray Alonso García, Prior
»de él, y Fray Felipe de Jesús, su presidente, abrieron con
»dos llaves la dicha caja, que es de madera dorada y blan-
»ca por de fuera, y por de dentro aforrada en damasco car-
»mesí, y dentro de la misma caja se hallaron y vieron los
»huesos que dicen ser del dicho siervo de Dios Juan Pe-

»cador, y por tales los tienen en guarda y custodia, y por-
»que son los mismos que sacaron de su sepultura; y los
»dichos huesos son todos los mayores, y algunos otros pe-
»queños, todos ellos asidos y encadenados con una trenza
»de oro y seda azul; y asimismo la cabeza del dicho siervo
»de Dios metida en una funda de raso carmesí, y con al-
»gunos de los huesos se está hoy su carne, en particular
»en los de las rodillas. Y en otra bolsa de raso carmesí
»que asimismo estaba en la dicha caja, estaban muchos
»pedazos pequeños de carne, ya medio hecha tierra, del
»dicho siervo de Dios, muchos de sus cabellos, todo ello
»como lo sacaron de la sepultura del dicho siervo de Dios,
»cuando le trasladaron á la dicha iglesia de San Sebastián;
»y para que de ello conste, el dicho señor Juez mandó po-
»ner por auto y diligencia extrajudicial, y que se junte á
»los más de dicha informacion; y los dichos huesos, y to-
»do lo demás contenido que estaba en la dicha caja, está
»de muy buen olor y color; y así lo mandó su merced el
»señor Juez poner por auto y diligencia, y firmó de su
»nombre, siendô testigos D. Andrés Bazán de Valenzuela,
»Canónigo de la Colegial de San Salvador de esta ciudad,
»y Domingo Bazán de Valenzuela, Veinticuatro de esta
»ciudad, y el Bachiller Esteban Moreno Velázquez, Cura
»de la iglesia capilla de San Juan Laterán; Pedro Melén-
»dez y Cristóbal Palomino, Clérigo de menores órdenes; y
»Fray Alonso García, Prior del dicho hospital; Fray Mi-
»guel de la Cruz, Presbítero de la dicha orden; Fray Feli-
»pe de Jesús, Presidente del dicho hospital, y otras muchas
»personas que estaban presentes, que todos tocaron sus
»rosarios á los dichos huesos, y muchos de ellos con gran
»devoción que tienen al siervo de Dios, llevaron sus huesos
»para guardarlos y tenerlos por reliquias. Todo lo cual
»pasó en presencia de mí el presente Notario, de que doy
»fe, y firmólo el dicho señor Juez.—El Licenciado D. Die-
»go González Bazán.—Gabriel Herrera de la Naja, Notario.»

CAPÍTULO LI.

OBRA NUESTRO SEÑOR GRANDES MARAVILLAS POR LAS RELIQUIAS É INTERCESIÓN DE SU SIERVO.—REFIÉRENSE LAS QUE CONSTAN DE LAS INFORMACIONES Y PAPELES DIGNOS DE FE.

Restan para remate de este libro, que se refieran algunas de las muchas maravillas, que nuestro Señor obró por su siervo Fray Juan Pecador, después de su traslación al lugar donde hoy está su bendito cuerpo. Vístose han en los capítulos antecedentes algunas de las muchas que obró en su vida, y las que se experimentaron después de su muerte, mientras estuvo en su primera sepultura. Ahora diré las que se vieron después de la traslación, ciñéndome solamente á las que constan de las informaciones que se hicieron para su beatificación en los años de 1629 y 1630, y de otros papeles, á quien se debe entero crédito, reservando las más á cuando se hagan las segundas informaciones de su santidad y virtudes, para que se publiquen con legítima aprobación y mayor que la que puede dar la fama extrajudicial, que de ellas cada día crece.

Estando D.^a Ana Adorno y Avila mala de un dolor de costado, y los médicos que la curaban, sin esperanza de su vida, D.^a María de la Cueva Ponce de León, cuñada suya, que guardaba con grande veneración un hueso del siervo de Dios, se le llevó una noche viéndola tan apretada, y dándosele para que le besase y pusiese sobre la cabeza,

como lo hizo, desde luego fué mejorando hasta que alcanzó salud perfecta.

La misma D.^a María de la Cueva decía, que traía algunas veces esta reliquia, porque tenía una vena rota, de que muchas veces había echado sangre por la boca, y desde que la traía consigo, hallaba con evidencia había mejorado y tenía este hueso en estimación de reliquia de santo. Vivió muchos años después que tuvo este mal, atribuyendo siempre su mejoría á la intercesión del siervo de Dios.

D. Simón de Soberanis, Sargento mayor de la ciudad de Cádiz, y Regidor perpetuo de ella, tenía un hijo niño, llamado D. Jácome de Soberanis, de edad de ocho años, el de 1629 por el mes de Noviembre, estando en el estudio de los Padres de la Compañía, le dió un mal de garganta tan recio, que el Maestro lo hizo llevar luego á su casa. El padre, viendo malo á su hijo, envió á llamar al Doctor Jaime de Silva, médico, para que le viese. Hízolo y hallóle con cinco llagas en la garganta, peligrosas, porque en aquel tiempo andaba mucho garrotillo, y mandó luego, viendo el grande peligro en que estaba, que apartasen á los demás niños que había, porque no se les pegase el mal. Viéndose en esta aflicción D. Simón, envió luego á llamar al padre Fray Alonso Pabón, Prior del Hospital de la Misericordia de la ciudad de Cádiz, de la misma Orden de San Juan de Dios, que era grande cirujano, para que viese y curase al niño. Visitóle luego, y mirándole la garganta, vió que las llagas iban en aumento y que estaban muy malas y peligrosas; y considerando tan afligido al padre de ver á su hijo en tan próximo peligro de la vida, le dijo que no se afligiese, que él iba á su casa por una reliquia del siervo de Dios Fray Juan Pecador, y esperaba que por sus méritos é intercesión alcanzaría salud al niño. Fué y la trajo luego en una bolsa de azul y plata, y la puso y tocó en la garganta del niño, donde la tuvo puesta por espacio de seis credos, y estando así, volvió el niño á una tía

suya, hermana de su padre, que se llamaba D.^a Catalina de Soberanis, y la dijo: *Tía doña Catalina, ya estoy bueno, después que me pusieron esta reliquia, ya no me duele nada.* Con que su padre y su madre y todos los de casa se alegraron mucho, viendo la mejoría que el niño repentinamente había cobrado, siendo el mal en aquel tiempo como peste para los niños, por los muchos que de él morían. Don Simón de Soberanis viendo la mejoría repentina de su hijo, envió luego á llamar al mismo Doctor Silva, para que en compañía del padre Fray Alonso Pabón viese al niño; y habiéndole mirado la garganta, siendo así que no había pasado una hora, la hallaron buena, y sin llaga alguna, y que el niño hablaba ya claramente, porque de antes hablaba gangoso; y así el Doctor, como Fray Alonso, D. Simón y todos los de su casa, atribuyeron la sanidad á remedio sobrenatural y milagro obrado mediante la reliquia é intercesión del siervo de Dios Fray Juan Pecador.

En la misma ciudad de Cádiz, Francisca de Lima, niña de siete años, hija de Constanzo Gioso y de Ana de Lima, estaba tan mala el año de 1630, que llegó el Doctor Arias, médico que la curaba, á perder las esperanzas de su vida, y así lo dijo á sus padres una noche habiendo visto á la niña. Llamáronle al otro día por la mañana para que volviese á verla, y respondió: Qué era lo que querían, si ya no tenía que hacer en aquella cura, ni sabía más remedios en la medicina para la enfermedad de la niña. A la sazón entró en casa de Ana de Lima (que todo este caso depone en su declaración), el referido podre Fray Alonso Pabón, á quien había enviado á llamar, el cual también asistía á esta cura, y viendo que la niña estaba tan mala, se fué al convento y trajo la misma reliquia y con ella un cuadro de pintura, que era el retrato del siervo de Dios, y dijo á Ana de Lima, que la pusiese sobre la niña con grande fe de que sanaría, y que la encomendasen al siervo de Dios, que él esperaba le daría salud, como la había dado á un niño de

D. Simón de Soberanis de otro garrotillo, poniéndosele la misma reliquia. La madre se la puso sobre la garganta y el retrato sobre la cabeza, y repentinamente, estando la niña casi fuera de sentido y de manera que no podía hablar, empezó á decir que se sentía ya buena, y desde entonces fué mejorando, hasta cobrar brevemente entera salud. Refirieron el suceso al Doctor Arias, y afirmaba ser sobrenatural y milagrosa la mejoría, y por tal la tuvieron todos los que se hallaron presentes. Dice el mismo Doctor Arias, en la deposición que hizo en las informaciones para la beatificación del siervo de Dios, que volviendo al otro día de mañana á visitar á esta enferma, con la misma desconfianza que la había dejado el día antes, la halló con mejores pulsos, corregidas las llagas de la garganta, casi libre de la calentura y con tan buen aliento, que atribuyó su repentina mejoría más á obra sobrenatural que á efectos de la medicina; y le dijeron sus padres, cómo habiendo oído las pocas esperanzas que tenía de su salud, le habían puesto en la garganta cierta reliquia, que trajo el padre Fray Alonso Pabón, que dijo ser del siervo de Dios Fray Juan Pecador, y así creyó indubitavelmente haber recuperado la salud esta niña enferma, mediante la reliquia que le pusieron en la garganta. Agenos son de toda sospecha los milagros, que los médicos por tales califican, que como tienen la ganancia en las enfermedades, de ordinario atribuyen la salud á sus diligencias; pero hay algunos tan temerosos de Dios, que no quieren se pierda la gratitud de los fieles á sus beneficios, cuando ven que se obraron fuera de todo curso natural.

El padre D. Gonzalo de Diosdado, cartujano, contaba, hablando del siervo de Dios, que estando un día rezando en su celda baja, se le vino á la memoria las muchas veces que había estado en su celda, y como le había visto en ella en diferentes ocasiones arrobado y en éxtasis, y vino á considerar y decir entre sí, que Dios nuestro Señor le

había hecho allí muchos favores y mercedes; y estando en este pensamiento, se le apareció el siervo de Dios en el aire, dentro de la celda baja donde estaba, con rostro alegre y cercado de un gran resplandor, en la mano derecha una paloma y en la otra una vela encendida, y que de aquella manera estuvo algún rato sin hablarle palabra, y que luego desapareció. Añadía, que desde entonces quedó con mucha mayor devoción al siervo de Dios; y refería esta aparición todas las veces que en conversación llegaba á tratar de sus virtudes.

En el año de 1608, Fray Alonso de la Concepción, Religioso de la Orden de San Juan de Dios, y discípulo de Fray Juan Pecador, Provincial que fué después de la Provincia de Andalucía, andando pidiendo limosnas por las eras de la ciudad de Jerez para su Hospital, llegó á una que estaba en el Egido, que llaman de la Madre de Dios y alinda con las casas de la ciudad, á pedir limosna á un labrador que no se acuerda cómo se llamaba, el cual no le quiso dar limosna, antes le dijo muchas afrentas, y que era mal hecho dar limosna á tan mala gente como ellos, diciéndolo por los hermanos del hospital y Juan Pecador que lo había fundado, eran unos bellacos y merecían estar en una galera. Respondióle el religioso: *Señor, ya que no me ha dado limosna, no me diga esas cosas, que nosotros procuramos hacer lo que podemos, y mi Padre Juan Pecador mire V. que era un Santo, y hace mal en decir eso de él.* Volvió el labrador muy enojado, y le dijo: *Váyase, hermano, que voto á tal* (echando un gran juramento) *que le dé de palos con este que tengo en la mano.* Viéndole el religioso tan airado, se fué sin decirle palabra, con mucho miedo; y apenas había andado treinta pasos, cuando oyó que el labrador le llamaba á grandes voces. Volvió el religioso la cara, y vió, que llegándose á él aquel hombre, se hincó de rodillas, y le dijo: *Padre, perdóneme por amor de Dios, que soy un mal hombre y no he sabido lo que me he*

dicho. Replicó el religioso: *Pues hermano, ¿qué le ha sucedido que tan presto se ha mudado?* Él le respondió que se abrasaba después que le había dicho aquellas razones; que por amor de Dios le perdonase y rogase al Santo Fray Juan Pecador le perdonase también lo que había dicho contra él, y que de allí en adelante le tendría por un santo y diría á todos que lo era; y diciendo esto le dió limosna, con que quedó algo más sosegado, y de allí en adelante particular devoto del siervo de Dios, y acudía al hospital á hacer limosnas de ordinario, y refería todo el caso que había sucedido.

Cuando Fray Pedro Egypciaco fué á Roma á pedir confirmación de su congregación en religión, que con efecto consiguió, pasó en compañía del Eminentísimo Cardenal D. Juan García Melino, que acababa de ser Legado á Latere en España, á quien la Serenísima Reina de España D.^a Margarita de Austria, que esté en el cielo, encomendó este negocio y la protección de este religioso. Entraron en el golfo de León, navegando para Génova, se levantó una tormenta tan grande y tan dilatada, que estuvo á pique de perderse la galera en que iban. Contaba el mismo Fray Pedro Egypciaco, que viéndose en este aprieto se encomendó al siervo de Dios Fray Juan Pecador, á quien tenía gran devoción desde que le había dado el hábito, y que á vista de los que iban en la galera, y en especial del mismo Cardenal Melino, le vieron sobre el árbol mayor muy resplandeciente, y con su aparición cesó luego del todo la tempestad. Contaba esto muchas veces Fray Pedro Egypciaco, y que lo comunicaba de ordinario con el mismo Cardenal, dando los dos muchas gracias á Dios y á su siervo, que los había librado de semejante peligro.

Corone últimamente la vida y virtudes del siervo de Dios Fray Juan Pecador, la carta que escribió el Licenciado Don Diego González Bazán, Juez Delegado de las Informaciones que se hicieron en orden á su beatificación, para el Doctor

D. Luis Venegas de Figueroa, Provisor y Gobernador del Arzobispado de Sevilla, de quien recibió esta comisión. Está al fin de los Autos autenticada por el Notario ante quien se hicieron, y dice de esta manera :

*«Al Sr. Dr. D. Luis Venegas de Figueroa, Provisor y
»Gobernador del Arzobispado de Sevilla.*

»En virtud de la comisión que V. md. me dió para ha-
»cer las Informaciones de la buena vida y virtudes del
»gran siervo de Dios Juan Pecador, religioso que fué de la
»Orden del Padre Juan de Dios, que en esta ciudad fundó
»el hospital que hoy administran sus hermanos y religio-
»sos, se ha hecho lo que V. md. verá, que es la antece-
»dente; y es muy cierto que por grandiosa que va, lo fuera
»mucho más, y se probaran muchos milagros y maravillas
»que nuestro Señor ha obrado por este dichoso su siervo,
»si hubiera sido antes; que aunque en ochenta y dos tes-
»tigos que esta Información lleva, todos de la gente más
»principal, cristiana y erudita de esta ciudad, va probada
»muy bien su santa vida y sus muchas virtudes, con la di-
»lación del tiempo, y por haberse muerto muchas personas
»que en su vida le comunicaron mucho, no se han podido
»probar; y le certifico á V. md. que á no haber sido Juez
»en esta causa, no fuera yo el peor testigo de estas Infor-
»maciones, porque le alcancé á conocer y le traté muchos
»años, y conocí su santa vida y virtudes, que aunque los
»testigos lo han dicho muy bien, al fin, como digo á vues-
»tra merced, con el tiempo se ha olvidado mucho. Sólo
»quiero referirle un caso particular, que oí muchas veces á
»mi madre Doña Mariana de Valenzuela, que le había su-
»cedido con el siervo de Dios Juan Pecador; y fué, que
»habiendo ella comulgado en San Juan de Laterán, y en
»la propia misa asimismo comulgó el siervo de Dios: des-
»pués de haber acabado la misa se puso en oración, y vol-
»viendo la cabeza mi madre á mirarle, vió que estaba ele-

»vado y en éxtasis, cercado de un gran resplandor, de
»que quedó muy admirada; y si hasta allí le había tenido
»en mucho por su virtud, desde entonces le respetaba co-
»mo á santo; y este propio caso que yo testifico á V. md.
»lo declaran D. Martín y D. Andrés Bazán, mis hermanos,
»en sus dichos, que en estas Informaciones dijeron, porque
»todos se lo oímos muchas veces á la dicha mi madre; fuera
»de que yo le vide en otras muchas ocasiones tan arreba-
»tado, y fuera de sí en la oración, que resplandeció el
»siervo de Dios, que le juzgábamos todos los que le veía-
»mos por muerto, porque en sus acciones lo parecía estar,
»y que muchas le entraban y salían moscas por la boca en
»estos éxtasis y arrobos. No ha querido por ahora la parte
»más testigos, pareciéndole, que con los que hay y con
»los que dicen, es bastante materia para alcanzar de su
»santidad remisoriales para segundas Informaciones; que á
»querer presentar más testigos, es muy cierto que todos
»los vecinos de esta ciudad, que alcanzaron á conocer al
»siervo de Dios Juan Pecador, dijeran en esta Información.
»Y toda esta ciudad queda muy gozosa de que se haya
»hecho, para que quede memoria del siervo de Dios, con
»quien todos en general tienen gran devoción; y la ciudad,
»con su Ayuntamiento, imagino suplica á Su Santidad, con
»particular afecto, mande que se despache comisión y
»remisoriales para las segundas Informaciones; y por sus
»muchas virtudes, santa y ejemplar vida, que el siervo de
»Dios tuvo, todo lo merece. Y yo de mi parte también su-
»plico á Su Santidad lo mismo, y á V. md. dé buen expe-
»diente á este negocio, á quien guarde nuestro Señor con
»el acrecentamiento que este su siervo le desea. Jerez y
»Abril 6 de 1630 años.—*El Licenciado D. Diego Gonzá-
»lez Bazán.*»

FIN.

APÉNDICE.

Desde la preciosa muerte del Beato Juan Grande, movidos por el recuerdo de sus egregias virtudes, y por los grandes prodigios que Dios obraba por su intercesión, deseaban todos que se principiaran cuanto antes los procesos ordinarios, á fin de poder venerar en los altares á tan gran siervo de Dios. Las circunstancias del Orden Hospitalario, que aún se organizaba, los pocos medios de que podía disponer, y el deseo que naturalmente abrigaba de ver en el catálogo de los santos á su Patriarca San Juan de Dios, impidieron que hasta 1630, no comenzaran en Jerez, Cádiz y Carmona, los procesos de las virtudes y milagros de nuestro Beato. El General por la Congregación de España, Fray Juan de San Martín, antes de empezar las necesarias diligencias, escribió á Jerez para que las activase y protegiese, con fecha del 28 de Agosto de 1629, y la ciudad comisionó con este objeto á los Veinticuatro D. Martín de Torres Gaitán y D. Alvaro López de Padilla. No obstante estar concluidos los procesos en 1634, en cuyo año ya habían sido presentados á la S. C. de Ritos, no tuvo lugar la *Introducción* de la causa hasta 1667, de-

cretada en 4 de Octubre de dicho año por Clemente IX á instancias de los reyes D. Felipe III y D.^a Mariana de Austria, y de muchos prelados, cabildos y ciudades, especialmente de Andalucía. La *Introducción* de ella había sido confiada por Alejandro VII en 1665, al Cardenal Chigi. Para la formación del proceso apostólico *super non cultu*, se despacharon Letras remisoriales á el Arzobispo de Sevilla, quien comisionó al Doctor D. Luis de Lara, Canónigo de la Colegial de Jerez, y al Doctor D. Alonso de Cañas, Magistral de la misma, los cuales, como jueces apostólicos, nombraron Subpromotores Fiscales y Notario. El proceso terminado fué enviado á Roma, siendo abierto en la S. C. el 26 de Marzo de 1672. En tal estado la causa, fué interrumpida por más de 70 años, prosiguiéndose en 1753, por el ardiente celo del Rmo. Padre Fray Alonso de Jesús Ortega, General de San Juan de Dios.

Al mismo tiempo que el Beato Juan edificaba el hospital de la Candelaria, la iglesia de San Sebastián por ser muy antigua amenazaba ruina, por lo cual siendo derribada en 1583, la ciudad á su costa edificó nueva iglesia que fué abierta al culto en 1594. En el presbiterio de esta iglesia, fueron colocadas las reliquias del Beato, pasado más de un año después de su fallecimiento. Como hemos visto en el Testimonio del Notario Gabriel Herrera, al hacerse en 1630 el proceso ordinario, estaba la caja de las reliquias en la sala capítulo del convento, por renovarse la iglesia á la sazón. Después de restaurada fueron colocadas en el mismo lugar, esto es, debajo del presbiterio al lado de la Epístola, cubriéndose el hueco con una losa, donde permanecieron hasta el 10 de Julio de 1748. La iglesia edificada

en el siglo XVI, á principios del XVIII estaba ruinoso, y los religiosos en 1715, determinaron edificar nueva iglesia. Con mucha lentitud proseguía la obra, por no contar la comunidad con medios suficientes, tanto que al hacer su visita el referido General Padre Ortega en 1746, los muros no llegaban á la cornisa, permaneciendo por tantos años á la intemperie el sepulcro del Beato Juan. El Reverendísimo Padre General se propuso continuar la obra con gran actividad, é ínterin no se concluía sacó los restos del Beato mediante Breve que alcanzó del Pontífice Benedicto XIV, con fecha de 8 de Febrero de 1748. Para hacer esta nueva traslación fué comisionado el Ilmo. señor D. Gabriel Torres de Navarra, Arzobispo de Mitilene, coadministrador con el Cardenal Infante Arzobispo de esta diócesis. No pudiendo por sus graves ocupaciones, evacuar personalmente esta comisión, dió sus veces á el Ilmo. señor D. Fray Manuel Tercero de Rosas, Obispo de Icosio, y religioso agustino que moraba en Jerez. En el mencionado 10 de Julio ya citado, se removieron las venerables cenizas, habiéndose hallado partida la losa que las cubría. La caja estaba hecha pedazos y sus trozos confundidos con las reliquias, siendo todo colocado con mucha veneración sobre una rica alfombra, separándose los huesos de los trozos de madera. Los preciosos restos se colocaron en una nueva urna forrada de damasco carmesí y con galón de plata, cerrándose con dos llaves. Cuando ya se hallaba muy adelantada la obra de la iglesia, se colocó la urna de las reliquias, en nuevo sepulcro labrado al efecto en el mismo lugar donde estaba anteriormente, cubriéndose con los dos pedazos que componían la antigua losa, la cual

era de color encarnado, teniendo su inscripción alrededor con muchas abreviaturas. El mismo Rdo. Padre Ortega, de acuerdo con su definitorio, dirigió sus súplicas á Benedicto XIV, para que se prosiguiese la interrumpida causa, y el Papa, accediendo benignamente, nombró ponente y relator de ella al Cardenal Paulucci. La S. C. de Ritos por letras del 15 de Abril de 1753 ordenó que atendida la larga interrupción que la causa había sufrido, se hiciese nuevo proceso *super non cultu*, el cual concluido se envió á Roma, y examinado, se dió en 22 de Enero de 1755, el correspondiente decreto de aprobación. En el siguiente año se enviaron instrucciones y facultades al Cardenal Solís, Arzobispo de Sevilla, para hacer el proceso apostólico sobre la fama de virtudes y milagros *in genere*. Reconocido y aprobado por la S. C. en 1762, se ordenó el examen de los escritos que pudieran hallarse del siervo de Dios, no encontrando los jueces delegados sino una hoja relativa á la agregación de hospitales que empezaba:—«Jesús María sea en sus ánimas,»—y concluía:—«el pobrecillo esclavo de los pobres de Cristo Juan Pecador.»—Examinado y aprobado este escrito, se declaró que podía comenzar el proceso sobre las virtudes *in specie*. Muerto Paulucci, fué nombrado ponente el Cardenal Boschi, que fué poco después sustituido por el Cardenal Corsini, en cuyo palacio se tuvo la Congregación *antipræparatoria* en 17 de Febrero de 1771, y en 7 de Julio del año siguiente la *præparatoria*. En 4 de Abril de 1775, tuvo lugar la tercera Congregación ó sea la general llamada *coram Sanctissimo*, y en 3 de Mayo del mismo año, se dignó la Santidad de Pío VI, declarar en grado heroico las virtudes del siervo de Dios. Para el exa-

men y aprobación de tres milagros que se exigían para la beatificación, se tuvieron varias congregaciones, y en ellas no obstante exigirse únicamente tres, se examinaron cuatro, los cuales eran curaciones instantáneas. En la Congregación celebrada el 28 de Agosto de 1787, inesperadamente el Papa Pío VI, impuso perpetuo silencio sobre aquellos milagros, por motivos que se reservaba, quedando así la causa interrumpida; con todo, ocho años después, el mismo Pontífice, nombró ponente de ella á su Vicario el Cardenal Julio M.^a della Somaglia, mas por los disturbios políticos de aquellos años quedó todo en el mismo estado. Llegó el año de 1832, en que siendo General de San Juan de Dios (último de la Congregación española) el ilustre jerezano Fray José Bueno y Villagrán, fué á sus instancias nombrado postulador de la causa el Presbítero D. Cayetano Ludovisi, quien alcanzó un Breve de Gregorio XVI en 20 de Julio del citado año, en virtud del cual podía procederse al examen del 3.^o y 4.^o milagro, dejando los dos primeros, respetando así el silencio impuesto por el Papa Pío VI. Mientras en Roma se trabajaba por concluir pronto y con feliz éxito la causa de nuestro Beato, empezaba á arder en España la guerra civil de los siete años, y comenzaba á desarrollarse en las altas esferas de la Nación el espíritu anticatólico que más ó menos solapado, tantas vejaciones ha inferido y tantas lágrimas ha hecho verter á la Iglesia española, espíritu que en 1835 proscribió todos los Institutos religiosos, incluso el de S. Juan de Dios, tan benemérito y de quien tantos beneficios el pueblo reportaba. Estas contrariedades interrumpieron de nuevo la causa, hasta que en 1851 las gestiones del Rmo. Padre General por la Congre-

gación de Italia, Fray Pedro Pablo Deidda, la continuaron hasta su feliz término.

En estos años de amargo recuerdo, tuvo lugar un hecho que pudo haber retardado por largo tiempo la beatificación. En el hospital de San Juan de Dios de Jerez, no obstante haberse disuelto su comunidad, continuaban curándose los enfermos pobres que se presentaban, y su iglesia continuaba también abierta al culto. En 1840 empezó á difundirse el rumor de que el hospital iba á ser trasladado á uno de los exconventos de Capuchinos ó de la Merced, cerrándose al mismo tiempo la iglesia; rumor que alarmó á dos piadosas hermanas, señoras muy bienechoras de aquella santa casa, las cuales moraban muy próximas á la iglesia y eran doña María Josefa y D.^a Rafaela de la Puente, muy conocidas en Jerez por su piedad y caritativos sentimientos. Estas señoras, temiendo con no pequeño fundamento que al ser el templo desmantelado fuesen profanadas las reliquias del B. Juan, perdiéndose quizás para siempre, movieron el ánimo del capellán Fr. José Machado, exclaustrado dominico, para que á toda costa las exhumase y condujese al oratorio privado de ellas, preservando de este modo tan sagrado depósito. Sus loables aunque precipitados designios, tuvieron efecto á altas horas de la noche del 9 de Octubre del mismo año, en que el citado capellán, acompañado de un sacerdote de la localidad llamado Fr. Simón Caballero, de un criado de las señoras Puente y de un albañil, sacaron la caja que contenía los restos, y la condujeron con el mayor sigilo al mencionado oratorio, donde arrancando las cerraduras, colocaron las reliquias en una elegante cajita que tenían al efecto preparada. Apenas se tuvo conoci-

miento en Jerez del acto arbitrario é irregular que se había efectuado sin permiso de la S. C., se dió parte al Arzobispo de Sevilla, quien inmediatamente comisionó al Vicario D. Manuel López y Pizano, para que en forma de proceso diese cuenta del cómo y por qué causas se había hecho aquella traslación, encargándole el cuidado de conducir las reliquias á otra iglesia de la población. Reconocida la identidad de los sagrados restos, consistentes en algunos huesos deshechos y carcomidos, el 18 de Enero de 1841, entrada la noche fué llevada la cajita privadamente á la iglesia de San Dionisio, donde reconocidos de nuevo por crecido número de testigos, fueron colocados en un hueco detrás del altar del Sagrario, cerrado con puerta asegurada con tres llaves, de las cuales una se entregó al citado Vicario, otra á un canónigo comisionado por el Ilmo. Cabildo de la Colegial, y la tercera al cura ecónomo de San Dionisio D. José M. Ojeda.

Llegó el año de 1851, en el cual el Rmo. General Deidda, se interesó notablemente por la prosecución de la causa, y desde entonces se prosiguió con tal actividad, que en menos de un año tuvo feliz término. Fué nombrado Ponente y Relator el Cardenal Ferretti, Penitenciario mayor de la Santa Iglesia, y Obispo después de Sabina, y en 27 de Enero de 1852, se celebró la congregación *coram Sanctissimo* para el examen de los dos últimos milagros de los cuatro arriba mencionados, cuyos dos milagros fueron declarados tales en el Aula máxima del Colegio Romano, por S. S. Pío IX el 17 de Febrero siguiente. Estos milagros eran curaciones instantáneas, una de Ana Lucía Petrosanti, vecina de las cercanías de Tívoli, ciudad situada

á 18 millas de Roma, curación obtenida mediante la invocación del B. Juan el 13 de Enero de 1766, y la otra de Generoso Mariani, conocido por *Anche Anche*, quien por la simple aplicación de una estampa del Beato, curó prodigiosamente en el espacio de un corto sueño, de una terrible herida recibida en el cuello, que le había roto dos anillos de la tráquea y dañado el exófago; milagro verificado el 7 de Mayo de 1780, en el hospital de *Fate bene fratelli*, de la misma ciudad de Tívoli. Después de la aprobación de estos milagros, no obstante faltar algunos requisitos, según las reglas establecidas por el sapientísimo Benedicto XIV, el Pontífice Pío IX (de gloriosa y santa memoria), interesado por las heroicas del siervo de Dios, declaró en 28 de Octubre en la Capilla Sixtina, que con seguridad podía procederse á la Beatificación, dignándose decretar por Breve de 1.º de Octubre del mismo año de 1852,—«que al »siervo de Dios Juan Grande, Profeso de la Orden de San »Juan de Dios, se le diera en adelante el título de Beato, y »que su cuerpo y sagradas reliquias (aunque no pueden llevarse en públicas procesiones), se expongan á la pública »veneración de los fieles;»—celebrándose la solemne ceremonia de la Beatificación, en la Basílica Vaticana, el Domingo 13 de Noviembre de 1853. La gloria de haber obtenido tan pronto un resultado tan satisfactorio, débese casi exclusivamente á la Congregación de los Hospitalarios de Italia, pues la de España, dispersa y sin representación oficial desde la infausta exclaustación de 1835, nada pudo hacer para concluir la, después de haberla promovido y activado, aunque con largas interrupciones, por espacio de dos siglos.

Con extraordinarios trasportes de júbilo, recibió el Orden de San Juan de Dios tan grata nueva, celebrando el engrandecimiento del humilde Juan, con inusitada pompa; únicamente en España y (triste es decirlo) en la ciudad de Jerez que fué testigo de sus hechos admirables, y que gozó de los innumerables beneficios que á manos llenas derramara el bendito Fray Juan Pecador, pasó poco menos que desapercibido. Aun más, al mismo tiempo que la Iglesia por medio de su Supremo Gerarca, lo honraba de tal modo que llegaba á colocarlo en los altares, el Ayuntamiento de esta ciudad, acababa de derribar ó se preparaba á echar por tierra sin motivo conocido (aunque se calcula perfectamente) la iglesia del hospital del siervo de Dios, donde de una manera digna y con el mayor entusiasmo, debió Jerez haber celebrado el fausto suceso de la beatificación como correspondía á un pueblo agradecido. En aquel tiempo como hemos dicho fué demolida, estando destinada en los años anteriores, á depósito de paja y también á cuartel de los milicianos nacionales. Su esbelta torre, muy parecida á la de la parroquia de San Miguel, y una de las más bellas de la población, vino al suelo, y sus piedras con muchas de las del templo, se destinaron á el alcantarillado de varias calles, como la de San Marcos, de Pañuelo y de algunas otras. Las imágenes y utensilios de la iglesia, habían pasado á el nuevo hospital de Santa Isabel en el exconvento de los mercenarios. El retablo mayor condenado al fuego por los profanadores, fué comprado por las mencionadas señoras Puente, y hoy se halla depositado en la iglesia de San Juan de Letrán, que habiendo visto levantarse el antiguo templo y hospital de San Sebastián, y después

el de San Juan de Dios y hospital de la Candelaria, les ha sobrevivido. En el lugar que ocupara la arruinada iglesia, se plantó un jardín cerrado con verjas, y el edificio hospital se destinó á Establecimientos de Instrucción primaria.

El Presbítero D. José María Piquero, muy devoto del Beato, siendo cura propio de San Marcos, colocó en su iglesia una imagen á la que todos los años se hace una devota novena: esta imagen del Beato Juan, ha salido varios años en la procesión del *Corpus Christi*. En Carmona se le dedicaron dos altares, uno en la iglesia de San Pedro (donde fué bautizado), en una linda capilla levantada al efecto, y otro en la de Santa María que es la mayor de aquella ciudad. La capilla y altar de San Pedro, se erigieron por el Presbítero D. Miguel Caballero de Párraga, gran devoto del Beato Juan, ayudado por la Fábrica de aquella iglesia parroquial. La devoción de este sacerdote hizo acuñar gran número de medallas, con el Beato y la efigie de Nuestra Señora de Gracia, Patrona de Carmona. La beatificación fué celebrada en dicha ciudad, con funciones y procesión solemnísimas, en 1855. Algunos cultos se le dedicaron también por entonces en Jerez, mas tuvieron lugar en la iglesia de San Miguel, olvidándose que en la de San Dionisio, permanecían sus reliquias casi olvidadas y sin señal alguna de veneración. En 1856, se imprimió en la población natal de nuestro Beato, por D. Juan Sanjuán, vecino de ella, un compendio en castellano, de la *Vida* compuesta en italiano, por el Padre Fray Juan María Alfieri, é impresa en Roma en 1853. Por aquel tiempo también se imprimió en Jerez una novena, que fué escrita según tenemos entendido por el Sr. D. José María Herrero, Canónigo

Doctoral de la Insigne Iglesia Colegial, á ruegos de Don Andrés Offerrall, muy devoto del Beato, cuyo culto sustentó hasta su muerte, en la mencionada iglesia de San Miguel. El oficio ó rezo propio concedido por S. S. á el Orden de S. Juan de Dios, fué adoptado en este Arzobispado y en la diócesis de Segorbe, donde lo introdujo el inolvidable Prelado de ella, D. Fray Domingo Canubio, dominico muy devoto del Beato Juan, como buen hijo de Jerez.

Al presente, los restos del bendito siervo de Dios, permanecen en el mismo hueco donde fueron depositados en 1841, detrás del altar comulgatorio de San Dionisio, casi debajo de la escalera que conduce á la parte superior de aquel retablo; lugar á todas luces indecoroso é indigno de contener tan venerables reliquias. Estas fueron de orden superior removidas de nuevo ante gran número de testigos, antes de la beatificación, y algunos huesos se llevaron á Roma, de donde vino el que se conserva en la Insigne Iglesia Colegial. Volviendo á hablar del olvido en que se encuentran sus reliquias, diremos que, no parece sino que el Señor se ha complacido en oír los ruegos de su amado siervo, al desear como hemos visto en su vida, que un monte cayese sobre sus restos mortales, para que siempre estuviesen escondidos é ignorados de los hombres; alborotándose su humildad profunda con sólo imaginar que después de su muerte, fuesen tenidos en veneración. Muy cerca de tres siglos han transcurrido desde el día de su dichoso tránsito, y hasta ahora no han podido ser más humildes los sepulcros donde sucesivamente han reposado sus preciosas reliquias. Mientras fué solamente considerado como un

venerable siervo de Dios, pudieron ser digna sepultura suya, el plano de un presbiterio, ó un hueco abierto en el muro de un santuario; pero desde el día en que mediante la voz infalible del inmortal Pontífice Pío IX (de santa y gloriosa memoria) tuvo lugar la exaltacion de *el pobrecillo esclavo de los pobres de Cristo Juan Pecador*, como él se firmaba, un suntuoso mausoleo que nada extraordinario hubiera sido aunque se fabricara de ricos metales y piedras preciosas, debió erigirle la ciudad de Jerez, siempre grande, noble y agradecida. Tiempo es ya de que la afortunada testigo de las virtudes del bienaventurado Juan, y que disfrutó por más de treinta años de la presencia de aquel santo y humilde religioso más angélico que humano, que fiel imitador del divino Maestro *pasó haciendo bien*; saque de la oscuridad en que se encuentran entre nosotros, el bendito nombre y los venerables restos del benéfico hospitalario, dando un testimonio de agradecimiento y afecto á su compasivo bienhechor, que se sacrificó por ella, teniendo entrañas de madre para los pobres enfermos y desvalidos. Dispénsenos el lector benévolo, que insistamos en lo mismo; el alma se contrista al ver la pobreza del lugar, donde esperan la universal resurrección, las cenizas del Beato Juan Grande: díganlo si nó cuantos han entrado en aquella humilde y venerable covacha; dígalo el Reverendísimo actual dignísimo Padre General del Orden de San Juan de Dios, que viniendo á Jerez en 1866, con el fin de visitar el sepulcro del Beato, derramó lágrimas amargas, contemplando el olvido lamentable en que yacía en su ciudad amada, la memoria del principal ornamento del Orden Hospitalario, después de su Santo Patriarca. Una restau-

ración que lentamente se efectúa en la iglesia de San Dionisio, se desea que aparezca coronada con la erección de un altar y sepulcro al B. Juan Pecador, y creemos que no en vano se hará con este objeto un llamamiento á la hidalguía y á los católicos sentimientos del noble pueblo jerezano.

Aunque parece que en Jerez hay poca devoción al Beato Juan, ciertamente no es así: son muchas las personas que lo invocan en sus necesidades, sintiendo los efectos de su eficaz protección; principalmente en tiempo de epidemia y públicas calamidades, muchos recurren á su patrocinio, habiéndose notado en el cólera de 1854, que no pereció al golpe del mortal contagio, ninguno de los que lo invocaron como abogado en las enfermedades contagiosas. En aquella fecha, á petición de los devotos, se repartieron infinitad de imágenes suyas en estampas. En 1800, la fiebre amarilla hizo en Jerez horribles estragos; algunas comunidades religiosas casi desaparecieron, pues sus individuos, entregados á la asistencia de los invadidos, murieron en gran número; baste decir, que sólo de Santo Domingo fallecieron cuarenta y cinco religiosos.

En medio de tanta desolación, tuvo lugar un hecho extraordinario, que fué la admiración de todos: en el hospital de San Juan de Dios, no sólo las enfermerías, sino la iglesia, celdas y claustros, estaban atestados de invadidos por la cruel enfermedad, y no obstante ser entonces aquella santa casa un verdadero foco de infección, no falleció ni un solo religioso de aquella comunidad, que se multiplicaba asistiendo con la mayor heroicidad á tan gran número de enfermos.

En 1834 se repitió lo mismo, de lo que da testimonio el respetable Fray Manuel Barreto, anciano religioso hoy residente en el hospital de San Juan de Dios de Sevilla, individuo que era á la sazón de esta comunidad. En uno y otro caso se vió claramente el poderoso valimiento del venerable Padre Fray Juan Pecador, aun no beatificado.

Una de las principales causas de que no haya más devoción entre nosotros al Beato Juan, es que sus heroicos sacrificios son casi desconocidos, por ser rarísimos los ejemplares que existen de las antiguas ediciones de su *Vida*; lo que ha movido á un devoto á hacer esta nueva edición, para que siendo de todos conocidas sus virtudes, se propague más y más la devoción al bendito siervo de Dios.

El Orden Hospitalario no separa sus ojos de la ciudad jerezana, y con harta razón, pues después de Granada, su cuna, ninguna ciudad del mundo tiene tan gratos recuerdos para ella como la nuestra; recuerdos que se avivarán ciertamente el día que la Sede Apostólica eleve al honor de los altares, al ínclito jerezano venerable Fray Francisco Camacho (cuyas virtudes ya han sido declaradas en grado heroico por Su Santidad León XIII), acontecimiento que con el favor de Dios se espera tendrá lugar bien pronto, apareciendo de este modo como vinculadas á la ciudad de Jerez de la Frontera, las principales glorias del Orden benemérito de la Hospitalidad.

Concluimos rogando al Beato Juan Grande, que por humildad tomó el sobrenombre de *Pecador*, que sea propicio á la ciudad que tuvo la dicha de admirar sus pre-

claras virtudes; y así como en esta vida tuvo todas sus delicias en favorecerla y amarla, así desde el cielo donde habita, se digne alcanzarla las bendiciones del Omnipotente Dios Trino y Uno, á quien sea toda alabanza, honor y gloria.

A. M. D. G.



ÍNDICE.

	Págs.
Prólogo de esta edición.	5
Breve noticia del autor y de las anteriores ediciones	II
Prólogo del autor.	13
CAP. I. Patria, padres y nacimiento del siervo de Dios Juan Pecador.—Su inclinación á la virtud desde los primeros años	19
» II. Crece el siervo de Dios, como en edad en heroicas virtudes también.—Empleos espirituales de su niñez.—Memorias últimas de sus dichosos padres.	23
» III. Ejerce el trato de lencería en Sevilla y en Carmona.—Determinase en dejarle por servir á Dios, y ayúdale en tal propósito la Virgen Santísima.	27
» IV. Deja el trato, casa y patria, y pasa á Marchena.—Viste un hábito de gerga, con asistencia de la reina del cielo.—Sus ejercicios santos en aquella ciudad.	31
» V. Muda su asistencia á Jerez de la Frontera, por inspiración divina.—Sirve á los pobres de la cárcel por consejo de su confesor.—Lo mucho que se empleó y padeció en este caritativo ejercicio.	36
» VI. Aparécesele Cristo llagado y mándale que sirva á los pobres enfermos.—Ejecútalo en el hospital de los Remedios.—Anfmalé el Señor en las persecuciones que en él tuvo	40
» VII. Funda el siervo de Dios nuevo hospital, y adelántale con las limosnas que adquiría.—Su gran caridad con los pobres y enfermos.—Providencia con que Dios les asistía.	45
» VIII. Recibe nuevos compañeros para su ministerio.—Da la obediencia con ellos á la Congregación de San Juan de Dios en Granada.—Auméntase su ejercicio en la asistencia de los enfermos.	49
» IX. Llámale el Arzobispo de Sevilla y obligale á aceptar la reducción de los hospitales de Jerez al suyo.—Favores que recibió del cielo en esta jornada	55
» X. Padece grandes persecuciones y trabajos en la reducción de los hospitales de Jerez.—Aliéntale y consuélale Dios entre tantos desconsuelos.	58
» XI. Virtudes que adornaron al siervo de Dios heroicamente.—Su encendida fe en los misterios divinos y en particular en el de Dios sacramentado	63
» XII. Resplandece el siervo de Dios en la virtud de la esperanza.—Sus deseos de la vida eterna.—Sus conti-	

	nuas pláticas de la gloria y gozo de los bienaventurados.	68
CAP. XIII.	Virtud de la caridad del siervo de Dios Juan Pecador.—Pondérase el grande amor que á Dios tuvo, y cómo lo mostraba en todas sus conversaciones y pláticas.	72
» XIV.	Efecto de su intensa caridad y amor con Dios fué su continua y fervorosa oración.—Háblase en general de sus arrobamientos y éxtasis.	76
» XV.	Refiérense casos particulares de los arrobamientos y éxtasis del siervo de Dios.—Favores singulares que en ellos recibió del cielo.—Es visto muchas veces cercado de resplandor.	80
» XVI.	Continúa la materia del capítulo pasado, de los arrobamientos y éxtasis del siervo de Dios Fray Juan Pecador	84
» XVII.	Persecuciones que padeció de los hombres en el santo ejercicio de la oración, y la gran paciencia y tolerancia con que las sufría	88
» XVIII.	Atorméntanle los demonios y embarázanle en la oración.—Su gran paciencia y perseverancia en ella.	91
» XIX.	De la gran caridad y amor que tuvo á la santa humanidad de Cristo; amorosísima devoción á su santo nacimiento, y continua meditación de su pasión y muerte dolorosa.	94
» XX.	Caridad espiritual del siervo de Dios con el prójimo.—Su ardiente deseo de la salvación de las almas, y fruto de sus diligencias en encaminarlas al cielo.	99
» XXI.	Su caridad corporal en las necesidades del prójimo.—Su piedad con los enfermos y pobres.—Su cuidado en adquirir limosnas para su socorro.	105
» XXII.	Floreció el Siervo de Dios heroicamente en las virtudes de la justicia y fortaleza, y de ésta resultó su perseverancia	110
» XXIII.	De la virtud de la templanza, en que se conservó toda su vida.—Refiérense sus grandes abstinencias y ayunos	113
» XXIV.	Lo mucho que ejercitó la virtud de la obediencia, así con sus superiores y prelados, como con sus confesores y padres espirituales.	115
» XXV.	De su extremada pobreza, en particular en el vestido.—Todo lo que tenía entregaba al común de su hospital.	117
» XXVI.	Guarda en grado heroico la virtud de la castidad.—Resiste varonilmente algunas tentaciones y sugerencias del demonio	119
» XXVII.	Compruébase la gran castidad del siervo de Dios con diferentes sucesos.—Combates de la lascivia.—Victorias de su pureza.	121
» XXVIII.	De la profunda humildad en que floreció el bendito	

	Fr. Juan Pecador.—Lo mucho que sentía y escusaba las alabanzas de los hombres.	124
CAP. XXIX.	De su grande humildad nacia la composición de su exterior.—Su modestia en la vista, en las palabras y en las acciones.	127
» XXX.	De su continua y áspera penitencia.—Rigores de su vestido y cama.—Sus cilicios, sus vigalias y sus empleos espirituales.	129
» XXXI.	De sus rigurosas disciplinas.—Alegria de su semblante al paso de tan continuas penitencias	132
» XXXII.	Florece admirablemente en la virtud de la paciencia y mortificación de sus pasiones.—Alcanza notables favores en el sufrimiento de las injurias	135
» XXXIII.	Otros diferentes ejemplos de la paciencia y reposo del Siervo de Dios, en las injurias y desprecios con que algunos le trataron.	139
» XXXIV.	De todas las virtudes referidas le resultó la paz interior, el sosiego de su alma y su continua presencia de Dios.	142
» XXXV.	Del gran crédito que grangeó el Siervo de Dios en la ciudad de Jerez y en toda la Andalucía por sus virtudes.—Frutos de su protección y consejos.	144
» XXXVI.	Procura el demonio desacreditarle, mas en vano.—Refiérense dos casos notables, en que con el favor del cielo le dejó vencido	148
» XXXVII.	Obra Dios varias maravillas en crédito y por intercesión de su Siervo.—Socorre milagrosamente su hambre.—Multiplíquese el agua, el trigo y el dinero	151
» XXXVIII.	Refiérense otras maravillas que nuestro Señor obró por intercesión de su Siervo.—Alcanzan salud por sus oraciones enfermos de diferentes enfermedades.	154
» XXXIX.	Alcanzan otros muchos enfermos perfecta salud por intercesión y oraciones del Siervo de Dios.—Refiérense casos particulares en su comprobación	157
» XL.	Alcanzan diferentes personas sucesión por sus oraciones, y restituye á su juicio á muchos locos.	160
» XLI.	Ilústrale Dios admirablemente con el espíritu de profecía.—Refiérense algunos casos en que predijo sucesos futuros.	164
» XLII.	Otros sucesos que comprobaron el espíritu de profecía con que el Siervo de Dios fué admirablemente ilustrado.	167
» XLIII.	Continúase la relación de otros casos en que el Siervo de Dios, con espíritu profético, predijo sucesos futuros.	170
» XLIV.	Otros sucesos en que profetizó cosas futuras y se cumplieron en la forma que las predijo antes.	173

CAP. XLV.	Concluye la relación de su espíritu profético.—En diferentes cosas ilústrale nuestro Señor con el conocimiento de los interiores	175
» XLVI.	Llégame el tiempo de su muerte y refiere en diferentes ocasiones su cercanía.—Predice la enfermedad de que murió y las circunstancias de su entierro . . .	178
» XLVII.	Preceden á su muerte algunos presagios de su salvación.—Aparécese Santa Inés y muéstrale las coronas que le estaban prevenidas en el cielo por sus trabajos.	182
» XLVIII.	Entra la peste en Jerez y es herido el Siervo de Dios curando á los enfermos.—Preserva la salud de muchos con la peste que tenía.—Cúmplase todo lo que predijo de su enfermedad y entierro. . . .	185
» XLIX.	Refiérense algunas maravillas que nuestro Señor obró por intercesión de su Siervo, mientras estuvo en la sepultura del huerto, antes de su traslación. . .	190
» L.	Muestra voluntad el cielo de que se mude el cuerpo del Siervo de Dios á mejor lugar.—Ejecútase su traslación.—Forma en que fué hallado y transferido á la iglesia de San Sebastián	193
» LI.	Obra nuestro Señor grandes maravillas por las reliquias é intercesión de su Siervo.—Refiérense las que constan de las informaciones y papeles dignos de fe. . .	198
Apéndice.		207



Esta obra se halla de venta en las sacristías
de las Parroquias de San Marcos y San Dionisio,
y en la librería calle Larga, número 33, al precio
de DIEZ REALES ejemplar.